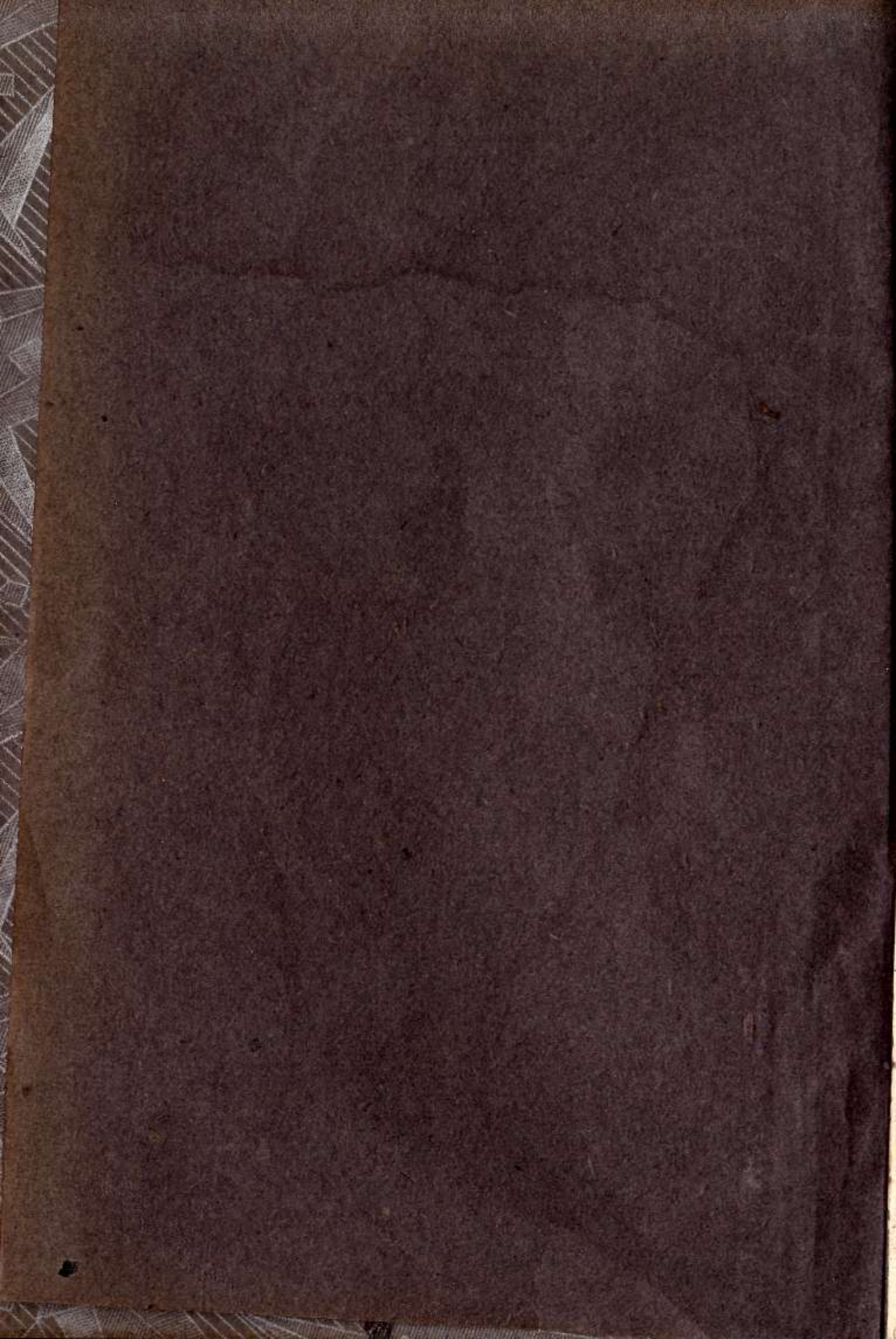

ON DE
BANOS
VII
PIZ

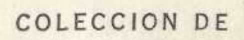


Alamilla
Verde

CUBA A PLUMA Y LAPIZ

DE ESTA OBRA SE HAN IMPRESO CINCUENTA EJEMPLARES NUMERADOS, EN PAPEL ESPAÑOL DE HILO.

EJEMPLAR NUM. 6




COLECCION DE LIBROS CUBANOS

DIRECTOR: FERNANDO ORTIZ

VOL. VII.

CUBA
A
PLUMA Y LAPIZ

"LA SIEMPRE FIEL ISLA"

POR

SAMUEL HAZARD

"Es la mas hermosa tierra que
ojos humanos vieron". Colon.

TRADUCCION DEL INGLES

POR

ADRIAN DEL VALLE

TOMO I

CULTURAL, S. A.

LA MODERNA POESIA | LIBRERIA CERVANTES
PI Y MARGALL, 135 | AV. DE ITALIA, 62

HABANA

1928

IMPRENTA DE CULTURAL, S. A. - PI Y MARGALL, 135. - HABANA



INDICE

TOMO I

CAPITULO II

CAPITULO III

CAPITULO IV

CAPITULO V

CAPITULO VI

CAPITULO VII

CAPITULO VIII

CAPITULO IX

CAPITULO X

CAPITULO XI

CAPITULO XII

CAPITULO XIII

CAPITULO XIV

LISTA DE ILUSTRACIONES A PAGINA ENTERA

Lista de obras concernientes a Cuba utilizadas o citadas en estos volumenes

History of Mexico. Por PRESCOTT.

Las obras de HUMBOLT y BONPLAND. París, 1808-9.

Life and Voyages of Columbus. POR IRWING.

Llave del Nuevo-Mundo. Por ARRATE. 1 tomo.

Historia Económico-Política de la Isla de Cuba. Por LA SAGRA. 1 tomo.

Historia Física, Política y Natural de la Isla de Cuba. Por LA SAGRA. Nueve grandes volúmenes, en folio. Con preciosas láminas iluminadas.

Descripción y vista de los principales Ingenios de esta Isla. 1 tomo folio marquilla, con hermosas litografías iluminadas.

Travels in Cuba. Por el Dr. WURDIMAN.

Almanaque Mercantil para el año 1870. Publicado en la Habana.

Historia de la Isla de Cuba. Por P. GUITERAS. 3 tomos. Cultural, S.A., Habana. La mejor obra publicada en su género.

Nuevos elementos de Geografía e Historia de la Isla de Cuba. Por D. JOSE MARIA DE LA TORRE. Habana, 1863.

Compendio de la Historia de Cuba. Por EMILIO BLANCHET. Matanzas, 1866.

El Cocinero Cubano. Por J. P. LEGRAN. Habana, 1864.

Tobacco and Tobacco Pipes. Por FAIRHOLT. Londres.

INTRODUCCION

INTRODUCCION

De cuantas obras se han escrito por extranjeros, descriptivas del pueblo de Cuba, quizás sea ésta de Samuel Hazard la que con más fidelidad relata usos y costumbres y que mayor simpatía muestra por los cubanos.

Su mérito principal está en la sinceridad del autor en su noble afán de comprender al pueblo que describe, asimilándose, hasta donde le es posible, sus costumbres; esforzándose por conocer sus fuentes de riqueza, industria y comercio; darse cuenta cabal de sus excelencias y sus defectos, de su vida social y doméstica, urbana y campesina; de su estado como colonia y sus aspiraciones y sus luchas por la libertad.

La obra no está exenta de exageraciones y aun de incomprensiones. Por buena voluntad que tenga un extranjero para conocer el país que visita y en el que sólo vive durante unos meses, no es posible que obtenga de él una visión exacta, sin las deformaciones que impone una mentalidad distinta y costumbres completamente diversas. Pero hay que reconocer, en honor de Hazard, que tales deformaciones ha sabido reducirlas al mínimo, ofre-

ciendo una descripción del pueblo de Cuba vívida, atractiva y sumamente cordial.

Cuba a pluma y lápiz no es propiamente la obra de un profesional de la pluma, sino la de un viajero culto que se propone trasladar al papel sus impresiones; y aunque de vez en cuando peca de minucioso deteniéndose en detalles más propios de una *Guía*, en general cautiva por la viveza y exactitud de sus descripciones, que ponen de manifiesto su fina sensibilidad y su imaginación fogosa, que se eleva a menudo hasta la exaltación poética.

Poco sabemos respecto a la personalidad de Samuel Hazard. Los únicos datos biográficos que acerca de él hemos logrado adquirir, son que nació en 1834 y murió en 1876. Fué la suya, como se ve, vida breve, pues no pasó de los 42 años. Ateniéndonos a los datos que en su libro *Cuba a pluma y lápiz* nos suministra, estuvo por vez primera en la Habana en su primera juventud. De vuelta a su patria, los Estados Unidos, peleó durante la guerra civil en favor de la causa norteña. Siendo precario su estado de salud, después de grave enfermedad, los médicos le recomendaron un viaje a países cálidos para reponerse, y escogió Cuba, donde renovó sus impresiones juveniles, ampliándolas con una estancia más larga y un recorrido mayor.

Pasó en Cuba varios meses, y al abandonarla, no tardó en estallar la guerra del 68. Tuvo por lo mismo ocasión de estar en la Isla durante el

período crítico, precursor de la gran contienda de los diez años, dándose cuenta de su inminencia.

Juzgando a Samuel Hazard por su libro, bien se ve que era un espíritu selecto, que poseía sólida ilustración, había viajado, conocía idiomas y cultivaba el arte de Apeles, como lo demuestran muchas ilustraciones que acompañan a la obra. Era por añadidura amante de los placeres lícitos y sobre todo de la buena mesa. Ya tendrá ocasión el lector de observar la importancia que daba a esta última.

Aparte de la obra cuya traducción ofrecemos, publicó Hazard en Nueva York, el año 1873, la titulada *Santo Domingo, Past and Present, with a glance to Haiti*, libro de XXIX–511 páginas, ilustrado con numerosos grabados y un mapa que el autor declara es copia exacta del que se hizo por orden del Gobierno Dominicano en 1858.

Cuba a pluma y lápiz tuvo buen éxito, como lo prueba el que se publicaron de dicha obra tres ediciones, una en Nueva York y otra en Hartford, ambas en el año de 1871, y una tercera en Londres en 1873. De esta última es la traducción que ofrecemos, acerca de la cual sólo diremos que hemos procurado fuera lo más fiel posible dentro de la inevitable diferencia constructiva que tiene el idioma castellano con respecto del inglés.

ADRIAN DEL VALLE.

PREFACIO A LA EDICION INGLESA

Esta obra fué primero presentada al público americano como una popular y verídica descripción de la vida y costumbres en la bella Isla de Cuba, sin pretensiones literarias de ningún género.

No obstante ciertas deficiencias en este último aspecto, su buen éxito en América ha sido grande, habiéndose vendido algunos millares de ejemplares; en tanto que la limitada edición enviada a Inglaterra fué tan rápidamente agotada, que los actuales Editores se dispusieron a publicar esta nueva edición.

Quizás algunos ligeros cambios pudieran haberse hecho con ventaja en esta nueva edición; pero el autor, satisfecho con el veredicto de la prensa y del público, ha preferido dejar su trabajo sin alteración, con mayor motivo cuando la Isla, en todas sus condiciones materiales, está en las mismas condiciones que cuando la obra fué primeramente publicada; y en lo que respecta a la "Revolución", todavía "el fin" no se vislumbra, estando confinada la lucha—tal como el autor dijo que estaría—a la parte Oriental de la Isla, donde la naturaleza ofrece tantas ventajas a la causa de los "patriotas".

Desde que las siguientes páginas fueron escritas, el autor ha pasado algún tiempo en Europa, y se permite decir a los que están ya familiarizados con las escenas, hábitos y clima del viejo continente "probad un viaje al Nuevo Mundo, y especialmente una visita a Cuba y a las otras islas antillanas, con mayor motivo si el deseado objetivo consiste en un mejoramiento de salud".

No es con espíritu de jactancia que el autor proclama que el escenario de América no puede ser rivalizado por ninguno de Europa; y al recomendar a los habitantes del Viejo Mundo una visita al Nuevo, se siente inclinado a esperar que la experiencia personal de cualquier viajero que se aventure a ir tan lejos, confirmará sus impresiones.

Baden-Baden, 1.° de Mayo de 1873.



PREFACIO

Algunos capítulos de este libro fueron escritos en Cuba, en medio de las bellas escenas que describe, y esto explicará al lector lo que pueda estimar como descripciones demasiado vehementes.

Por lo demás, el autor comprende que tiene una deuda de gratitud, al menos con el clima de Cuba.

El final del año en que terminó nuestra gran guerra, halló al que esto escribe con una constitución debilitada por enfermedad adquirida durante su servicio en

el ejército, y por recomendación de su médico fué en busca de un clima más cálido.

Le era indiferente el lugar, pero conservando placenteros recuerdos de una visita previa a Cuba, allí se dirigió.

Desde el momento que desembarcó, gozó de una nueva vida, tal fué el maravilloso efecto de aquel delicioso clima.

Al igual que tantos otros, "mataba el tiempo" en la Habana, suponiendo, por falta de información y de libros, que nada especialmente interesante había fuera de la ciudad; pero afortunadamente tuvo conocimiento de una pequeña obra en español que está ahora imprimiéndose, titulada Manual de la Isla de Cuba.

Es pertinente decir que a no haber leído dicha obra, estas páginas no hubieran sido nunca escritas; pero con ella por guía y maestro de cuanto debía ser visto en toda la Isla de Cuba, el autor empleó el tiempo durante su estancia en la Isla, yendo de un lugar a otro, estudiando el pueblo y sus costumbres, adquiriendo, donde era posible, vistas e ilustraciones, y donde no, recurriendo a su propio lápiz o al auxilio del fotógrafo.

La liberalidad de los editores de este volumen permite al autor poner ante los ojos de sus lectores lo mejor de estas ilustraciones; y creyendo que así como las "acciones hablan más alto que las palabras", los grabados dicen más que las descripciones, deja, donde es posible, que las ilustraciones hablen por él.

"Al lector, en general—dice Lisy,—le importan

poco las antigüedades de un pueblo." Teniendo esto en cuenta, el autor sólo ha recurrido a aquellas descripciones históricas que puedan interesar a la mayoría de los lectores; pero en beneficio de los que desean más profundos conocimientos de la historia colonial de España, da un apéndice con una lista de valiosos trabajos relativos a la Isla de Cuba, de la mayor parte de los cuales ha hecho un libre uso. A don José García de Arboleya, autor del Manual de la Isla de Cuba, está en deuda el lector, como el autor, por los principales datos contenidos en este volumen.

Al terminar estas pocas palabras del prefacio, nada mejor puede hacer el autor que repetir las palabras de un antiguo escritor (1): "Una obra útil no necesita de recomendación inmodesta, ni una mala la resiste, aun cuando puede suceder que un buen patrocinador ayude a su venta".

Aquello que he adquirido, lo devuelvo al mundo, con un corazón consciente de altas intenciones; y de buena gana confieso que estoy más dispuesto a rendir a los cubanos un buen servicio, que a halagarlos.

Si el lector me encuentra imperfecto, me servirá de pequeña excusa decir que no soy más que un hombre.

SAMUEL HAZARD.

Germantown, 1.° de septiembre de 1870.

---

(1) LATHAM'S. *Essay on Tobacco.* Londres, 1800.



LAS CASCADAS DE ROSARIO



CUBA A PLUMA Y LAPIZ

CAPITULO I

INDICACIONES A LOS VIAJEROS (1).—Placeres de un viaje a Cuba.—Preparativos generales.—Los cubanos viajan poco.—La cuestión de la moneda.—Letras de cambio.—Se admite la plata americana.—Cartas de introducción.—Ropa que debe usarse en la Isla.—Clima en invierno.—Viajeros inválidos.—Vapores que pueden utilizarse.—La época mejor para el viaje.—Tabla de monedas cubanas.—Pasaportes.—Cartas.

LA REINA DE LAS ANTILLAS! Sí, y una hermosa reina, con las aguas de zafiro y esmeralda de su golfo, brillando bajo las glorias de un sol tropical, lavando sus pétreos pies en irritada espuma; o bien, cuando sus doradas costas avanzan hacia el mar, extendiéndose gentilmente las olas sobre la

---

(1) El autor agradecerá a cualquier viajero que haga uso de este volumen como un guía en la Isla, que le notifique, por mediación de los editores, cualquier cambio o mejora.

arenosa playa, como si murmuraran en tenues pero apasionados tonos las notas amorosas del Sur.

¡Ah! *¡Carissima,* ciertamente! ¡Cuba! La tierra del cocotero y de la palma, del dorado plátano y la deliciosa naranja, bien pueden los corazones de sus hijos y los ojos negros y brillantes de sus mujeres inflamarse de orgullo ante las loas a esta risueña isla.

¡Cuán pocos americanos se han formado una exacta concepción de la *Vida en los Trópicos!* Para la generalidad de nosotros, Cuba sugiere la idea del calor y de la fiebre amarilla, de insectos y reptiles venenosos, esclavos y azúcar, naranjas y plantas siempre en flor. Idea en alto grado errónea.

Pocos, desde luegó, conciben que, dejando atrás los montes nevados de Nueva York en lo más crudo del invierno, a los tres y medio o cuatro días estarán navegando sobre las plácidas aguas de la bahía de la Habana, bajo un sol tropical, que aun en pleno invierno rivaliza con nuestro sol en la época de mayor calor; y verán a su alrededor montes verdeantes, destacándose el cocotero y la graciosa palma en el cielo intensamente azul de la bella isla, en verdad llamada "la más preciosa joya de la corona de España".

Se cuentan algunos americanos que, cada año, con propósito de salud, negocios o placer, afluyen a la Habana, alegres todos por escapar del tiempo inclemente del helado Norte; y aun con toda su experiencia como viajeros, es difícil que obtengan una segura información respecto a las precauciones

que deben tomar antes de partir, a menos que alguno de sus amigos haya estado allí, y aun en este caso el conocimiento es limitado.

Para aquel que tenga intención de hacer una visita a la Isla de Cuba, con el propósito de pasar en ella algún tiempo, de viajar por el interior y de gozar plenamente de su hermoso escenario, de las singulariadad de hábitos y costumbres, o simplemente para probar sus numerosas aguas medicinales, le recomiendo aprenda un poco de español, aunque sólo sea para pedir que comer, dar instrucciones respecto de su equipaje y para hacerse entender en otras diarias necesidades a que está sujeto el viajero en cualquier país.

Los cubanos no acostumbran viajar, y, para usar las palabras de uno de sus escritores, "tienen poca afición a viajar, sea por el mal estado de los caminos, que ahora, gracias al celo del gobierno, de la Junta de Fomento y de los buenos patriotas, están desapareciendo con el advenimiento de vapores y ferrocarriles, o sea por el amor que nos inspiran las localidades donde nacimos y pasamos los primeros años de nuestra infancia, donde existen nuestros intereses y donde se guardan nuestros más dulces recuerdos". Pocos extranjeros van más allá de la Habana o Matanzas, o quizás Cárdenas, y el pueblo todavía no ha aprendido a conocer las necesidades de los que viajan por curiosidad o en busca de salud. Por esta razón, los que estamos acostumbrados a viajar cómodamente, algunas cosas nos parecerán duras, nada conforta-

bles y extrañas, a menos que no estemos en condiciones, con el uso de algunas palabras en español, de evitar las rudas peculiaridades de lugares y pueblo no acostumbrados al trato con viajeros. Pero con todos los inconvenientes y peculiaridades que experimenta el viajero después de dejar la Habana, se ve, en mi opinión, compensado por la completa novedad de las cosas y el escenario que contempla, y por el extremado cambio que observa en la manera de vivir, tan distinta a la que está acostumbrado, aun cuando deje tras sí algunas grandes comodidades al abandonar lugares como la Habana y Matanzas, donde, aparte la novedad de las calles, la arquitectura de las casas y la original apariencia de las tiendas, etc., no deja, sin embargo, de recordarle constantemente la vida ciudadana de su propio país. La vida social de sus clases pudientes es igual que en el resto del mundo: comen, beben y visitan lo mismo que en las grandes capitales.

Es en pequeñas ciudades como Trinidad y Santiago de Cuba, y en bonitos pueblos como Güines, San Antonio y Guanajay, o entre los cafetales de Vuelta Abajo y los ingenios de Vuelta Arriba, que el extranjero tiene ocasión de ver los hábitos y costumbres de un pueblo siempre renuente a los cambios. Se ha dicho con razón que Cuba es más española que España, porque aquélla en cierto grado está presa de la influencia del mundo, en tanto que ésta se esfuerza en atemperarse a las nuevas ideas de la época.

En el campo y pueblos de la costa sureña, el aire es algo más seco en la estación de los Nortes, lo que es importante para los delicados de salud.

Sería difícil hallar pueblo más bondadoso y hospitalario que el cubano, particularmente con "los americanos". Están dispuestos a todas las molestias para complaceros, si podéis hacerles comprender el propósito de lo que deseáis; y la dádiva (1) es tan efectiva entre este pueblo primitivo del interior como en los más civilizados.

Bastantes personas hablan inglés, muchas francés—que de hecho es el lenguaje del hogar en algunas partes de la Isla—y se encuentran no pocos jóvenes que se han educado en los Estados Unidos.

En cuanto a los gastos diarios, cinco pesos oro son suficientes, si no se es extravagante para las atenciones de la subsistencia y viajes. Desde luego si uno desea mostrarse generoso o hacer compras, hay tantos medios de gastar dinero como en cualquier otro país.

Para los gastos lo mejor es proveerse de una carta de crédito. Como los giros sobre Londres generalmente tienen prima en la Habana, se puede disponer con ventaja de una letra de cambio a noventa días vista sobre una conocida firma; mas como no existe en la Habana el mismo sistema bancario que en los Estados Unidos, lo mejor para el viajero es tomar una carta de crédito sobre una

(1) El autor usa la expresión inglesa "oiling of the palm", cuya traducción no tendría significado en español.—(*N. del T.*)

honorable casa en la Habana. No tendrá entonces que pagar más que por el dinero que utilice, evitará los peligros de llevar dinero encima, y la casa le proporcionará cartas de crédito sobre otros lugares de la Isla, lo que le representa una gran conveniencia.

Cierta cantidad de plata en piezas de diez centavos—que circulan como "reales sencillos",—por valor de veinte a cincuenta pesos, le será muy conveniente para los pequeños gastos de viaje, dado que las monedas pequeñas son escasas. No aconsejamos llevar otras monedas de plata, pues nuestras piezas de veinticinco centavos sólo son admitidas como veinte centavos (una *peseta*) y el medio dólar (*medio peso*) por cuarenta centavos. El oro americano circula fácilmente con un premio de siete u ocho por ciento; y si disponéis de onzas españolas, cuyo valor intrínseco es de diez y seis pesos, os las admitirán en Cuba por diez y siete pesos, por ser éste el valor que les ha fijado el gobierno para evitar que dichas monedas salgan del país.

Las cartas de introducción para los hombres de negocios de la Habana no valen el papel en que están escritas, cualquiera que sea la persona a quien vayan dirigidas o la personalidad del que las lleva. Los comerciantes reciben tantas, que aun con la mejor voluntad les sería imposible prestarles atención. Podría citar algunos cómicos incidentes de personas que al presentar sus cartas de recomendación, creídas de que les valdrían al-

gunas muestras de consideración, con asombro se vieron interrogados con la brusca pregunta: "Bien, ¿qué es lo que usted desea?"

En cambio, las cartas para hacendados o ciudadanos resultan de mucha utilidad, siendo generalmente bien recibido quien las lleva, particularmente si van dirigidas a propietarios de ingenios o cafetales, personas extremadamente hospitalarias y caballerosas. Generalmente se muestran encantadas de tener ocasión de recibiros en sus posesiones cuando residen en ellas; en caso contrario, si mostráis deseos de visitar sus haciendas, son lo bastante galantes para facilitaros una carta dirigida al Administrador de aquélla, quien se pondrá en seguida a vuestra disposición.

La ropa que debéis usar durante vuestra permanencia en la Isla conviene sea ligera, propia para el verano; y se puede llevar casi siempre ropa de hilo o un traje ligero de lana. No obstante permanecer seis meses en la Isla, en diversos lugares, incluyendo las montañas, y sufrir algunos "nortes" jamás tuve necesidad de sacar el abrigo ni la ropa pesada de las maletas en que las puse al salir de Nueva Orleans.

Las noches, durante los meses de invierno, son casi frías, agradables para el sueño; pero los mediodías son siempre calurosos. La temperatura media de la Habana es de unos ochenta grados. Se puede adquirir en la Habana ropa de toda clase, especialmente de hilo, de la mejor calidad, a precios razonables; y las señoras me informaron

que ciertos estilos de trajes se compran en mejores condiciones que en los Estados Unidos, siendo algunos de ellos fabricados especialmente para el mercado de Cuba.

Deseo hacer una recomendación, sugerida por la experiencia, a cualquiera que intente viajar por vías poco frecuentadas (y de hecho esto se aplica también a los pueblos, donde no hay vehículos para el transporte del equipaje); y es que usen maletas, que son fácilmente manejables, que pueden ir en el mismo vehículo que utilice el viajero, y en el campo, atadas al lomo de mulas o caballos, que es el medio de transporte con el que está más familiarizado el pueblo.

Si el viajero es un enfermo y se propone ir a lugares que no son la Habana o Matanzas, hará bien en proveerse de una almohada de aire, e igualmente de un colchón de aire si no puede dormir en una cama algo dura. Aun en la Habana pocos hoteles tienen las camas provistas de colchones, y las almohadas están generalmente hechas de algodón en rama o fibras, estando las camas dotadas de un simple bastidor de tela, cubierto con una sábana de hilo. Estos bastidores pueden parecernos incómodos, acostumbrados como estamos a nuestros colchones sobre muelles; pero puedo asegurar al lector que son mucho más frescos y, después de acostumbrarse a ellos, tan confortables, dado el clima, como los colchones. No estará de más llevar media docena de toallas, pues en los pueblos pequeños no abundan. Con respecto a los

inválidos, en un grado avanzado de enfermedad orgánica, muy pocos han obtenido de su estancia en la Isla un beneficio mayor que el que significa el evadir las inclemencias y cambios del invierno norteño. Sin embargo, se han dado casos de algunas curaciones prodigiosas, particularmente en la Isla de Pinos.

En los fatigados hombres de negocios, en las personas delicadas o cuyo sistema se ha debilitado por alguna causa, el clima y el campo de Cuba obrarán de manera maravillosa, y en su mayoría, al finalizar el invierno, volverán a su tierra completamente restablecidos.

Pero el pobre tuberculoso, para quien ya nada es bueno en este mundo, sólo viene aquí a perder sus últimas esperanzas, particularmente cuando se encuentra que las comodidades a que está acostumbrado y que son tan necesarias a un enfermo, no puede en Cuba tenerlas.

El extranjero puede visitar la Isla en cualquier tiempo después de diciembre, pero enero y febrero son los meses más alegres, pudiendo permanecer hasta primeros de junio, aun cuando ya en mayo se siente intenso calor y se experimentan deseos de embarcar.

Si el inválido se ve en el caso de tener que abandonar su país en octubre, antes del invierno norteño, puede visitar la Isla sin peligro, dirigiéndose directamente a esos lugares llamados de *recreo*, cerca de la ciudad, y que son simplemente pequeños pueblos, tales como Güines, Marianao y Puentes

queñas monedas americanas para facilitar el cambio.

He aquí la tabla de las monedas en circulación:

Medio sencillo.......	5 centavos.......	Half-dime americano
,, fuerte........	6¼ ,, ...	Sixpence ,,
Real sencillo........	10 ,, ...	Dime ,,
,, fuerte........	12½ ,, ...	Shilling ,,
Peseta sencilla......	20 ,, ...	Quarter ,,

La peseta sencilla, española o mejicana, no lleva marcadas columnas.

La peseta fuerte, o sea la que lleva en su cara marcadas las columnas de Hércules, tanto si es española como mejicana, vale veinticinco centavos.

Medio peso..............	$ 0.50.............	Plata.
Un peso.................	1.00.............	Oro o plata.
Escudo..................	2.12½...........	Oro español
Doblón..................	4.25.............	,, ,,
Media onza..............	8.50.............	,, ,,
Onza....................	17.00.............	,, ,,

Como se ve por la anterior tabla, hay dos clases de monedas: la *sencilla* y la *fuerte*. La sencilla es la de cuño español que se diferencia de la otra en que no tiene grabadas en su cara las columnas de Hércules; en tanto que la *fuerte* son las pequeñas monedas que tienen las columnas; el medio peso y el peso, aunque pueden no tener las columnas, e igualmente cualquier moneda de plata de cualquier Estado de Sur América, excepto Chile, que tiene descuento.

Aun cuando entre nosotros se entiende generalmente que el *doblón* representa la pieza de diez y siete pesos, en Cuba a ésta se la llama onza, y cuan-

do hablan de doblón se refieren a la moneda cuyo valor es de $ 4.25.

Se deben obtener previamente los pasaportes antes de embarcar para Cuba, y es mejor proveerse de pasaportes de los Estados Unidos (no pasaportes de los Estados individuales), visados por el cónsul de España residente en el puerto de embarque. Procediendo así, el viajero se evitará demoras y aun molestias, pues inmediatamente que llega obtiene de las autoridades el permiso para desembarcar, valiéndose para ello del intérprete o agente del hotel adonde vaya a alojarse.

Desde que empezó la revolución en la Isla, las autoridades se muestran más estrictas y exigen que todo pasajero muestre el pasaporte antes de desembarcar; y por esta razón es ahora costumbre que el sobrecargo del buque tome los pasaportes junto con los billetes de pasaje, recogiendo los primeros un oficial cuando el buque llega a la Habana.

Para más seguridad en el recibo de las cartas, deberán dirigirse al banquero con quien se tengan relaciones, o mejor, al cuidado del cónsul general en la Habana. El pasajero americano obrará cuerdamente haciendo una visita de cortesía, inmediatamente de su llegada, a nuestro cónsul general, Tomás Biddle, informándole de los propósitos que se llevan. Tiene su oficina en la calle de Obispo, número 1, a un lado de la Plaza de Armas, cerca de la bahía. Deberá atenderse con cuidado el franqueo de las cartas.

Será de gran utilidad un pequeño libro titulado

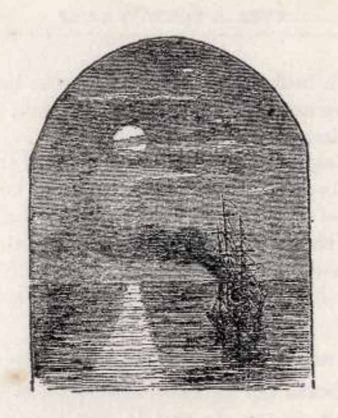
Guide to English and Spanish Conversation for the use of Travellers ("Guía para la conversación en inglés y español para uso de los viajeros"), publicado en París por Hingray, que se puede obtener en cualquier librería. Es un volumen propio para llevar en el bolsillo y pueden usarlo con provecho aun los que nada saben de español.

Al viajero le será en alto grado conveniente, a su llegada a la Habana, estudiar un plano de la ciudad, adquiriendo el conocimiento de la dirección de las calles, facilitándole el ir de un lugar a otro.

Las siguientes líneas hacen regularmente el servicio de los Estados Unidos a la Habana.

Bremen Line, de Nueva Orleans, pasaje en oro $30.00.
Upmann & Co., calle de Cuba, número 64.
Atlantic, Mail Co., Nueva York, pasaje en oro $60.00.
Drain & Co., calle Mercaderes, número 12.
Baltimore Line, de Baltimore, pasaje en oro $50.00.
R. O. Williams, calle Mercaderes, numero 26.
Atlantic Coast M. S. L., Nueva York y Nueva Orleans.
D. Mc. Kellar, calle de Cuba, número 76.
N. Y. & Mexico Mail Line, de N. Y. (Sisal y Veracruz)
Zaldo, Feffer & Co., calle Obrapía, número 25.
Alliance Line, U. S. M. de Nueva Orleans. Esta línea hace escalas en Cedar, Keys, Tampa, Apalachicola y Pensacola, Florida. *Lawton Bros., calle Mercaderes, número 13.*
Phila. & Southern Mail, de Filadelfia y Nueva Orleans.
A. D. Strauss, calle Mercaderes, numero 2.

Con un agradable compañero, acatando las instrucciones que preceden, un confortable camarote y una benévola Providencia que nos depare vientos suaves y favorables, os aseguro que disfrutaréis cual yo disfruté, un verdadero *bon voyage.*



CAPITULO II

EN RUTA.—En el mar, frente a la costa de la Florida.—El turco y el Corán.—Champaña y mareo.—Agradable clima en el golfo de Méjico.—El Nautilo.—Marsopas.—Las noches de luna tropical.—Aguas fosforescentes.—Cuba desde el camarote.—Llegada a la Habana.—El Castillo del Morro.—La entrada de la bahía.—La Punta.—Memorias de Irving y Prescott.—Sorprendente espectáculo de la ciudad de la Habana.—Cortina de Valdés.—El Fuerte de la Cabaña.—Casa Blanca.—Embarcaciones.—Muelles.—Buques de guerra.—Regla y los almacenes de azúcar.—Anclados.—Aduaneros.—Pasaportes.—Agentes de hoteles.—Botes.—Regulación y tarifa de los mismos.—Regateando.—Inspección de equipajes.—Por las calles.—Reflexiones acerca de la Habana.—Primeras impresiones.—La Dominica.—Algo para beber.—Llegada al hotel.

«We left behind the painted buoy
  That tossed at the harbor-mouth;
And madly danced our hearts with joy,
  As fast we fleeted to the South.
How fresh was every sight and sound
  On open main or winding shore!
We knew the marry world was round,
  And we might sail forever more.

Warm broke the breeze against the brow,
  Dry sang the tackle, sang the sail;
The lady's head upon the prow
  Caught the shrill salt, and sheered the gale.
The broad seas swelled to meet the keel,
  And swept behind; so swift the run,
We felt the good ship shake and reel,
  We seem'd to sail into the sun» (1)

TENNYSON.

BENDITO sea el hombre que inventó el champaña!, debería ser la exclamación del viajero mareado que, después de sufrir tormentos iguales a los que describe Dante en su "Infierno", comienza a sentirse en condiciones de poder "tomar algo ligero".

"Mahoma—dice el turco—al prohibir en el Corán el uso del vino a sus creyentes, nada dice acerca del champaña; por lo tanto, lo bebo devotamente a la salud del profeta." Por cuya razón estimo que el viejo discípulo de un profeta en cuyas venerables barbas ponen implícita confianza sus creyentes, debió sentirse mareado alguna vez y des-

(1) «*Dejamos atrás la pintada boya—que a la entrada del puerto oscila;—y con placer intenso laten nuestros corazones,—tan pronto hacia el Sur nos dirigimos.—¡Cuán nueva cada visión y cada sonido—en la mar abierta o bordeando tierra!—Sabemos que el alegre mundo es redondo,—y que podemos navegar eternamente.*

»*Cálida brisa bate los rostros,—áspera canta la jarcia, canta la vela;—la cabeza del mascarón de proa—retiene la penetrante sal y desvía el viento.—El ancho mar distiendese al rozar la quilla,—y se arremolina detrás; tan veloces corremos,—que el buque trepida y se bambalea,—y nos parece que navegamos rumbo al sol*».

cubrió una deliciosa marca de champaña helado de más años que el "Veuve Clicquot" de nuestros días.

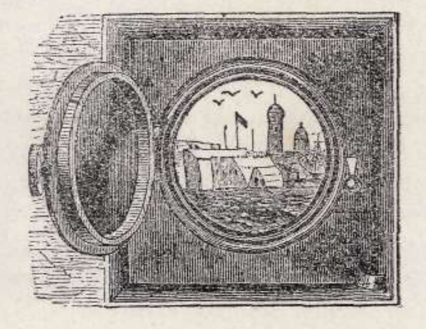
Fué sin duda bajo esta impresión que al insinuarme el camarero: "Pruebe el champaña helado, señor", asentí inmediatamente, y gracias a sus milagrosos efectos pude, por vez primera a los tres días de viaje, subir a cubierta y gozar del aire balsámico y del bello cielo de la costa de la Florida.

—Estaremos en Cuba por la mañana—es la respuesta del Capitán a mi pregunta.

En la espera, me entretengo mirando a las marsopas que nadan en competencia con el buque o me divierto contemplando al delgado nautilo flotando ligeramente en las olas.

Junto con la noche nos llega el siempre agradable momento de vagar por la popa del buque en grata compañía, contemplando las siempre atrayentes bellezas de la luz fosforescente de la estela que tras sí deja el buque, y gozando del indescriptible placer de una noche tropical en el océano.

—Cuba está a la vista, señor; puede verla al través de su escotilla—me dice el camarero, sacándome del amodorramiento del sueño en la mañana del cuarto día.



HABANA

Doy la vuelta en mi litera y contemplo, no me cabe duda, los montes de Cuba, y la incomparable silueta del Castillo del Morro, que viéndola al través de la escotilla, semeja un hermoso cuadro cuyo marco forma el ovalado de aquélla.

Fortuna de llegar tan oportunamente, pues de haberlo hecho la tarde anterior, después de la puesta del sol, nos habríamos visto obligados a pasar la noche frente al puerto, por no permitirse la entrada cuando ha sonado ya el cañonazo que anuncia la puesta.

En la torre del formidable Morro las banderas de señales ondean a la brisa mañanera; y cuando estamos más cerca, distinguimos nuestra querida vieja bandera de franjas y estrellas, rivalizando con el claro firmamento y las cabrilleantes olas.

Ahora tenemos ante nosotros una vista completa de la Habana y sus inmediaciones: el Castillo del Morro a la izquierda; a la derecha, la ciudad con el histórico fuerte de La Punta en un extremo; las casas pintadas de blanco, azul y amarillo, con sus techos de rojizas tejas, tienen apariencia fresca y luminosa batidas por la brisa de esta mañana de enero.

Poco después pasamos ante los paredones del Morro, de apariencia formidable, desde cuyas almenas el centinela da su grito de ¡alerta! mientras el buque se desliza suavemente. Siguen, a la izquierda, en abruptos montes los blancos bastiones de la Cabaña; a la derecha, las murallas de la ciudad en la parte de la bahía, con los tejados de

las casas y las torres de las iglesias en íntimo agrupamiento; y allí, fresco y verde, al igual que un oasis en el desierto de caras de piedra, la pequeña pero bonita Cortina de Valdés, luciendo tentadoramente refrescante con la sombra de sus árboles. Algunos otros paseos de las afueras de la ciudad se señalan por las largas y regulares hileras de verdes árboles, extendiéndose hasta perderse en distantes edificios.

¡Cómo late el corazón ante una tan curiosa y nueva escena cual la que tenemos a la vista! Habana, alrededor de cuyas murallas se agrupan tantas memorias de los en un tiempo altivos caballeros españoles, cuya fundación data de cerca dos centurias antes de que nuestro noble país fuera colonizado, ¡cuántas visiones de buques cargados de oro, de salvajes, atrevidos y sanguinarios piratas, expediciones de valientes aventureros y descubridores, nos recuerdas, y a la vez cuántas páginas de Irving y de Prescott, con brillantes descripciones, acuden a nuestra mente al contemplar por vez primera esta aparentemente tan bella ciudad!

Una vez más, deslizándonos suavemente, pasando ante los buques de guerra españoles y cruzando por entre barcos de todas las naciones que entran o salen, tenemos ocasión de contemplar esta famosa y bella bahía. Una vuelta a la derecha, y vemos la larga línea de muelles techados, con buques de todos los países anclados unos al lado de otros, esperando la completación de sus cargamen-

tos; a la izquierda las blancas murallas de otro fuerte—Casa Blanca—que domina la ciudad, y más lejos, por el frente, distinguimos el pequeño pueblo de Regla, con sus inmensos almacenes de sólida cantería y hierro corrugado, en los que se deposita el azúcar de la Isla, de estructura tan apropiada y bella como la que puedan tener los mejores del mundo.

Anclamos. Los aduaneros suben abordo y el buque se ve rodeado de una verdadera flota de pequeños botes, cuyo aspecto ofrece una mezcla de carro de mercado y de lanchón, y de ellos salen una horda de agentes de hoteles, todos los cuales nos exponen los méritos de su particular hotel, algunos en el más divertido y roto inglés.



Estos botes representan en bahía lo que las volantas en la ciudad; y como el viajero debe ocuparlos varias veces si desea ver bien la bahía y los alrededores de la Habana, doy a continuación lo que hay que abonar por su utilización, tomándolo de la "Tarifa reguladora de pequeños botes para el transporte de pasajeros y equipajes en el puerto de la Habana".

Por cruzar desde la Punta al desembarcadero del Morro, 5 centavos por cada pasajero.

Del mismo punto a cualquier buque anclado cerca de la entrada de la bahía, 10 centavos por pasajero.

Cualquier viaje ordinario del muelle de un lado al desembarcadero del otro, en la parte estrecha de la bahía, 5 centavos.

Del desembarcadero general (Caballería u otro) a cualquier buque anclado en la parte opuesta de la bahía, 10 centavos.

Del desembarcadero general a los Almacenes de Regla (una travesía muy agradable), 40 centavos.

Del desembarcadero general al lugar donde están anclados los buques de guerra extranjeros, 20 centavos.

Del desembarcadero general a buques anclados en los diques flotantes, 50 centavos.

Por cada pequeña maleta, 5 centavos.

Por cada baúl, 12 centavos.

El pasajero a quien el bote espera, estando abordo o en tierra, pagará a razón de diez centavos por cada cuarto de hora.

En días lluviosos o tempestuosos, o de noche, el botero tiene derecho a que se le pague en reales fuertes, en vez de sencillos.

Los botes pequeños sólo pueden llevar hasta cinco pasajeros y los grandes diez.

Desde las diez y media de la noche hasta el cañonazo que anuncia el amanecer del nuevo día, no se permite que los botes naveguen por la bahía.

Aconsejamos a los viajeros que en los viajes largos hagan un trato previo con el botero, y que utilicen la tarifa como un guía para que no les cobren demasiado.

Habiendo subido al buque los aduaneros, nos piden los pasaportes, que probablemente no veremos más, a menos que nos dirijamos a la oficina

de pasaportes solicitándolos, obteniendo su devolución después de algunos aplazamientos y finalmente el pago de cuatro pesos. Con la experiencia de un viaje anterior, guardé en el bolsillo mi pasaporte y ya en el hotel me valí del agente del mismo, que generalmente siempre tiene algún amigo empleado, para que el documento fuera visado, evitándome así muchas molestias.

Cuando por primera vez visité la Isla, entregué mi pasaporte y no me ocupé de recuperarlo al salir, ni me lo exigieron; pero en la actualidad hay más rigor. Todo ha cambiado y es prudente cumplir estrictamente las instrucciones dadas en el permiso que reproduzco á continuación, que se obtendrá en el hotel al entregar el pasaporte.

AVISO

Este permiso deberá presentarse para obtener el equipaje, que puede ser desembarcado todos los días, incluyendo domingos y días festivos, desde la salida a la puesta del sol, siempre que el consignatario del buque haya obtenido el necesario permiso del Administrador de la Aduana. De contener artículos sujetos a derechos, se llevarán a la aduana para que sean despachados de acuerdo con las reglas vigentes; y de hacerse en horas irregulares, o en días festivos, se depositarán en un lugar seguro hasta las horas de oficina.

Este permiso deberán igualmente presentarlo los que lo tengan a los dueños de casa o establecimiento donde el pasajero vaya o se detenga, a fin de que puedan dar la necesaria noticia a la policía.

Este permiso faculta a los extranjeros recién llegados a transitar en todas direcciones durante un mes a contar desde su fecha. Igualmente les faculta, durante el mismo período,

a fijar su residencia en cualquier lugar de la Isla; pero siendo necesaria siempre su presentación ante el Capitán de Partido, Comisario o Celador respectivo. Después de dicho período, se requiere obtener un *pase de tránsito* para viajar por la Isla.

Náufragos y militares o funcionarios públicos destinados a esta Isla o en tránsito y comisión de servicio, no pagarán derechos por este permiso.

La carencia de pasaporte o el no cumplimiento de estas regulaciones, implica una multa de diez pesos.

En la Habana, sólo se permite a los pasajeros desembarcar en el muelle especial destinado a dicho objeto al lado de la Machina, donde se distribuirán estos permisos y se examinará el equipaje.

No se permitirá a ningún pasajero entrar en la ciudad sin haberse sujetado a estos requisitos, y será obligado a justificar su cumplimiento presentando el permiso y la marca o firma de los aduaneros puesta en sus respectivos equipajes después de la inspección, al guardián que se halle en la salida del desembarcadero.

Ningún extranjero podrá residir más de tres meses en la Isla sin procurarse una carta de domicilio, que obtendrá mediante una petición garantizada por el cónsul de su nación.

Ninguna persona, cualquiera que sea su rango o clase, está exenta de prestar obediencia al gobierno y a las regulaciones de policia y ordenanzas.

Conociendo de antemano el hotel en el que nos proponíamos alojar, indicamos al agente del mismo nuestro equipaje, del que se hizo cargo, viéndonos así libres de ulterior preocupación, excepto la de pasar por la Aduana al desembarcar. El agente disponía de un bote, en el cual fuímos a tierra, sin preocuparnos de lo que había que pagar, pues tanto esto como el importe del transporte del equipaje habían de ser cargados en la cuenta del hotel.

Sobreviene siempre al abandonar el buque una escena divertida. Los pasajeros invaden los pequeños botes, el equipaje se amontona en la parte de la proa, se tienden las velas y las embarcaciones se deslizan en dirección a la Aduana, en un regateo por llegar primero. Al pisar tierra, el viajero tiene la primera impresión de una *cosa de Cuba* (1) en la figura de un fornido negro que coge el baúl, no importa lo grande que sea, del bote, lo coloca sobre su cabeza y de la manera más indiferente se dirige a donde están los aduaneros, como si fuera un ligero juguete y no un pesado baúl lo que lleva sobre su cerebro, si es que en realidad posee tal órgano. Los aduaneros son muy expeditos y corteses en la inspección del equipaje procediendo de una manera meramente nominal, particularmente si se facilita la operación presentándoles en seguida las llaves.



Estamos ya en la Habana, con libertad de ir adonde nos plazca, no obstante las dos estatuas militares estacionadas en la puerta, que parecen mirarnos fieramente al pasar.

Afuera encontramos coches de alquiler, que por veinte centavos conducen al viajero a donde desee ir. Si ha estudiado el plano de la ciudad y quiere

---

(1) En español en el original. Indicamos siempre en *itálica* lo que en el original esté en español.—(*N. del T.*)

ir andando hasta el hotel, gozará más de lo que pudiera imaginar; pues tengo para mí que las cosas nos parecen mucho más extrañas y curiosas al desembarcar por primera vez, que cuando nos acostumbramos por grados a ellas.

¡Habana! ¿He de olvidar nunca las extrañas y a la vez agradables impresiones que en mi ánimo produjeron sus murallas, cuando años atrás, en pleno vigor juvenil, al desembarcar en la Aduana, mis pies pisaron por vez primera suelo extranjero? Impresiones que ahora, después de un lapso de años, y aun después de meses de sufrimiento, no empalidecen en esta segunda visita, sino que más bien se intensifican en sus gratas emociones. Los mismos espectáculos, las mismas novedades; la charla de un idioma extranjero, las calles estrechas, los hermosos establecimientos con su entero contenido expuesto a la vista. Los abigarrados toldos tendidos de muro a muro al través de las calles, que a la vez que protegen del sol contribuyen a dar a aquéllas la apariencia de un extraño y bonito bazar o feria. Los mismos chuscos nombres de los establecimientos: "Palo Gordo", "León de Oro", "Delicias de las Damas", etc. Nos dirigimos al café "La Dominica", que es un lugar muy concurrido y allí probamos *una cosa de Cuba*, que lleva el nombre de *refresco*, y es una bebida fría de cierta clase, agradable a la vista y más agradable aun al paladar, y mientras lo sorbemos podemos tomar nuestras primeras lecciones acerca de la vida habanera.

Pero ya llegamos a nuestro hotel; y hay hoteles para satisfacer todos los gustos y bolsas, aun cuando son algo distintos de nuestras grandes po-

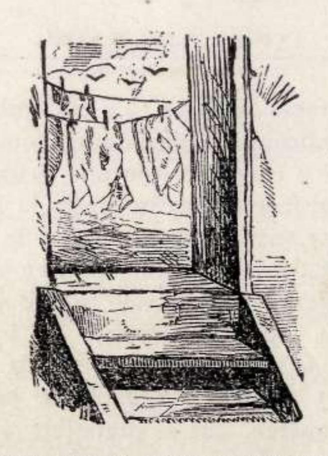


CAFE "LA DOMINICA"

sadas como el "Continental" o la "Quinta Avenida". Para mí, sin embargo, las facilidades y comodidades (o la ausencia de las que nosotros estimamos como tales) del "Hotel Telégrafo" o "Santa Isabel" son más aceptables con su *café con leche* o chocolate cada prima mañana, su almuerzo a las once de deliciosas frutas y ensaladas frías,

y sus abundantes y agradables comidas de cinco a seis de la tarde. Después de la comida, se dirige uno al "Paseo", donde magníficos carruajes, hermosas mujeres y elegantes caballeros, junto con las bellas residencias, las grandiosas palmas y las avenidas de árboles tropicales convierten aquella escena en algo que rivaliza con las mejores que el resto del mundo nos ofrece. Podemos terminar el día dando un encantador paseo por los terrenos del "Jardín Botánico", donde sin gastos, sin previo permiso ni cortapisas, se nos permite vagar durante horas en un jardín que en lujuriosa magnificencia de árboles, frutos y flores compite ventajosamente con cuantos hemos visto en América.

Como estamos estudiando la vida habanera a conciencia, dedicaremos el próximo capítulo a sus hoteles.



VISTA DESDE LO ALTO DE MI HABITACION

CAPITULO III

La vida de hotel en la Habana.—¿Café con leche o café solo?—Diferencias entre los hoteles americanos y los cubanos.—Las comidas.—Hotel Telégrafo.—Hotel Santa Isabel.—Hotel Inglaterra.—Hotel de Europa.—Algunas cosas curiosas acerca de hoteles y casas.—Una ciudad sin una chimenea y sin "modernas comodidades".—Casas de huéspedes.—Restaurantes.—La vida del soltero en la Habana.—Comidas de club en los restaurantes franceses.—Conveniencia de tomar baños de mar.—Hotel San Felipe.—Bellas vistas.—Noches de luna en las azoteas.—Música de guitarra y cantos.

Cafe *¿solo o con leche?* Es lo primero que oye uno por la mañana en un hotel español, cuando el camarero asoma su cabeza tras la puerta formulando la pregunta; y como, para hacer uso de la vulgar expresión, "pagáis para obtener lo que deseáis", inmediatamente decidís, si es que deseáis probar los métodos cubanos, tomar

el café mañanero *con leche*. La costumbre en Cuba es, inmediatamente al levantarse, tomar sólo una taza de café o chocolate con una tostada o bizcocho, que satisface el apetito hasta la hora del almuerzo, a las nueve, diez u once; y la experiencia me ha enseñado que café *con* leche en un estómago vacío es preferible al café solo (o *cafe noir*), que es mejor como digestivo después de las comidas. Igualmente se usan las frutas por la mañana al levantarse, y resultan agradables al paladar. Estimo, sin embargo, que es preferible seguir la costumbre cubana de empezar el almuerzo comiendo frutas.

Como el mismo aforismo es aplicable a todos los hoteles, el viajero apreciará por sí mismo sus relativos méritos; y para auxiliarle, dedico este capítulo a los de la Habana, los cuales he visitado en distintas épocas, y los que no, lo han hecho amigos sobre cuyos juicios puedo fiar para formarme una "idea".

Pero si cualquier infortunado viajero pone sus pies en el muelle aduanero de la Habana, con la esperanza de que habrá de encontrar un "Hotel Continental" o "Quinta Avenida", dentro o fuera de los límites de la ciudad, se verá muy seriamente desilusionado.

La Habana, con ser una ciudad de casi doscientos mil habitantes, con abundancia de visitantes en ciertas épocas del año, no puede enorgullecerse de tener un hotel de primera clase, tal como nosotros lo entendemos, si bien cuenta con

varios en los cuales el viajero, si no es extremadamente exigente, puede estar de manera tolerablemente confortable.

No se nos alcanza la razón de esto, pero los hechos son así; y aun cuando hay excelentes restaurantes propiedad de españoles o franceses, es lo cierto que sólo conozco un hotel que sea algo más que mediano.

La ciudad es grande, llegan constantemente visitantes de otras partes de la Isla, y en invierno la invaden bandadas de viajeros que vienen de fuera; y sin embargo, si discutís el asunto con un cubano, levantará los hombros y os contestará:

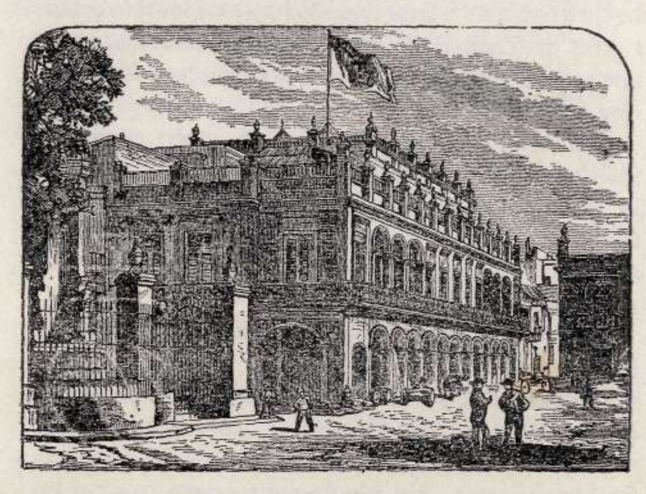
—No pagaría.

¿Pero qué más debe esperarse de una ciudad que no posee una sola chimenea en toda la vasta extensión de sus edificios? ¿Quién ha oído nunca de *una casa sin una chimenea?* ¿Decís que no las necesitan? Bien, ¿y cómo explicáis la ausencia de otras cosas? No puede contestarse que no las necesitan. Me refiero—lo recuerdo ahora—a lo que se llaman "modernas comodidades".

Los hoteles que algo valen se deben a la iniciativa de americanos, y algunos han mostrado gran habilidad en convertir edificios no destinados a semejantes propósitos, en hoteles tolerablemente confortables. Por algún tiempo no hubo quien intentara establecer un hotel sobre el plan americano; pero gracias al espíritu de empresa del Coronel Lay, un muy agradable y cortés caballero, de Nueva Orleans, se abrió el Hotel Santa Isabel,

con comidas y habitaciones, hasta donde lás circunstancias lo permiten, al estilo americano.

Poco después, habiendo conseguido el que fué palacio del Conde Santovenia, lo transformó en



HOTEL SANTA ISABEL

un verdadero hotel estilo americano, de primera clase.

En algunos aspectos es el mejor hotel de la ciudad, pues sus habitaciones son grandes y aireadas, teniendo el edificio su frente en la Plaza de Armas, donde una banda toca todas las noches. Para las señoras tiene la gran ventaja de verse atendidas por personas de su sexo; pues por extraño que pueda parecer, en Cuba no hay camareras. El lenguaje que se usa es el inglés; cada cual puede estar

seguro de satisfacer sus gustos en cuanto a la comida, y la situación del hotel es muy conveniente, estando cerca del Consulado Americano y a dos pasos de la bahía, pudiéndose contemplar la vida y el bullicio de este gran puerto. Para mi gusto, está demasiado abajo en la vieja ciudad, o sea la contenida "intramuros".

El edificio ocupado por este hotel nos ofrece una de las peculiaridades de la vida habanera; pues cuando lo ocupaban el Conde de Santovenia y su familia, las habitaciones altas, donde residían, estaban amuebladas y decoradas de la más elegante manera, y en cambio la planta baja se usaba como almacén, muy fragante de pescados y aceite.

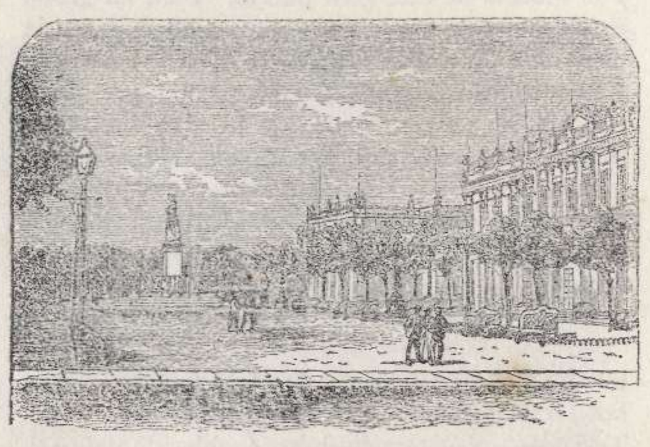
En la parte nueva de la ciudad, conocida por "extramuros" de cuando todavía se conservaban todas las murallas, existe probablemente el mejor hotel cubano de la Isla. Se conoce por "Hotel Telégrafo", y fué especialmente edificado para tal.

Es el más hermosamente situado en la parte mejor de la ciudad, ocupando el lado opuesto al lugar donde se celebran las paradas militares, conocido por "Campo de Marte", en la calle de Amistad, cerca del Paseo, de los mejores cafés y del Teatro de Tacón.

En él se hablan todos los idiomas, y tiene además la ventaja de disponer de baños, y uno puede tomar sus comidas *a plaisir*.

El "Hotel y Restaurant Inglaterra", en la calle del Prado, es igualmente excelente, en particular para los caballeros, pues en él pueden to-

mar por separado su habitación y comer en el restaurante *a la carte*. Está deliciosamente situado en el Paseo, cerca del Teatro de Tacón y frente al Parque Isabel, donde la banda toca cada



VISTA DEL PARQUE ISABEL, CON EL HOTEL INGLATERRA, TEATRO TACON, ETC.

noche, siendo probablemente aquel lugar el más animado de la Habana.

Desde sus balcones se pueden obtener bellas vistas de la entrada de la bahía y del Prado en toda su extensión. No he de olvidar nunca el espectáculo que desde allí contemplé en noches de luna.

El "Hotel de Europa", en la plaza de San Francisco, bajo el régimen de Mrs. Almy fué tan favorablemente conocido como cualquier otro de la

Habana; pero en la actualidad está en manos cubanas. Para mí, siempre tuvo la apariencia de una gran casa de huéspedes, y como carecía de ciertas necesarias comodidades y estaba situado en la parte antigua, cerca de la bahía, jamás me vi tentado de permanecer en él largo tiempo, ni aun con el estímulo de disfrutar de la mejor compañía. Para los que gusten de la quietud y del silencio, ofrece algunas ventajas.

La experiencia me ha mostrado que en cualquiera de los citados hoteles se hallará bien el viajero americano; en cuanto a mí, acuciado siempre por una gran curiosidad, prefiero ir en busca de los peculiares e interesantes hoteles de los nativos.

Cuantos tengan que pasar una larga temporada en la Habana, pueden vivir confortablemente en alguna gran casa de huéspedes, en su mayoría propiedad de señoras americanas. Las pensiones son moderadas, las comidas a horas regulares y el ambiente más semejante al del hogar. Entre estas casas citaremos las de Mrs. Almy y Mrs. Tregent, ambas buenas, en las que se pagan de 34 a 50 pesos al mes por habitación y dos comidas al día. En los mejores hoteles los precios van de tres a cinco pesos por día, incluyendo o no vinos, que en este clima son casi innecesarios. En los restaurantes nativos y franceses se sirve siempre *vin ordinaire* o *vino catalán*, como parte del almuerzo o la comida.

Existen varios hoteles de inferior clase que sólo

cobran dos pesos por día; pero no habiendo residido en ellos, no estoy en condiciones de hablar acerca de sus méritos.

El medio más confortable—y ciertamente el más independiente para un hombre solo que desee estar algunas semanas en la Habana—es alquilar un cuarto amueblado, comiendo en uno de los numerosos cafés. Haciéndolo así, se vive mucho mejor, más económicamente, se dispone de una habitación en la que no se ve molestado por los otros huéspedes, y puede ir y venir a su antojo. Se obtienen habitaciones amuebladas en casas de familia, y además en los siguientes lugares, por unos treinta pesos al mes: Hotel St. Louis, cerca del Hotel de Inglaterra, en el Paseo del Prado, excelente; Aguila de Oro, casa española, con restaurante anexo, donde sirven muy buenos almuerzos, hablándose sólo español, situado en la esquina de las calles de San Ignacio y Obispo.

Si el viajero apetece quietud y comodidad, en un lugar precioso y aireado, desde el que se contempla el océano, el Morro y la entrada de la bahía, le recomiendo una casa tranquila y decente, propiedad de un suramericano, pero atendida por una señora alemana, que habla un poco de inglés, y desde luego el alemán. Se halla a una cuadra del Paseo de Isabel, en la calle Ancha del Norte, número 78, y se conoce con el nombre de "Hotel San Felipe". Permanecí allí varias semanas muy agradables, deseoso de gozar de los baños de mar, que se hallan al lado de la casa, teniendo la con-

veniencia de poder salir de la habitación, a primeras horas de la mañana, en zapatillas, *en deshabillé*, y hacer una refrescante y vigorizadora zambullida en el venerable océano.

En todos los lugares de esta clase conviene de antemano estipular que deben servirnos el *café con leche* por la mañana, facilitaros el usual servicio y las suficientes toallas y ropa limpia de cama, pues de lo contrario podréis hallar deficiencias en tal sentido.

El mejor café o restaurante para las personas que utilicen dichos lugares, es el "Restaurant Francais", dirigido por un francés, Francois Garcon, sito en la calle Cuba, número 72, entre Obispo y Obrapía, en el centro de la ciudad. Lo frecuentan los jóvenes comerciantes extranjeros, quienes forman allí como un club.

La *cuisine* y la mesa son inmejorables, a estilo francés; y en ningún otro lugar de la Isla de Cuba he hallado precios más razonables. Resultan sólo algo altos si tomáis comidas separadas; pero podéis hacer un arreglo, abonando no más de quince pesos por semana, o cincuenta y uno por mes, incluyendo el *vin ordinaire*, o el clarete francés. Si uno desea mejores vinos, puede obtenerlos a precios razonables. El sistema es *a la carte*.

Lo mismo puede hacerse, a un precio algo menor, en el restaurante del Hotel Inglaterra, pero la cocina y el servicio no son tan buenos como en el establecimiento de "Francois".

En la calle de San Rafael, casi al lado opuesto

del Teatro Tacón, hay varios excelentes restaurantes, la mayor parte a estilo español. "Las Tullerías", en la esquina de Consulado y San Rafael, es más francés que español, pudiéndose obtener en él muy delicados *petit diners*, a precios razonables. En los altos tiene un salón para señoras, y es el único decente, exceptuando el de "Francois", al que pueden concurrir las damas.

La "Noble Habana" tiene fama por sus *camarones* y particularmente por las ensaladas hechas con los mismos.

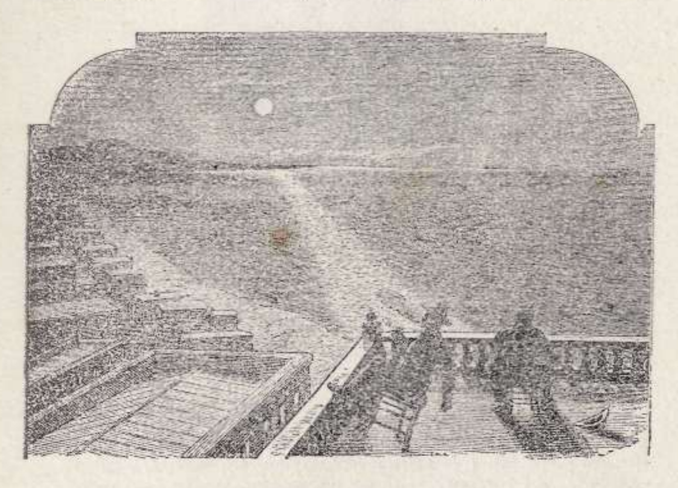
El "Crystal Palace" es también un buen lugar, y desparramados por la ciudad hay otros de apariencia tentadora, pero como hacen uso del aceite español y de algún ajo en la cocina, no se lo recomendamos al viajero.

Que el buen Dios, ¡oh, lector!, te proteja de las indigestiones que en mi curiosidad y deseos de obtener información he experimentado en algunos de los lugares citados; y aseguro al que me lea que no se sentirá pesaroso en ninguno de los lugares citados si, convertido en viajero, se ve alguna vez tentado de visitar la Habana.

Mas si el viajero al abrir la puerta de la habitación ve "los cielos encima", o esperando que le lleven al cuarto que le destinan, oye que el empleado del hotel dice "en la azotea", no deberá alarmarse, porque a veces las habitaciones mejores están en la azotea, llamada también en la Habana terraza; y es por cierto un placentero lugar adonde ir a sentarse durante la noche, fumando un

cigarro, gozando de la brisa marina y del ambiente embalsamado.

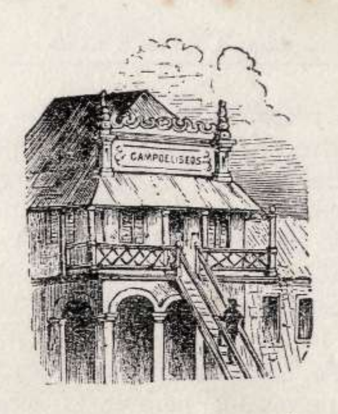
Allí, en las más calurosas noches, familias enteras pasan las horas, y a menudo gozan oyendo



GOZANDO DE UNA NOCHE DE LUNA

el rasgueo de una guitarra o los cantos que provienen de una azotea vecina.

Mi habitación en San Felipe se abría sobre una galería que conducía a una azotea, desde la cual se divisaba el mar, a la derecha, el Castillo del Morro, con su flameante luz, y más lejos, hacia el oeste, la misteriosa línea de la costa que, como envuelta en sombras, contrastaba con el mar iluminado por la luna. *¡Ah, qué hermosura!* ¡No he de olvidar fácilmente aquellas mágicas noches!



CAPITULO IV

BAÑOS Y COCHES EN LA HABANA.—Placeres de un baño después del mareo.—Baños calientes o fríos.—Cambio de ropa.—Algunas peculiares costumbres de la mujer cubana.—Buenas casas de baños.—Bañaderas de mármol, etc.—Baños en los hoteles.—Campos Elíseos.—Pocetas para baño hechas en la roca.—Baño en el mar durante un "norte".—Efectos del agua.—La época de los baños para los cubanos.—Las señoras cubanas en los baños de mar.—Feliz facultad de los negros cubanos y de los caballos para dormir.—Locomoción en la Habana.—Las "volantas".—Sus conductores.—El "victoria".—Establos de alquiler.—Coches particulares.—Placeres de un paseo en volanta.—Tarifa de precios.—No dispute con el cochero.

No conozco nada más refrescante, después de desembarcar de un viaje por mar en este cálido clima de Cuba, que tomar uno de sus *baños calientes* o *tibios*, particularmente si el viajero se ha visto postrado por el mareo.

Asegurada una habitación en el hotel, después de un paseo desde el muelle, todavía vestido con la pesada ropa del Norte, es conveniente antes de cambiarla por la que requiere el clima, tomar un

baño como preparación; a propósito del cual es prudente advertir al extranjero que no debe prescindir enteramente de la ropa interior de lana, pues es siempre conveniente llevar franela sobre la piel como una precaución contra las corrientes de aire prevalente dada la estructura de las casas.

Hasta hace poco, la mayoría de las hoteles y muchas de las casas particulares no disponían del lujo del baño, que en este clima debía considerarse como una necesidad; pero en la actualidad, los principales hoteles tienen baños; y además, desparramados por la ciudad, hay algunos bien dispuestos y confortables establecimientos de *baños públicos*, muy concurridos por la población masculina de la Habana, que por una cantidad moderada ofrecen cuanto es apetecible en buen servicio: bañaderas de mármol, suelos con azulejos y limpieza.

Hago sólo referencia a ser utilizados dichos baños por el elemento masculino, porque no pude convencerme de que igualmente los utilizara mucho el elemento femenino. De hecho, parece que existe entre los cubanos una diversidad de opinión respecto al hábito de limpieza de sus *mujeres.*

Desde luego, en asuntos de esta clase, relativos a las costumbres del sexo bello, mi información debe ser de segunda mano; pero frecuentemente me han manifestado señoras extranjeras de larga residencia en Cuba, que la sola operación hecha por las mujeres cubanas, en el campo y en las poblaciones pequeñas, consiste en humedecer el

extremo de una toalla con *aguardiente,* restregándose con él cara y cuello.

Sin embargo, como los hábitos del pueblo educado son casi los mismos en todas las partes del mundo, las *señoras* y la mayoría de las mujeres de las ciudades serán más exigentes en este respecto, a lo que me presumo; mas confieso que oí, no sin asombro, en conversación con una atractiva *señorita,* que ella sólo durante la época adecuada cometía la imprudencia de bañarse en el sentido que nuestras mujeres lo entienden, y aun entonces sólo en los balnearios de aguas medicinales. Tengo entendido que sus otras abluciones se reducían a un lavado semanal. Sus explicaciones respecto a este lavado pareciéronme asombrosas, dadas mis ideas de limpieza como base de la salud, y se basaban, según creo, sobre las influencias climatéricas; pero fué solamente cuando repitió con viveza: "*No, no, señor;* le aseguro que el agua es muy mala para el cuerpo", que me sentí inclinado a dar por cortesía mi asentimiento a su teoría, guardando mi real sentir (1).

Hay algo, sin embargo, a lo que hará bien el extranjero en adaptarse en cuanto a su modo de bañarse, y que por propia experiencia estimo es mucho mejor en este clima, y es que se deben tomar los baños calientes o tibios.

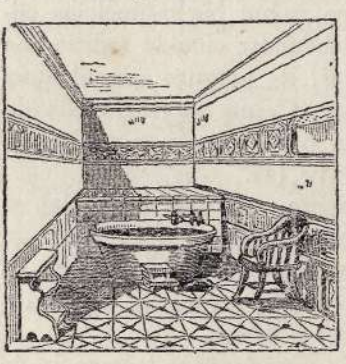
Acostumbrados a la vigorizadora influencia de

(1) Hay quizás exageración en estas manifestaciones del autor. En todo caso, las cosas han cambiado de entonces acá.—(*N. del T.*)

mis diarios baños fríos, sólo pasado algún tiempo pude conciliarme con los baños calientes en un clima cálido.

Creo que lo consideran los médicos como una sana práctica, teniendo en cuenta que no se produce reacción después del baño caliente para que la sangre fluya rápidamente y se excite la piel en un estado de transpiración. Sea lo que fuere, se siente uno más fresco después de tomar un baño caliente en este clima por la tarde, siendo la costumbre bañarse en agua fría por la mañana antes del almuerzo y en agua caliente por la tarde antes de la comida.

En el hotel puede inquirir el viajero dónde se hallan los mejores establecimientos de baños; pero para su mejor información doy aquí la dirección de unos pocos, considerados como los más excelentes.



CUARTO DE BAÑO

En intramuros, en la esquina de Compostela y Luz, al frente de la Iglesia de Belén, hay uno magnífico, con una barbería anexa. Es una buena costumbre, después de un paseo por la ciudad que ha calentado el cuerpo, entrar en un lugar fresco como éste, con su suelo de losas de

mármol y cuartos de baño con azulejos lindamente pintados, que dividen el gran salón principal, y limpias bañaderas de mármol, y gozar de *un baño* antes de la comida. Usualmente no se paga por él más de treinta centavos.

Al salir del agua es costumbre general en Cuba cubrir el cuerpo con una gran sábana de hilo, antes de aplicarse las toallas, siendo esto de un efecto tan agradable como beneficioso.

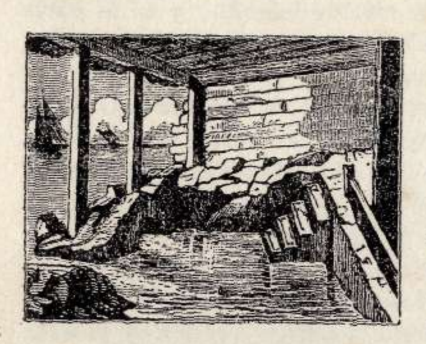
Abajo la ciudad, en la calle de Cuba, número 5, hay otro excelente establecimiento; y en la parte de extramuros se hallan los baños de un lugar soberbio: "El Louvre".

Pero los baños de mar, en las primeras horas de la mañana, son, para mi gusto, los mejores, aun para un inválido, no obstante que los cubanos le asegurarán que puede ocasionarle "la muerte".

Esta creencia tiene su explicación, y es que cuando nosotros los americanos estamos en la Habana, es para los cubanos *su* invierno, que realmente es equivalente a *nuestro* verano; y el agua marina, siendo la del tibio golfo de Méjico, está más caliente que la atmósfera que nos circunda al salir del baño. Creo que para nosotros la diferencia de temperatura sólo es perceptible cuando sopla un frío "norte", y aun entonces los malos efectos pueden evitarse con un frasco de coñac. Mientras estuve en la ciudad tomé diariamente un baño de mar, y los mejores fueron cuando soplaba un fuerte "norte" que enviaba las espumosas olas por encima de mi cabeza y aun de los techos

de las casas de baños. Estos baños están situados sobre los arrecifes, al final y a la izquierda del Paseo de Isabel. Hay varios de ellos, pero los mejores son los que se hallan más cerca del Paseo, y llevan el nombre singular de *Campos Elíseos*.

Las aguas del Golfo se deslizan sobre una playa compuesta de una especie de roca de coral, y en esta roca se han abierto las pocetas a un gran costo. Hay algunas dotadas de techo, de diferentes dimensiones, desde el *baño reservado*, al *baño público*, teniendo éste una gran extensión, donde por un *real* puede darse uno el gusto de nadar. Generalmente tienen las pocetas de unos doce a diez y ocho pies cuadrados, por unos ochos pies de profundidad. El agua en ellas alcanza una profundidad de cinco pies, entrando por una estrecha hendidura en la roca del lado del mar y al nivel de éste en tiempo de calma. Esta hendidura permite al agua entrar y salir, conservando la que está dentro la poceta perfectamente limpia, y a la vez es lo bastante angosta para impedir la entrada de



BAÑOS DE MAR

cualquier monstruo voraz del océano, que se dice abundan en este litoral.

El agua en estos baños es transparente como el cristal, permitiendo ver el fondo indistintamente, excepto en tiempo de tempestad, cuando las olas baten lo más alto de las rocas, convirtiendo el baño en una espumeante e hirviente marejada. El actual propietario me informó que se gastaron unos treinta mil pesos en la construcción de estos baños, hará doce años, habiendo realizado la mayor parte del trabajo negros y presidiarios. Se alquilan para cada estación de baños (que generalmente empieza para los cubanos el primero de abril, terminando en octubre) por la suma de tres mil quinientos pesos. Aun cuando en invierno se quitan generalmente los cobertizos que cubren estos baños, debido a las altas marejadas y a veces a los "nortes", queda siempre alguna protección para el bañista. Tengo la seguridad que los baños de mar nos hicieron a muchos de nosotros tanto bien como el mismo aire puro de Cuba, debido a que estas aguas del Golfo están mucho más impregnadas de yodo y sal que las aguas de nuestro mar, y este beneficio se nos hizo muy perceptible después de tomar algunos baños por el vigor que sentimos en nuestra persona, con tanta mayor razón cuanto que era nuestra costumbre, después de cada baño de mar, lavarnos el rostro con agua fresca.

Es lo usual abonar por estos baños, comprendiendo toallas y un ligero traje de baño, cuarenta

centavos, o sólo veinte si el bañista lleva consigo toallas y traje.

Es divertido, durante la *temporada*, en abril o mayo, cuando la temperatura es lo bastante calurosa para que aun las mujeres cubanas sientan la tentación de un baño refrescante, ya que no saludable, ver por las mañanas los quitrines y carruajes rodando por aquí llenos de *señoras*, generalmente acompañadas de una sirvienta, dispuestas a tomar su baño; lo que efectúan en tanto sus coches esperan, y el cochero, con la feliz disposición del negro cubano, se entrega inmediatamente a un sueño ligero, siguiendo generalmente el ejemplo su caballo.



Para ver propiamente las curiosidades de la Habana y de sus alrededores es necesario, en adición a un regular desgaste de suelas de zapatos, dedicar muchos *reales* y *pesetas* en coches de alquiler.

Aun cuando son pocos los trenes de pasajeros en la Habana, es tal la abundancia de toda clase de vehículos públicos, que puede decirse que no se encuentran a faltar aquéllos, pues para ir a

cualquier lugar todo lo que hay que hacer es pararse en frente del hotel o en la próxima esquina, y a los tres minutos, a lo sumo, podréis escoger entre una docena de vehículos, que constantemente pasan en todas direcciones, y que por veinte centavos os conducirán a cualquier lugar de la ciudad.

Los hay de varias clases y estilos; pero el más corriente en la actualidad es el "Victoria", un cómodo coche de cuatro ruedas, con asiento para dos pasajeros, y al frente, un sitio sobre la caja para el cochero. Todos estos vehículos son propiedad de una o dos personas, que los dan en arriendo al cochero por la suma de seis pesos y veinticinco centavos al día, siendo de cuenta de los propietarios alimentar al caballo y mantener el coche en buen estado.


LA "VICTORIA".

Es tal el movimiento, que no bastan los coches en circulación para atender su demanda, no obstante el alto arriendo que tienen que pagar los cocheros, en comparación con lo que éstos cobran a los pasajeros. Dos propietarios me aseguraron que podrían arrendar muchos más, ganando cada cochero de dos a cuatro pesos diariamente.

En cualquier parte de la ciudad, veréis una constante sucesión de estos carruajes, que van en todas direcciones, con o sin ocupantes. Estos

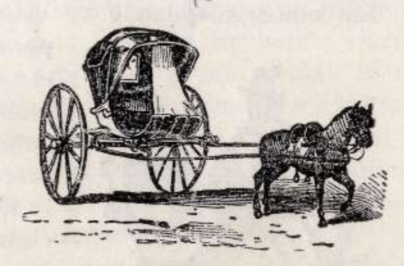
últimos llevan un pequeño letrero sobre el pescante que dice "Se alquila". El propietario de una de las empresas de estos carruajes había ganado ya $100,000, y estaba deseoso de traspasar el negocio y volver a su *belle France*, de la que era nativo.

Aun cuando el nombre de "volanta" se ha hecho popular entre los extranjeros, es lo cierto que no es aplicable a tales carruajes, pues la volanta, en tiempos pasados, era algo diferente de lo que hoy se llama como tal, que en realidad es el "quitrín". La antigua volanta está hoy casi extinta, o se usa simplemente por algún hombre de negocios para ir y venir de su oficina, o bien se encuentra en una arruinada hacienda de algún pueblo del interior de la Isla. La volanta es un carruaje de dos ruedas, con largas varas, cuyo peso soporta el caballo o mula, sobre cuyo lomo monta el conductor en una gran silla toscamente hecha. Las varas se apoyan en el eje de las ruedas por un extremo y en el caballo por el otro de la misma manera que la antigua litera; y el cuerpo de la volanta, como aquélla, descansando sobre sus grandes resortes de cuero, está en constante moción de un lado a otro. La principal diferencia entre los dos



LA "VOLANTA" ANTIGUA

vehículos es que la vieja volanta no baja su fuelle, que es fijo, en tanto que la volanta o quitrín actual permite que el fuelle se levante o baje a voluntad, una mejora muy cómoda. Como vehículos públicos, están rápidamente cediendo el lugar al carruaje y a la "Victoria"; pero el quitrín particular es, y siempre será, una de las *cosas de Cuba*, pues es el único vehículo usado en malos caminos por las familias para ir y venir de sus lugares, y en la ciudad se le usa espléndidamente adornado y decorado con cintillas de plata y ricos objetos siendo considerado como el más elegante y hermoso vehículo para que las *señoritas* paseen y muestren en público sus bellas personas.



LA "VOLANTA" ACTUAL

Es divertido a veces ver estos vehículos de largas varas intentar doblar una esquina en una de las estrechas calles de la ciudad vieja. Resulta considerablemente difícil, pareciendo que caballo y cochero se empeñan en pasar por la puerta de una tienda, sin tener en cuenta la volanta que está detrás, motivando todo ello una serie de juramentos. Cuando en 1857 estuve en la Habana, la volanta era el único vehículo usado; pero ahora, se ven carruajes de todas clases y estilos, de tan

bella y sorprendente apariencia como los mejores que ruedan en nuestro "Central Park."

Pero la volanta o el quitrín de lujo es, *par excellence*, otra cosa, y cualquiera que inocentemente la ordene a un establo sin antes inquirir por su precio, tendrá motivos de arrepentirse. Sin embargo, cuando ve estos vehículos tirados por dos buenos caballos, el *calesero* enfundado en una pasmosa librea roja, cubierto de galones de oro, con altas botas que le llegan casi hasta la cintura, y los caballos con arneses que reflejan el sol en un centenar de hebillas plateadas, campanillas y borlas, empieza a tener una idea de que todo esto debe costar algo caro y que debe pagarlo.



EL CALESERO

En los paraderos ocasionalmente también se ven carruajes de dos caballos, usualmente muy confortables, birlochos, que acostumbran utilizar partidas de cuatro o cinco personas para dar unas vueltas por el Paseo. Los establos de alquiler igualmente proporcionan hermosos carruajes de la misma clase, que, como las volantas de dos caballos, basta solicitarlos en los hoteles, pues éstos generalmente tienen algún establo particular al que

piden los carruajes. Los precios en todos los casos son bastante altos.

Para el uso de una volanta de dos caballos, por la tarde—digamos de cuatro a siete,—cobran lo menos ocho pesos y medio; el alquiler de un carruaje de dos caballos para cuatro personas, cuesta casi lo mismo. Sé de un caso que se pagaron veinticinco pesos para ir en un carruaje a cierto lugar del campo y volver en el mismo día. Si se alquila un carruaje de los estacionados en los paraderos, los precios son mucho más económicos, y llenan del mismo modo el objetivo de ver la ciudad, a menos que se desee ir al Paseo mezclándose entre los lujosos carruajes que por él ruedan.

He aquí las regulaciones y tarifas prescritas por el *Gobierno Político* de la Habana.

«Los propietarios de carruajes de alquiler deberán proveer a sus conductores con el suficiente número de tíquets para entregar uno a cada persona que alquile el vehículo, a fin de que si sobreviene alguna disputa pueda arreglarse acudiendo a la Jefatura de Policía, situada en la calle de Empedrado, esquina a Monserrate. Se recomienda a los pasajeros que paguen cualquier sobreprecio pedido, puesto que al hacer la reclamación en la citada jefatura, le será devuelta la cantidad y multado el cochero (?).

»Los carruajes de alquiler deberán ostentar en lugar visible la siguiente lista de precios:

CARRUAJES DE DOS CABALLOS

Para una carrera en la ciudad dentro los límites de la calle de Aguila, con uno o más pasajeros. . 4 reales.

Por una carrera dentro los límites formados por

Jesús del Monte, Cerro, Castillo del Príncipe y San Lázaro, con uno o más pasajeros..... 1 peso.
Por cada hora en que el carruaje es ocupado, por uno o más pasajeros...................... 1 peso.
En noches de lluvia, o después de las diez de la noche, los precios serán dobles de los antes fijados.

CARRUAJES DE UN SOLO CABALLO
(Volantas o Victorias)
CON ASIENTOS PARA DOS PERSONAS

Por una jornada no mayor de media hora. .	2 reales sencillos
,, ,, ,, ,, ,, ,, una ,, . .	4 ,, ,,
Por medio día, entendiéndose no más de 3 horas..............................	20 ,, ,,
Por un día entendiéndose no más de 8 horas.	40 ,, ,,

Aconsejamos al pasajero extranjero que no pregunte nunca "¿Cuánto?" al cochero, al terminar la carrera, pues da motivo a que éste le suponga desconocedor de la tarifa y a que le pida el doble; en cambio, si al salir del vehículo le abonáis el importe exacto, lo cogerá sin objetar nada. Dadle, sin embargo, la oportunidad de creer que sois un recién llegado, y protestará ruidosamente, por todos los santos del calendario y de la manera más excitada, de que lo que dais no cubre el importe y que le estáis robando.

Los cocheros son lo mismo en todas las partes del mundo. Todavía no he olvidado un divertido episodio que tuvo lugar al abandonar la Habana en mi primer viaje. Un cochero me había conducido, temprano por la mañana, a la estación, y

después de haber arreglado con él, le di el doble en atención a haber puesto los baúles en el coche. Este proceder tan poco usual, le hizo pensar que era novicio, y en seguida me pidió el doble de lo que le había dado. Cortésmente me negué, alegando que precisamente le había pagado el doble de lo que valía. Juró y perjuró que quería robarle, produciendo una escena que nos sirvió de diversión a los mirones y a mí, que no pude menos que reirme en la cara del hombre por su osada desfachatez, lo que le enfureció tanto, que me devolvió airado el dinero, jurando que prefería no cobrar nada.

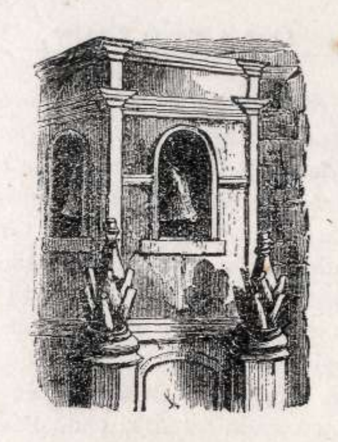
Le di las gracias muy cortésmente, y, con la mayor seriedad, le dije que bebería algo a su salud, y saludándole atentamente con el sombrero, le dije adiós. Había ya mostrado mi boleto y me disponía a subir al tren, cuando el hombre, abandonando su aspecto de furia, llegóse a mí, tendiéndome la mano, y exclamando:

—¡Ah, es usted un americano; deme lo que le plazca!

Le di el mismo dinero que se había negado antes a tomar, y exclamó, con una sonrisa:

—Buen viaje, señor.

Cinco minutos antes, cualquiera que le hubiera visto jurando y lamentándose, habría creído que realmente sentía lo que decía.



CAPITULO V

HABANA, PASADO Y PRESENTE.—Sonido de campanas.—Sueño interrumpido.—Madrugando.—Café y chocolate al levantarse.—El delicioso aire mañanero de Cuba.—Vagando por las calles.—Calle de Ricla.—Sus establecimientos de joyería, cuadros, etc.—Cirios inmensos.—Calle de Mercaderes.—Calle de Obispo.—Las antiguas murallas y sus puertas.—Primitiva historia de la Habana.—Tacón y su gobierno.—Historia de Tacón y de la joven cigarrera.—La Habana de hoy.—Calle de O'Reilly.—Habitaciones sobre almacenes.—Las calles ofrecen la apariencia de una feria.

SI aconteciera que uno llegara a la Habana de noche y la abandonara a primeras horas de la siguiente mañana, sin tener oportunidad de ver nada en detalle, de preguntársele luego qué impresión le había producido la ciudad, estoy seguro que su respuesta natural sería:

—¡Campanas, señor; nada más que campanas!

Apenas despunta el día, que en Cuba es en hora muy temprana, cuando el recién llegado via-

jero se ve despertado de su delicioso dormitar mañanero por el alarmante sonido de campanas, provinente de todos los ámbitos de la ciudad. En un verdadero desconcierto de sonidos, atruenan en el aire de la mañana cual si se tratara de una general conflagración, y el infortunado viajero se tira frenéticamente de la cama para inquirir si hay alguna esperanza de salvarse de las llamas que se imagina amenazar ya a toda la ciudad.

Figúrate, ¡oh, lector!, a tu pueblo nativo, con una iglesia en cada cuadra, cada iglesia con un campanario, o quizás dos o tres, y en cada campanario media docena de grandes campanas, de las cuales dos no suenan igual; coloca las cuerdas de éstas en las manos de algunos hombres frenéticos, que tiran de ellas primero con una mano, luego con la otra, y tendrás una débil idea de lo que es un primer despertar en la Habana. Sin aparente ritmo ni razón suenan las campanas, empeñado cada campanero de cada diferente iglesia en producir el mayor ruido posible, con el propósito de llamar a los fieles para que asistan a las misas de la mañana.

Una vez así despertado, es inútil intentar volver a dormir. Habrán de pasar algunos días antes de que el no iniciado viajero se acostumbre a estas campanas, pudiendo en verdad exclamar:

—Sueño, no hay sueño; las campanas (no Macbeth) han asesinado al sueño.

Y si es sensato, se levantará en las frescas horas de la mañana para hacer su primera inspec-

ción de las escenas de la ciudad. No se olvide, tan pronto como complete su *toilette*, de ordenar y tomar su *café con leche*, que deberá ser lo único que habrá de sustentarle hasta la hora del almuerzo, de nueve a diez, saliendo luego para su paseo.

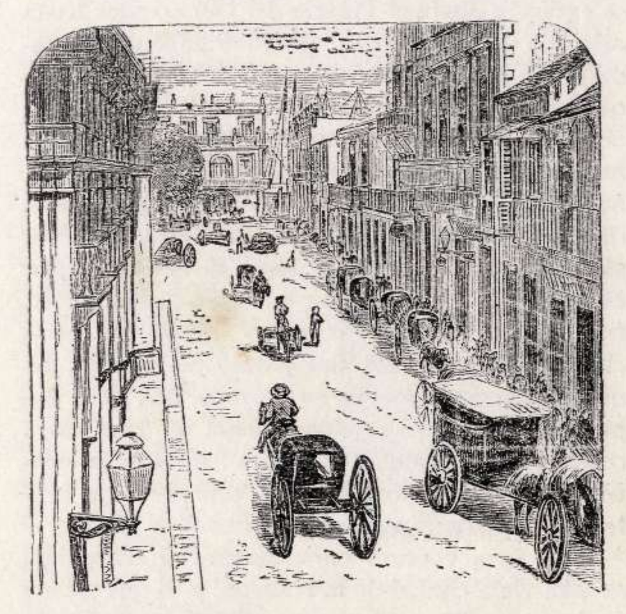
Vagaremos primeramente por algunas de las principales calles, las más interesantes para el extranjero, que se hallan en la parte vieja de la ciudad: Ricla, Obispo y O'Reilly, todas en dirección hacia la bahía, y Mercaderes, que la cruza en ángulos rectos, las cuales, si el lector ha consultado el plano, le serán en seguida casi familiares, conociendo el corazón de la ciudad. Por mi parte, casi envidio a cualquier recién llegado las peculiares sensaciones de pasar por ellas por vez primera en un día cálido, cuando el sol ha obligado ya a tender los toldos al través de la calle, de casa a casa, formados muchos de ellos con telas de brillantes, alegres colores, que prestan a las estrechas calles una extraña y sombreada apariencia. Aun después de semanas de residencia, jamás me cansaba de vagar por estas calles, observando las curiosidades y singularidades de su arquitectura, los títulos chuscos de sus establecimientos y la curiosa y atractiva manera de exponer los artículos ante los ojos del público, no por estar amontonados en los aparadores y escaparates, sino por tener el establecimiento completamente abierto y todo a la vista del que pasa.

En las primeras horas de la mañana ya la

ciudad ofrece aspecto animado, viéndose solamente hombres (brillando las mujeres por su ausencia); y las volantas y demás carruajes van de un lugar a otro, cual en pleno día en nuestras ciudades. Dirijámonos a la calle de Ricla, a cuyos lados se suceden los hermosos establecimientos de toda clase, de joyería, lencería y lindos objetos de fantasía, sin faltar una curiosa tienda en una esquina dedicada exclusivamente a la venta de cirios de todos colores y tamaños, desde el más pequeño al que tiene aspecto de un inmenso palo de cera, parecido a un pequeño poste de anuncios, por las inscripciones en él pintadas; y todos se hallan a la disposición de los devotos que quieran comprarlos. Doblando ahora, nos hallaremos en Mercaderes, una buena calle, no tan llena de establecimientos como las otras, pero igualmente lugar de comercio, donde abundan las oficinas y almacenes. Llegamos a la calle Obispo. Ved el cuadro de vida y movimiento que se os ofrece. Esta es una de las calles más animadas de la ciudad, donde se hallan los establecimientos más atrayentes, en toda su extensión, hasta fuera de las murallas de la ciudad, de la que se sale por la *Puerta de Monserrate;* el otro extremo de la calle está en el muelle de Caballería, en la bahía.

Observad la escena de vida, mirando a lo largo de la calle. Este bello y grande edificio de la parte izquierda, que ocupa toda la cuadra, casi grandioso en su arquitectura, es el palacio del Capitán General, y el espacio abierto que aparece después

es la "Plaza de Armas"; el edificio grande y blanco que veis al extremo de la calle, es el que fué palacio del Conde de Santovenia, una de esas combinaciones de elegante mansión privada y de



CALLE DE OBISPO

sucio almacén, peculiar de la Habana, en las que veis que toda la parte baja, tras la noble arcada, está dedicada al comercio— alquilada quizás a media docena de inquilinos—y la alta usada primeramente como palacial residencia por el aristócrata conde, rivalizando su interior en elegancia

con cualquiera otra de las residencias particulares de la Habana y hoy utilizada como hotel.

Montemos una "Victoria" y crucemos la calle O'Reilly, parecida a las otras, y que igualmente se extiende desde el Palacio del Gobernador hasta más allá de las murallas. En la esquina de Mercaderes se halla el conocido café "La Dominica", que en días pasados fué el lugar elegante al que acudían damas y caballeros a tomar *refrescos* y *helados*, pero que ya ahora no está de moda, aun cuando todavía se ve favorecido durante el día por los comerciantes y los que desean comprar allí los *dulces*, que tienen fama de ser los mejor elaborados de la Isla, y que en forma de bombones, frutas cristalizadas, confites y dulces de otras clases, las envían a todas partes del mundo, teniendo particularmente en Europa una gran reputación. El café es simplemente un gran salón con losas de mármol, una bonita fuente en su centro y lleno de pequeñas mesas, sentado a las cuales podéis tomar vuestro "refresco" *a plaisir*.

Una cosa chocará curiosamente al extranjero en esta vieja ciudad de la Habana, y es que parece no hay en ella un lugar especialmente dedicado a las residencias de la "buena sociedad"; pues al lado mismo de una casa particular, de elegante y limpia apariencia, se ve un sucio establecimiento usado como almacén. Os sucede también que veis un limpio salón, a un lado del cual se halla un hermoso quitrín y aun otro carruaje, y os hacéis la idea de que es un establo de lujo; pero volvéis

los ojos al otro lado y observáis grandes habitaciones, elegantemente amuebladas, en las que no es raro estén sentados los miembros de la familia que ocupa la casa.

Cuando mi primera visita a la Habana, me hallaba en constante confusión al mirar las residencias particulares. No existe, por lo menos en la parte antigua, ningún "west end" (1). Las personas de la mejor sociedad viven aquí, allí, en todas partes, unas en los altos, otras en los bajos, algunas en almacenes o *sobre* almacenes y establecimientos.



ENTRADA DE UNA CASA PARTICULAR

Me acuerdo bien cuando, al ir a hacer una visita para presentar personalmente una carta, creí me había engañado con respecto a la dirección al encontrarme en una especie de bodega, con barriles, toneles, etc., cubriendo buena parte de la entrada. Salí de mi duda, sin embargo, al ver un negro vistiendo una brillante librea poniendo los arneses

(1) Barrio aristocrático de Londres, al oeste de Charing Cross.—(*N. del T.*)

en el patio a dos soberbios caballos. Revistiéndome de valor, me dirigí al individuo que en una esquina del salón fronterizo hacía diligentemente cigarrillos, y que resultó ser el portero de la casa. Me indicó subiera por una sólida escalera de piedra adosada a un lado del patio, arriba de la cual, y pasando por pintados vestíbulos, me encontré en una especie de hermosa galería que rodeaba el *patio*, teniendo al fin oportunidad de presentar mi carta de la manera más agradable. Desde luego, *¡cosas de Cuba!*

No puede uno menos que pensar que en esta extraña vieja ciudad originariamente sus habitantes debían vivir en perennes querellas unos con otros, o que se veían en el caso de tener que resistir los ataques de algún señor feudal ansioso de botín; porque cada casa tiene casi la apariencia de una fortaleza, sus puertas pueden resistir un ariete, y las ventanas, aun las situadas en el techo, están enrejadas como las de una cárcel, cual si los ocupantes esperaran ser llamados de un momento a otro a resistir una invasión.

Dirijamos nuestros pasos fuera de las murallas, hacia el Paseo de Isabel, que se extiende extramuros en una ancha y hermosa vía, siendo conocido por el "Prado" en la parte que se dirige desde el Teatro de Tacón hasta el océano.

Este Paseo es, en algunos aspectos, el mejor de la ciudad, por su anchura, su buena construcción, dotado de aceras, arroyos para los carruajes y largas hileras de árboles. En él se hallan los prin-

cipales lugares de recreo. Cuando las murallas todavía existían, era el más cercano a todas las puertas de la ciudad, y hoy es la vía principal que separa la población nueva de la vieja.

En 1857 había cinco hileras de sombreantes



EL PASEO DE ISABEL

árboles a lo largo del Paseo, pero fueron desapareciendo, en parte por los huracanes y en parte por orden de las autoridades, siendo reemplazados por otros que todavía no han podido desarrollarse. Con nuevas mejoras se le ha embellecido últimamente en varios lugares. A intervalos se le ha dotado de fuentes, algunas de bello aspecto. Existen otros paseos al lado de la bahía, por los que es grato vagar y aspirar la fresca brisa marina por la mañana y al atardecer.

Más allá del Paseo de Isabel está la bella calzada de Galiano, una vía bien pavimentada, con edificios de sólida construcción y excelente apariencia, la mayor parte dotados de soportales con columnas.

Dejando esta calle, cruzando en nuestro ca-



VISTA DE LA CALZADA DEL MONTE

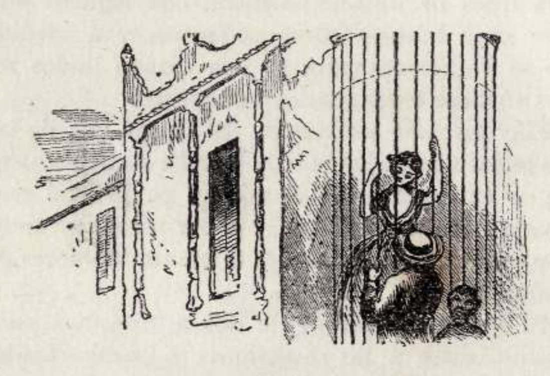
mino el Paseo de Tacón, pasamos a la bulliciosa Calzada del Monte, una de las calles más singulares y animadas de la ciudad nueva, extendiéndose desde las puertas de la ciudad vieja pasando

por el "Campo Militar", hasta más allá de Puente de Chávez, donde finalmente nos conduce al pequeño poblado de Jesús del Monte, uno de los suburbios de la Habana. En la ciudad, está la calzada llena de establecimientos, con algunos edificios muy buenos, otros pequeños, y a medida que se va remontando, se van viendo lindos retiros rústicos o residencias veraniegas.

Hay también la Calzada del Cerro, una de las más bellas vías de la ciudad; la calle de Belascoaín, que se extiende hasta el mar, y en la cual está situada la Plaza de Toros; y el por todos conceptos bello paseo conocido con los diferentes nombres de Tacón, Reina y Príncipe.

El viajero empleará de dos a tres días para acostumbrarse a las direcciones y peculiaridades de las distintas calles de una ciudad como la Habana, donde todo es completamente diferente de lo que él está acostumbrado. Hora tras hora durante la mañana vagará por ellas, hallando a cada paso cosas nuevas, pero encontrando de rareza una mujer a pie—a no ser negras;—se fijará en las ventanas enrejadas, que darían a las casas apariencias de cárcel, a no ser por los claros colores de que están pintadas, y tras las cuales podrá ocasionalmente ver alguna *señora* de ojos brillantes, en una *toilette* no de las más cuidadosas. Luego atraerán su atención las volantas con sus curiosas formas, conductores, libreas, arneses, etc., el peripatético vendedor con sus extraños gritos y la general apariencia de feria de algunas de las calles.

Como me encontré que eran varios los hermosos paseos y calles dignos de observarse, determiné que lo mejor era proceder de manera sistemática, y forme un plan para mis diarios recorridos, a



VENTANA CUBANA

fin de no dejar nada por ver. Si mi lector lo desea puede, dando una ojeada en un plano de la ciudad, acompañarme en mis paseos. Como una interesante adición, relato algunos hechos respecto a la historia de la Habana, que no sin trabajo he podido reunir y traducir del español, hechos que dan mayor interés a los diferentes lugares.

La ciudad de San Cristóbal de la Habana, capital de la Isla de Cuba, y una de las primeras del Nuevo Mundo, está situada en la bahía del mismo nombre, aunque originariamente se llamaba "Carenas". La fundación de la ciudad data de 1514; pero, según la tradición, no en el lugar que

hoy ocupa, sino al otro lado de la Isla, en el lugar o inmediaciones de lo que hoy es conocido como Batabanó, donde se cree que existía ya en 1519, cuando Hernán Cortés salió de allí en su gran expedición para la conquista de Méjico. Varios autores dicen que en las márgenes del río Mayabeque, que desagua en la bahía de Batabanó, el 25 de julio de 1515, cincuenta personas fundaron un pueblo, que en honor del santo del día de la erección, o quizás mejor en honor del gran descubridor, pusieron el nombre de San Cristóbal, y más tarde el de Habana, derivado del distrito en que estaba situado. El lugar fué sin duda elegido por el hecho de ser favorable al comercio con los países de Sur América. Parece que esos atormentadores insectos, los mosquitos, fueron la primaria causa que determinó el cambio de lugar, pues se afirma, de buena autoridad, que eran tantos, y las fiebres tan malas debidas a lo insalubre de la localidad, que al fin el pueblo fué trasladado a otro lado de la Isla, en la pequeña bahía conocida entonces, como ahora, por la Chorrera, como una milla al oeste de la actual Habana, y que hoy constituye uno de sus suburbios. Diego de Velázquez, el conquistador de la Isla, tuvo el honor de ser el primer fundador del pueblo, en tanto que Sebastían Ocampo, en su viaje de circunnavegación de la Isla en 1508, se detuvo en la bahía de la Habana con el propósito de reparar sus navíos, y debido al excelente natural abrigo y facilidades del lugar, le dió el nombre de Puerto Carenas.

Velázquez, al trasladarse de la Chorrera a Carenas, le dió el nombre de "Llave del Nuevo Mundo", por su posición para la navegación y el comercio con la región descubierta de América. Se dice que la Habana es hoy la octava ciudad comercial del mundo.

Durante los primeros días de la colonización, Cuba estuvo expuesta a los ataques de bucaneros o piratas, compuestos de ingleses, franceses y holandeses, que atacaban a sangre y fuego las posesiones españolas de América; y finalmente, con el apoyo de sus respectivos gobiernos, se posesionaron de Jamaica, Haití y de otras islas. En el año de 1528, en una de sus expediciones, atacaron y capturaron la Habana, e incendiándola, la redujeron a cenizas. Debido a esto, el gobernador Hernando de Soto, que cuando el ataque se hallaba en Santiago de Cuba, que era entonces la capital de la Isla, se dirigió a la Habana, e inmediatamente que llegó procedió a poner el pueblo en estado de defensa, empezando con la erección del castillo conocido por "La Fuerza". Esto le dió importancia como plaza fortificada, y desde aquel entonces hacían escala allí todos los buques en su travesía de Nueva Granada o España, como se llamaba a Méjico.

En 1551, era tal el miedo a un ataque de los piratas, que las altas autoridades de la Isla, estando obligadas a residir en la Habana, publicaron una orden de que "ningún hombre, bajo pena de multa, debía ir sin espada de noche o de día;

que ninguna taberna debía tener dentro o fuera de la casa más de una pipa de vino; que siendo el trabajo escaso y habiendo varios negros vagando revendiendo naranjas, plátanos, etc., se prohibía esto bajo pena de azotes y encarcelamiento".

En 1555, Jacobo Sores, un famoso pirata, penetró en la ciudad, y no satisfecho con saquear la iglesia y varias casas, atacó la fortaleza, cuyo jefe se mantuvo tres días, rindiéndose solamente por haber muerto la mayor parte de la guarnición y estar herido el resto. Sores y sus secuaces cometieron gran número de ultrajes y asesinatos, y después de su partida llegaron otros piratas, que se entregaron a nuevos excesos. En 1585, Drake intentó atacar la ciudad, pero hallándola mejor preparada para una resistencia de lo que él creía, no se atrevió a ello. Fué de la Habana que De Soto salió, en 1539, con una expedición destinada a la conquista de la Florida, de la que nunca volvió.

En 1589, Felipe II ordenó la construcción de dos castillos para proteger la población de los piratas. Fueron la Batería de la Punta y el Castillo del Morro, o "Los Tres Reyes". Su erección fué dirigida por el celebrado ingeniero italiano Juan Bautista Antonelli. Se recurrió a los caudales en oro de Méjico para cubrir los gastos de la erección, así como para el mantenimiento de las guarniciones de ambos fuertes y del de la Fuerza, que ascendían a tres cientos hombres. Igualmente construyó Antonelli un acueducto desde el río de la

Chorrera a la Habana, para dotar a ésta de agua pura.

Estos fuertes todavía no se habían completado en 1592, trabajándose entonces activamente por temor de que Drake, que había salido de Inglaterra con el propósito de atacar las posesiones españolas de América, intentara un golpe contra la Habana.

Es curioso conocer cómo los autores de aquel tiempo describen la apariencia de la Habana. Las casas eran de paja y madera; todas tenían pequeños jardines y varias estatuas protegidas con una doble hilera de espesos arbustos llenos de espinas; los muebles consistían, en general, de banquetas y taburetes de madera común. En cada *sala* había un cuadro con la estampa de algún santo, ante el cual constantemente estaba encendida una luz. Los ricos alumbraban sus casas con lámparas de Castilla, llenas de aceite de oliva, en tanto que los pobres hacían uso de velas de sebo. Por la noche, las calles permanecían en la obscuridad, vagando por ellas los negros huidos, perros salvajes y cangrejos. Se cuenta que estos últimos cierta vez invadieron el lugar en número fabuloso.

Si cualquier persona tenía que salir de noche de su casa, lo hacía siempre acompañada de una escolta armada y llevando linternas. Aun en 1800, en la visita que hizo Humbodlt, describe las calles como estando sin pavimentar, llenas de lodo y casi intransitables en tiempos de lluvia, siendo necesario atravesarlas en carruajes o a caballo.

Durante el gobierno del capitán general Cabrera, de 1626 a 1630, las tres fortificaciones de la Habana adelantaron considerablemente, no obstante lo cual los piratas tuvieron intentos de atacarla; y en 1628, el almirante holandés Jolls la estuvo amenazando de agosto a septiembre.

Durante el mando de Juan de Prado y Portocarrero, los ingleses se apoderaron de la ciudad, apareciendo ante el puerto el 6 de junio de 1762, con una flota de doscientos navíos, bajo el mando de Sir Jorge Pickock, y un ejército de catorce mil hombres, al mando del duque de Albermarle. La plaza no estaba preparada para resistirlos, no obstante lo cual hicieron una buena defensa, particularmente en el Castillo del Morro, que fué finalmente tomado por asalto, después que los ingleses hicieron explotar una mina, el 30 de julio. Tomaron posesión de la plaza el 14 de agosto, día qne que capituló la misma. Capturaron nueve fragatas que estaban dentro de la bahía y tres que habían sido hundidas a la entrada para bloquear el canal. Los ingleses dominaron la ciudad durante un año, aunque sólo estuvieron en posesión de la costa del Mariel a Matanzas. El 10 de febrero de 1763 fué devuelta a los españoles a cambio de las Floridas. El 10 de julio abandonaron la plaza, lo que fué celebrado por los españoles con fiestas que duraron ocho días.

En diferentes épocas los huracanes han hecho gran daño a la ciudad, particularmente uno en 1768, conocido por el de Santa Teresa, y otro en

octubre de 1810, que causó enormes perjuicios, destruyendo más de sesenta buques anclados en la bahía, sufriendo grandes daños casas y campos.

En octubre de 1864 un furioso huracán arrasó toda la Isla, destruyendo enteramente algunos de los más hermosos jardines, árboles frutales, etc.

Puede ser interesante conocer que en 1768, habiendo cedido Francia a España el territorio de Louisiana, don Antonio Ulloa fué a Nueva Orleans para tomar posesión de la ciudad; pero le recibieron de manera tan hostil, que se vió obligado a volver a la Habana, donde el mariscal O'Reilly organizó una expedición, con la que salió y tomó posesión sin inconveniente, trayendo luego con él algunos de los principales ciudadanos que había arrestado como cabezas del motín, encarcelándolos en la Habana.

En 1771, el puerto de la Habana, así como otros de la Isla, fué declarado abierto al comercio del mundo en ciertos artículos de granos, etc., usados como provisiones. Anteriormente los puertos de Sevilla y Cádiz habían monopolizado todo el comercio con la Isla. Una gran expedición salió de la Habana en 1781 para la captura de Pensacola, cedida por Francia a España. Parece que de estos dos hechos empezó a derivarse la mayor prosperidad de la ciudad.

Del 25 al 26 de abril de 1802 un incendio consumió en la Habana ciento noventa y cuatro de sus casas, dejando sin hogar a unas diez mil personas. En el mismo año se publicaron unas orde-

nanzas relativas a la construcción, siendo de colegir que fueron como un buen resultado de aquella catástrofe.

De todos los gobernadores que tuvo la Isla, el general Tacón parece haber sido el mejor, esforzándose en mejorar la Isla, y particularmente la Habana; dictando leyes, castigando ofensas y haciendo más segura la vida de sus habitantes. Se cuenta de él que, imitando al gran rey Alfredo, prometió a los cubanos que llegarían a poder dejar abandonadas en los caminos bolsas de dinero, sin temor a que fueran robadas. Su personalidad es reverenciada por todos los cubanos, debido al bien que hizo; y paseos, teatros y monumentos llevan su gran nombre en la Habana.

Corre por la Habana una historia, de cuya autenticidad no respondo, pero que ha sido delicadamente contada en *The Nation*, como traducida de la obra de Von Sivers, un viajero alemán, que reproduzco aquí al pie de la letra:

«Miralda Estalez era una hermosa joven de la Habana, quien, después de la muerte de sus padres y de sus hermanos y hermanas, se encontró única heredera de la casa y establecimiento de tabacos de su padre. No contaba más que diez y seis años de edad pero, las penas en su temprana vida habían ensombrecido su carácter con cierta melancolía, que, no obstante, constituía un nuevo encanto de su belleza. Su establecimiento de venta de tabacos era el más concurrido. Tanto el ocioso como el comerciante atareado jamás dejaban de pasar por la calle del Comercio cuando deseaban un tabaco y a menudo aun no deseándolo. Trataba por igual a todos sus parroquianos, sin mostrar para ninguno la más

ligera preferencia, hasta que se dijo que especialmente favorecía a un joven botero llamado Pedro Mantanez, que hacía el recorrido entre el Castillo del Morro y la Punta.

Sin embargo, el Conde Almante, uno de los más alegres caballeros de la Habana, sin poner atención a lo que se decía, persistió en considerarse el favorecido, sin darse cuenta de que ella se mostraba tan afable con él como con los demás. Se pasaba el tiempo charlando con la joven, y cierta tarde entró en la tienda, fumó un tabaco y estuvo hablando con ella hasta que los establecimientos vecinos se cerraron y las calles estaban desiertas. Tan pronto se creyó libre de toda intrusión, hizo sus declaraciones amorosas, le ofreció el dinero que quisiera por su tienda y puso a su disposición otra tienda en su palacio del Cerro, donde podía continuar el negocio a la vez que vivir siendo su amante. En vez de aceptar las proposiciones, la muchacha le mencionó el nombre de otra tienda donde vendían mejores tabacos que en la de ella, suplicándole que en lo sucesivo acudiera a dicho lugar. Almante, creyendo que hablaba de broma, se acercó más, pero Miralda, que al parecer había previsto el caso, sacó una daga, y, con ojos fieros, le dijo que tuviera cuidado, ante cuya actitud él se retiró. La muchacha suspiró tranquila, congratulándose de haberse librado de su perseguidor.

Pasados algunos días, un piquete de soldados, al anochecer, hizo alto en la puerta, y el oficial que los mandaba ordenó a la muchacha, en nombre de la ley, que le siguiera. Sabiendo que no había cometido ninguna falta, no se opuso a cumplir las órdenes de Tacón y siguió al oficial. Pero cuando se vió en la cárcel y se disponían luego a sacarla de la ciudad, llena de temor pidió a dónde la llevaban. Sólo el silencio obtuvo por respuesta, hasta que la condujeron al Castillo de Almante, en el Cerro, donde el Conde la recibió con rostro sonriente, expresándole la confianza de que abandonaría su actitud obstinada. Por toda respuesta mostró su daga al penetrar en la habitación que le destinaban. Allí permaneció varios días sola, rehusando las visitas del Conde, en la seguridad de que Pedro, a quien había comunicado la per-

secución de Almante, acabaría por descubrir el lugar en que estaba encerrada. Efectivamente lo descubrió, y disfrazándose de monje, obtuvo acceso hasta ella, acordando ambos solicitar justicia de Tacón.

Pedro acudió ante el gobernador, que le concedió audiencia en seguida.

—¿Es Miralda hermana de usted?— preguntó con sombría expresión a Pedro, al terminar éste su relato.

—Mi novia—replicó Pedro.

Tacón entonces le ordenó se acercara y poniéndole delante un Crucifijo, y con una mirada penetrante le conminó a que jurara que lo que le había dicho era verdad. Pedro se arrodilló, besó la cruz y juró. Tacón le dijo que aguardara en el próximo salón, dándole seguridad de que el asunto iba a ser inmediatamente solucionado. En el curso de dos horas, Miralda y Almante fueron conducidos ante el gobernador.

—¿Se ha valido usted de su uniforme de policía para el rapto de esta muchacha?—díjole al Conde.

—Fuí lo bastante irreflexivo para hacerlo—replicó.—No puedo justificarme ante usted.

El juez supremo volvió a preguntarle:

—¿Cometió alguna violencia con la joven? Contésteme por su honor.

—Por mi honor le juro que no.

Tacón escribió algo en un papel, y luego continuó cuestionando a los que estaban en su presencia. Al poco rato entró un sacerdote, y Tacón le ordenó que inmediatamente efectuara el matrimonio de Miralda Estalez y el Conde Almante. En vano protestó el Conde, apelando a su nobleza; en vano imploró Pedro que no se efectuara. Miralda parecía presa de un estado de inconsciencia, y antes de que ninguno de los tres recobrara su presencia de ánimo, se terminó la ceremonia. Ordenó entonces a Almante que saliera del castillo, y que se quedaran Miralda y Pedro. Tacón atendió a sus otros asuntos; pero apenas había transcurrido media hora, cuando el oficial de guardia entró:

—¿Se ha ejecutado mi orden?—inquirió Tacón.

—¡Sí, Excelencia! Nueve balas atravesaron el cuerpo del Conde cuando pasó por la esquina de la calle que usted mencionó.

Tacón volvióse hacia el sacerdote y le dijo:

—Usted se encargará de que se haga el anuncio legal del matrimonio aquí efectuado hace poco, así como del legal anuncio de la muerte del Conde Almante, con la adición de que, a falta de otros herederos, su viuda es la única que hereda su fortuna y su nombre.

Miralda y Pedro fueron en seguida despedidos con el amistoso requerimiento de que en lo sucesivo atendieran el caso por sí mismos» (1).

Lo relatado acerca de Tacón está en fuerte contraste con otro capitán general, de quien puedo contar lo siguiente, por conocimiento personal. Cuando por primera vez llegué a la Habana, signifiqué a una señora amiga, con larga residencia en el elegante barrio del Cerro, mi deseo de relacionarme con algunas de las amables señoritas de su vecindad. Me informó que celebraría en su casa una *tertulia*, en la cual podría conocer algunas bellezas. A consecuencia de esto, se vió en cierta embarazosa situación. En una de las casas vecinas, donde moraban dos bonitas muchachas, la dueña de la casa vivía maritalmente con un oficial de alta graduación, aun cuando no llevaba su nombre. Mi amiga, no deseando ofender sin razón a

(1) Tanto por lo inverosimil de la acción como por los extraños nombres de los personajes, el lector habrá ya colegido que se trata de una narración puramente imaginativa.—(*N. del T.*)

ninguno de sus vecinos, dejándolos de invitar, visitó a dicha señora y con candor inglés le manifestó el propósito que la llevaba, o sea que con placer la invitaría a su fiesta, de estar bien enterada de la situación de la *doña*, pues en su país las señoras casadas usaban el apellido del marido. La pobre mujer rompió en llanto y en medio de sollozos y lágrimas le contó lo siguiente:

Su marido, queriéndola mucho, y después de un corto noviazgo, solicitó de su jefe y hermano, el capitán general, permiso para casarse.

—¡Casarse!—dijo el gobernador.—¡C. . . . .! (1) que tonto eres de pensar en tal cosa. Puedes tener tantas mujeres como quieras, pero no te cases.

El oficial insistió en que realmente amaba a una mujer honrada, con quien deseaba casarse.

—¡Bah, bah!—dijo el general;—mírame a mí, tengo todas las mujeres que quiero, y no estoy casado; y te prohibo que te cases con esa señora.

El oficial salió descorazonado, pero como amaba de verdad, él y su prometida fueron a un pueblo del interior, donde se casaron secretamente. Entretanto, y sin que el capitán general lo supiera, había solicitado permiso a la reina para casarse, pero como todavía no había recibido dicho permiso, temía dar en público su apellido a la que era su esposa. Como se ve, el capitán general disfruta de un poder ilimitado sobre los que viven en la Isla.

---

(1) El autor pone en español una palabra indecorosa, que por respeto a los lectores omitimos.—(*N. del T.*)

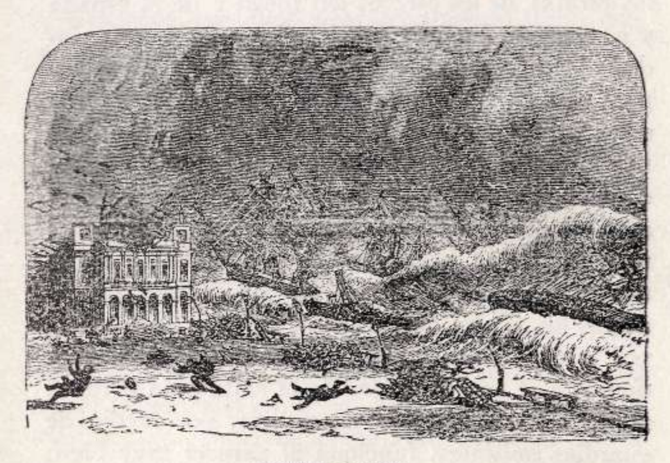
Volviendo a Tacón, ciertamente realizó maravillas. Empezando por atacar los males de raíz, logró al fin establecer su autoridad sobre toda la Isla. Habiendo el gobernador del departamento Occidental rehusado reconocer su autoridad, despachó contra él una expedición de 3,000 hombres. Lorenzo (1), el insurgente, no logrando que las tropas bajo su mando se dispusieran a luchar contra sus hermanos de armas y contra la autoridad del capitán general, se vió en el caso de tener que huir de la Isla. Luego procedió Tacón a poner en orden otras cosas, dictando estrictas y severas leyes, particularmente contra el vicio nacional de jugar al *Monte*.

Como el resultado de estas medidas fueron altamente beneficiosas para todos, no debemos juzgarlo duramente por el empleo de medidas que en nuestra época pudieran parecer despóticamente severas. Cuando leemos que en una ciudad como la Habana no se podía transitar por las calles después de obscurecer sin una escolta, que era peligroso viajar por los caminos, pudiendo sólo hacerlo en grandes partidas, y que conocidos asesinos andaban libremente sin temor a ser molestados por autoridades sobornadas, debemos confesar que nos unimos a los cubanos en su creencia de que Tacón fué desde luego *un hombre muy grande*.

(1) Mariscal de Campo don Manuel Lorenzo, quien al tener noticia oficial, el 29 de septiembre de 1836, de haberse proclamado en España la Constitución de 1812, hizo a su vez jurarla a la guarnición de Santiago de Cuba, reunida en la Plaza de Armas.—(*N. del T.*)

Fué durante su mando que se completó el primer ferrocarril, bajo la dirección de la "Junta de Fomento". Estableció el servicio de serenos, un cuerpo de policía y otro de bomberos.

El 10 de octubre de 1846 tuvo lugar el más violento huracán que sufrió la Isla, bajando el barómetro en dicho día muy rápidamente, empezando a batir el viento de E. N. E. aumentando



HURACAN DE 1846

en velocidad hasta convertirse en un violento huracán, acompañado de lluvia, alcanzando la máxima fuerza a las diez de la mañana. Destruyó mil ochocientas setenta y dos casas, hundió ciento once buques costeros y ciento cinco de los otros, además de causar averías a sesenta o setenta más;

destruyó completamente el Teatro Coliseo, en la Habana, junto con quinientas cincuenta y una casas; miles de personas resultaron muertas o heridas; el terreno, en varios lugares, entre Bahía Honda y Sagua la Grande fué totalmente devastado, aun cuando el centro de destrucción fué al parecer la Habana.

En la actualidad, no obstante los ataques de los piratas, de los efectos del fuego y de la espada y a pesar de los huracanes, la Habana es una ciudad bien construida, grande y muy atractiva para el extranjero. Sus calles están en su mayoría empedradas; pero careciendo de cunetas, se mantienen mojadas durante la estación de las lluvias, si bien durante el invierno, cuando los viajeros acuden, están en bastante buena condición. La recogida de la basura la hacen de noche cierto número de negros, colocando los vecinos en las aceras los diarios desperdicios, después de las diez; por lo que recomendamos al viajero trasnochador que camine por el centro de la calle para evitarse molestias. El sistema de policía, por medio de guardias militares, funciona al parecer muy bien; pues, aun cuando pasé a altas horas de la noche por sitios solitarios, jamás sufrí contratiempo, ni oí nunca de un caso de asalto o robo; pero desde que empezó la rebelión las cosas han cambiado algo.

Excepto por el lado del mar, donde están los muelles, la ciudad antigua estaba circundada de murallas, bastiones y fuertes de indudable signi-

ficación histórica, por datar algunos de ellos, de la época primitiva de la ciudad. Los fosos, en los últimos años, se usaban para el cultivo de vegetales, para baños y almacenes, y para otros propósitos militares; en tanto que las formidables y pardas viejas murallas se mantenían todavía sólidas, y se puede asegurar que inútiles, con sus diez bastiones y siete puertas por el lado de tierra, en tanto que por el marítimo se elevaban varias baterías y bastiones, que debido al crecimiento de la ciudad tuvieron que ser en su mayor parte derribados.

Al otro lado, o sea en la parte Este de la bahía, hay igualmente una considerable población, bajo la protección de la principal serie de fortificaciones que se extiende desde la entrada al extremo alto de la bahía, comprendiendo la Cabaña, Casa Blanca, con el pequeño caserío del mismo nombre, así como el activo pueblo de Regla. Esta bahía de la Habana es sin duda notable, no porque sea extremadamente grande, pero sí por ser de aguas profundas y estar completamente abrigada. Su canal de entrada es de un mil cuatrocientas yardas de largo, por trescientas veinticinco de ancho, y el puerto se compone de casi tres distintas bahías, que llevan los nombres de Triscornia, Marimelena y el Fondo, la parte profunda entre Guanabacoa y el castillo de Atarés. El agua es tan profunda que los buques de mayor porte pueden atracar a los muelles; y es una novedad y un espectáculo interesante vagar por encima de estos muelles, cubiertos de techos sostenidos por colum-

nas de hierro, que sirven a la vez para proteger a mercancías y personas del sol y de la lluvia, y contemplar desde ellos la larga línea de bauprés que casi tocan los muros de los edificios que están frente o sobre el muelle.

La situación de la ciudad es tal, estando en cierto modo sobre una península extendida sobre la bahía, que las calles generalmente forman ángulos rectos con la bahía; y a no ser por la estrechez de aquéllas, recibiría el beneficio de las diferentes brisas; pero su misma estrechez es una ventaja cuando, en pleno día, el sol calienta tanto que se siente alivio caminando por el lado de la sombra que proyectan los edificios. Además, los toldos pueden ser con más facilidad tendidos de casa a casa, convirtiendo las calles en lugares frescos y gratós. El grabado que acompañamos muestra, por ejemplo, una porción de la calle de O'Reilly, viéndose al fondo el extremo de la vieja torre de la venerable iglesia de Santo Domingo, y sobre las cabezas de los transeuntes los toldos, con los letreros de los diferentes y opuestos establecimientos entre los cuales están tendidos.

La Habana—cuyo gobierno comprende toda su jurisdicción, que se extiende a todos los suburbios y pueblos dentro de cierto radio, incluyendo la Isla de Pinos—es la capital de la Isla y en ella residen las autoridades de la provincia, así como la de los gobiernos, político y militar, del departamento Occidental. Es la residencia del gobernador superior, el capitán general, del superinten-

dente general, el obispo diocesano, el comandante general de Marina, el intendente de la Real Propiedad de toda la Isla y de la "Real Audiencia Pretorial". Cuenta con una Universidad literaria,



CALLE DE O'REILLY

Seminario, Escuelas preparatorias y dos Observatorios metereológicos, además de otras varias instituciones de enseñanza y científicas. Comprende dentro de sus actuales límites los suburbios de Casa Blanca, Regla, Jesús del Monte, Arroyo Apolo y Cerro, y otros pequeños pueblos conocidos, como Puentes Grandes, Marianao, Guanabacoa, etcétera.

La población total, según las mejores autoridades en la materia, es de ciento noventa y siete mil, habitantes, una buena parte de los cuales son ne-

gros y mulatos libres. Los habitantes, en general, son tan corteses y visten tan bien como los de las ciudades más civilizadas de Europa. Sin embargo, por regla general las mujeres son poco ilustradas, aun las que gozan de buena posición. Desde luego hay aquí, como entre la buena sociedad de todas partes, personas excesivamente refinadas que han recibido una buena educación, en los Estados Unidos o en otros lugares.



LA PRIMERA MAÑANA EN LA HABANA

En general, los hombres parecen ser inteligentes y bien informados, aun cuando me ha sorprendido en algunos su falta de conocimientos, o, si se quiere, su indiferencia por las peculiaridades y lugares de la Isla. La ambición de todo joven parece consistir en ir al "Norte", en tanto que las mujeres consideran los Estados Unidos como un país de ensueño, donde se goza verdaderamente de la vida y se disfruta de libertad.

Una delicada e inocente doncella me preguntó:

—¿Todo el mundo es libre allí, señor?

—¡Oh, sí!—repliqué.—No tenemos ya esclavos.

—¡No, no! Usted no me ha entendido. Quiero decir si allí las mujeres son también libres.

A lo cual hube de contestar que ciertamente lo eran, y que sólo nosotros, los pobres hombres, éramos sus esclavos.

—*Es muy bueno, señor.* No sucede lo mismo aquí.



TOMANDO AGUA DE COCO

CAPITULO VI

Los mercados en la Habana.—Cómo se surte de alimentos a los varios mercados de la Habana.—El mercado de Cristina.—Columnatas y tiendas.—Frutas y vegetales.—Placeros, negros y guajiros.—Probando las deliciosas frutas de Cuba.—El coco verde.—Inconvenientes de beber directamente su agua.—Hablando con los vendedores.—Su cortesía con los extranjeros.—La pescadería.—De dónde viene el pescado.—Clases de pescados.—El manatí o caballo de mar.—Paseo de Valdés.—Negros ociosos.—Camino de la Chorrera y cómo hay que ir a pescar.—Curioso espectáculo de La Punta en un "norte".—Mercado de la Plaza del Vapor.—Venta de carnes.—El "Guajiro" y el "Malojero".—Peculiaridades de los negros.

Es siempre un asunto de interés para el viajero, en cualquier país, conocer de dónde y cómo obtiene el pueblo los alimentos, y el mejor modo de saberlo es visitando los mercados públicos, donde no sólo se ven los productos materiales, sino que a la vez se aprende a conocer los hábitos y costumbres de cierta clase del pueblo.

Por otra parte, como se dice que en estos climas cálidos lo mejor es comer fruta antes del almuerzo, daremos un paseo hasta los mercados y a la vez que observamos, adquiriremos algunas frutas del país.

Uno de los lugares más importantes de la ciudad es el Mercado de Cristina, en la Plaza Vieja, si-



MERCADO DE CRISTINA

tuado en la esquina de Teniente Rey y San Ignacio. En el centro de un espacio cuadrado, cuyos lados forman hileras de tiendas de todas clases, con arcadas en su frente, tiene lugar un activo comercio de vegetales, frutas y carnes, para el consumo de la ciudad. Aparentemente es un gran edificio de piedra; pero, en realidad, no pasa de ser un simple cuadrángulo sin techo, que ocu-

pa toda una cuadra, habiendo sido erigido en 1836, durante el gobierno de Tacón, el gobernador modelo de la Isla.

Bajo las arcadas están las tiendas de todas clases, pero principalmente dedicadas a la venta de cuantas "baratijas" pueden interesar a los campesinos o a los negros, en tanto que el patio está lleno de pilas de ajos, coles y boniatos, que son las principales producciones vegetales de la Isla; hay, además, pequeñas pilas de naranjas, mangos, piñas u otras frutas tropicales, para nosotros nuevas en nombre y apariencia; racimos de plátanos de varios colores, y pirámides de cocos verdes por doquier. Los vendedores son negros con los más variados vestidos, o atezados cubanos de campo. Estos traen de los contornos de la ciudad los productos que cultivan en pequeñas *estancias*. Aquí y allí pueden verse también los pacientes burros, con su carga de verde forraje, dando un cómico aspecto a la escena. La Habana posee cuatro de estos mercados: el que hemos descrito y el conocido por "Del Cristo" intramuros; el de la Plaza del Vapor o Tacón, y el de Colón, extramuros. Los más dignos de verse son el de Cristina y el de Tacón.

Los plátanos, de los que vemos expuestos tan gran cantidad, son la fruta de la que las clases bajas dependen para su alimentación, preparándose de muy diversas maneras. Junto con el tasajo, constituyen la dieta de los pobres. No se ve ni rastro de los deliciosos vegetales que con tanta

abundancia se producen en nuestra temporada de verano. Tampoco se producen aquí fresas, moras, etc., debido, según me han asegurado, al calor intenso que las quema. Estos mercados ofrecen un aspecto muy distinto del de los nuestros, tan atractivos con su profusión de productos colocados en limpias tarimas y presididos por pulcros vendedores. Aquí es muy diferente. Una gran parte de los placeros son negros, en su mayoría libres y en extremo parlanchines, particularmente las mujeres, que entre ellas riñen, ríen y se burlan unas de otras de la manera más ensordecedora. Es en extremo divertido parar ante las pequeñas mesas, o más naturalmente frente los productos apilados en el suelo, y comprar algunas de las extrañas frutas, cuyo nombre oís por primera vez de labios de los negros, y que si las probáis no dejaréis de encontrar casi agradables. Desde luego las más refrescantes y gratas al paladar son los plátanos y las naranjas, comidas por la mañana antes del almuerzo; pero hay otras que



VENDEDORA DE FRUTAS

son muy sabrosas cuando se comen perfectamente maduras y en su época, que los placeros gentilmente os ofrecerán, tan pronto vean que sois extranjero, particularmente "americano".

Las mejores de esas frutas, después de las deliciosas piñas, naranjas y plátanos, son el *anón*, el *zapote* y el *mamey colorado*, estos últimos llamados a veces "dulce de ángel". Cualquiera de ellos, estando en sazón, serán gratos al paladar del extranjero, si es amigo de frutas ricas y delicadas. Algunos las encuentran demasiado dulces.

Habiendo oído ponderar mucho el agua del coco cuando se bebe fresca directamente del fruto, aproveché la oportunidad de tener una nueva experiencia de una *cosa de Cuba;* y comprando un coco grande, por el que pagué *un medio*, el negro vendedor con un gran cuchillo le abrió un agujero en el extremo, por el cual debía apurar el líquido. Tomando el coco con ambas manos lo levanté hasta mi boca, cual si fuera un jarro de agua, y vacié el contenido, o creí vaciarlo, en mi gaznate. Ciertamente el agua de coco es dulce, fría y agradable al paladar; pero la manera de beberla me resultó difícil e inconveniente, pues pronto me di cuenta que buena parte del contenido había ido a parar sobre mi camisa.

Es mucho mejor llevarse el coco verde al hotel y allí, derramando el agua en un vaso grande, beberla con la adición de hielo y un poco de brandy, lo que constituye una bebida deliciosa, dulce y saludable, de reconocidos efectos diuréticos.

Paseando por el mercado se ven toda clase de guajiros y negros, muchos de estos últimos trayendo a la ciudad una pequeña cantidad de cañas de azúcar, que el público compra y come con fruición. Luego, pasando frente a las tiendas que circundan el mercado, se tiene ocasión de ver artículos y cosas asaz extrañas, una animada multitud de compradores y vendedores de toda clase de mercancías, de curiosidades y antigüedades; y a menudo se oirá, dominando la general baraunda y bullicio, los altos tonos nasales del vendedor de billetes de lotería, gritando los números de los que lleva.

De aquí nos dirigiremos al mercado de pescados, o sea la *Pescadería*, como le llaman, para ver otra *cosa de Cuba*. Está situado al otro lado de la ciudad, a la vera de la bahía, llegándose a él siguiendo directamente por la calle de Mercaderes, que pone en comunicación ambos mercados, estando la Pescadería en la parte opuesta, en la calle de Empedrado.

Ocupa un buen edificio de cantería, con la parte baja abierta del lado de la calle, sostenido por arcadas sobre columnas, que dan al lugar la apariencia de una galería. En el interior, como estructuras permanentes, en lugar de tablas hay como una especie de mostradores de piedra, con azulejos en su parte superior, sobre los cuales se exponen los pescados para la venta, recién extraídos del mar. Los hay de una gran variedad, muchos semejantes a los nuestros, tales como el lenguado,

róbalo y uno parecido al *blue fish* (1). Todo el pescado de este litoral es gratamente comestible, con algunas pocas excepciones, tales como el *pez*



MERCADO DE PESCADO

espada, *gato*, *piona* y otros que tienen la peculiaridad de intoxicar a quien los come.

De todas las varias especies (y se asegura que hay más de cien conocidas), las mejores son el *pargo* y la *rabirrubia*, escaseando algo, excepto en

(1) Pez de la costa norteamericana del Atlántico. (*N.* del *T.*)

la época de los vientos nortes en invierno, durante la cual se venden a razón de veinte centavos la libra. El tiburón, pequeño y grande, que abunda en estas aguas, también se vende, y de él se extrae un aceite. Es muy fiero, y muchos accidentes se cuentan al año de personas que se aventuran a bañarse en algunas de las bahías frecuentadas por tan temibles peces, que atacan a los nadadores y les arrancan un brazo o pierna, si no les devoran por entero. Los pequeños, llamados *cazones*, se acostumbra comerlos.

No todo el pescado procede de estas costas. Los abastecedores al por mayor tienen embarcaciones que se dedican a la pesca en las costas de Yucatán, Florida y Tortugas. Sin embargo, la mayor parte de la pesca se efectúa en el litoral de las inmediaciones de la Habana y particularmente frente a la bahía; y si el viajero quiere gozar del deporte pesquero, cualquier botero de los estacionados en la Punta le proporcionará los medios de satisfacer su deseo.

En el pequeño poblado de la Chorrera, directamente en la costa y como a dos millas de la Habana, se halla el mayor lugar pesquero de este distrito, y cualquiera puede dirigirse allá tomando los coches de pasajeros, tirados por caballos, en la estación situada frente del teatro de Tacón. Los coches salen cada hora y emplean unos treinta minutos en el recorrido, costando el pasaje veinte centavos. Durante el trayecto, pasa el viajero por una parte de la ciudad que de otro modo no ten-

dría ocasión de ver, que se extiende paralelamente a la costa, dandole ocasión de contemplar la Real Casa de Beneficencia, sita en la esquina de la calle de Belascoaín. Es una floreciente y gran institución que sirve de asilo a los huérfanos desamparados y como tal un preventivo de vagancia. Fué establecida durante el gobierno de Las Casas, en 1790-



REAL CASA DE BENEFICENCIA

96, mereciendo en 1802 la protección del gobernador Marqués de Someruelos, que le hizo una donación de veinticinco mil pesos. Ocupa un grande y buen edificio y tiene hermosos terrenos.

El pueblecito de la Chorrera tiene fama por haber sido donde primero se fundó la Habana y también por ser el lugar que primero atacaron y en donde desembarcaron los ingleses, habiendo

antes volado el fuerte allí erigido el oficial español que lo mandaba, retirándose con sus soldados. Existe hoy un pequeño fortín con rastrillos para la protección del lugar, aun cuando el Castillo del Principe domina aquel terreno.

Es raro que una comida en Cuba carezca de pescado, pues aun en el interior de la isla algunos de sus ríos contienen abundantes peces. Uno de los antiguos historiadores da como razón de haberse establecido los primeros habitantes en las costas de Cuba, con el objeto de poder abastecerse siempre de pescados.

De los peces de las grandes profundidades del mar se conoce en Cuba el *manatí*, una especie de cachalote, algo parecido a los que se encuentran en la Florida—diferente de la foca,—que frecuenta las desembocaduras de los ríos y aun los remonta. De su carne hacen *tasajo*, dedican su aceite a usos medicinales y con su pellejo construyen bastones muy bellos, pero caros.



EL MANATI

Hay una gran variedad de mariscos, entre ellos langostas, langostinos y camarones. Estos últimos son los mejores y se encuentran lo mismo en

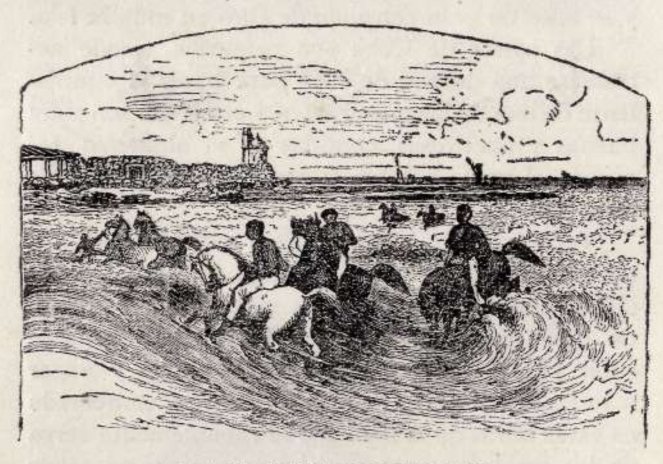
agua dulce que en agua salada, siendo *par excellence* el más delicioso manjar de la Isla, de carne tierna y parecida a la blanca del cangrejo. Se comen simplemente hervidos, servidos fríos con un poco de sal o en una deliciosa ensalada. Los hay bastante grandes, parecidos a una pequeña langosta. Se les estima como un alimento saludable y se hace un gran consumo de ellos en toda la Isla.

Las ostras de Cuba son pequeñas, siendo necesarias una docena de ellas para hacer el equivalente de una de las nuestras; sin embargo, son muy buenas y apetitosas, comidas en el almuerzo, teniendo el gusto salobre y acobrado de las ostras francesas.

Terminaremos el mañanero paseo antes del almuerzo montando una victoria que nos conducirá al mercado de Tacón, a menos que el viajero no desee dar una vuelta a la proxima esquina, subir por los viejos escalones de piedra y vagar a lo largo del paseo de Valdés, fresco y sombreado en estas horas de la mañana. Probablemente cerca de los escalones veremos alguna extraña clase de pescado que no estaba en el mercado, pues también este lugar lo frecuentan a veces los pescadores que hacen un pequeño comercio con los negros cortando el pequeño pescado en mitades y cuartos, para venderlos a negros sucios y ripiosos, quizás demasiado haraganes para trabajar y adquirir mejor alimento.

En nuestro paseo, aprovechando que la brisa es grata y el mar está algo encrespado, pasaremos

por la Puerta de la Punta, contemplando cómo las olas baten sobre las rocas de manera violenta y hermosa, desparramando la espuma en el aire. Siempre se goza de este espectáculo después de un "norte", y es uno de los más atractivos que se pueden ver desde este lugar. El océano, en su estado de furia, es bien distinto de cuando se



LA PUNTA DESPUES DE UN "NORTE"

muestra en calmosa y plácida apariencia; y aquí, precisamente fuera de la puerta, es una especie de caleta con playa guijosa, se encuentra siempre por las mañanas un animado grupo, formado a veces por hasta una docena de cocheros negros, cubiertos con sólo unos cortos pantalones, conduciendo cada uno dos o tres caballos. Montado en uno de ellos se introducen con los demás en el agua salada

para darles un baño que les es muy beneficioso. Es un espectáculo alegre, cuando el mar está alborotado, ver a aquellos negros riendo, gritando y cantando, gozando de su baño montados a caballo, batiendo sobre ellos las olas y los caballos braceando para resistir los golpes con sus cuartos traseros en las olas.

La extraña construcción que veis al fondo es la antigua Batería de la Punta, y el nuevo edificio de un extremo es parte de un cobertizo del cuerpo de artillería; y los objetos de hierro en forma circular esparramados sobre la playa son anticuadas pailas usadas en la fabricación de azúcar.

Dirijámonos por fin a la Plaza del Vapor, que es un mercado similar al de Cristina, y conocido más generalmente con el nombre de Mercado de Tacón. Está situado en la esquina de las calles de Galiano y Reina, a las que se da el nombre de *calzadas* y que por su anchura tienen aspecto de avenidas. Este mercado tiene mejor apariencia que los otros, estando algo elevado sobre el nivel de las calles, y tiene dos pisos altos, con buenos establecimientos en sus cuatro lados, bajo los pórticos exteriores, hallándose el mercado propiamente dicho en el patio interior.

Aquí tenemos ocasión de ver a nuestras anchas los tipos especiales de las clases bajas de Cuba, tanto de la ciudad como del campo. Tenemos, por ejemplo, el *malojero*, que viene de un lugar algo lejano simplemente a traer el montón de *maloja* que le es dable transportar sobre el lomo de

su caballo. La maloja es la planta de maíz de una clase inferior, que se cultiva con tan poco trabajo, que estos campesions haraganes prefieren dejarla crecer en sus campos en lugar de preocu-



EL MALOJERO Y EL GUAJIRO

parse plantando frutos que requieren mayor cultivo y atención.

El *guajiro*, o pequeño terrateniente del campo, también hay ocasión de verlo aquí, con su variado surtido de productos que lleva al mercado en busca de comprador.

Hay gran profusión de frutos, pero la vista de los carretones con sus nada incitantes cargamentos de carnes, no provocan ciertamente el apetito. Nos muestran los cuartos de res suspendidos mo-

viéndose de un lado a otro, o apilados en estos pequeños carretones que los conducen desde los *mataderos* situados en las afueras de la ciudad, por no permitirse la matanza dentro de ella.

Los establecimientos, y de hecho todo el mercado, presenta la misma apariencia general de los otros; y visto uno, se ven todos, quizás con esta peculiaridad: que siempre se observa una gran variedad de personas de color, que a veces se manifiestan de manera muy grotesca.



CURIOSA OCUPACION DE UN NEGRO



CAPITULO VII

INTRAMUROS.—Manera sistemática de ver las cosas.—El mejor momento es por la mañana.—La Punta.—Entrando a la ciudad por la puerta más antigua, la de la Punta.—Los botes de desembarco.—La Maestranza o cuarteles de Artillería.—Viejos cañones capturados.—Un paseo por la Cortina de Valdés.—Trofeos.—Mármol de la isla de Pinos.—Música desde los fuertes.—El viejo castillo y cuarteles de "La Fuerza".—Palacio del Capitán General.—Los centinelas y sus gritos.—El Templete, donde se celebró la primera misa.—La iglesia y la vieja plaza de San Francisco.—El Muelle o bolsa de comerciantes.—Costumbres de los comerciantes.—El correo.—Algo acerca de la correspondencia.—El Comandante de Marina.—Muelle de la Marina.—Lanchón del gobierno.—Arsenal.—Curioso jardín.—Flamencos.—Almacenes de azúcar.—Paseo de Paula.—De Roncali.—Vapores de pasaje hasta Regla.—La bahía a la luz de la luna.—Matanza de filibusteros.—Noble conducta del cónsul Crawford.—Arsenal.—Las puertas y murallas, su antigüedad e historia.

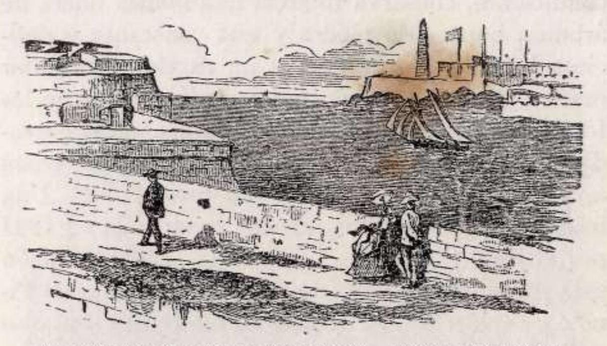
UNA de las mejores y agradables maneras de formarse una idea de la Habana antigua, y particularmente de la porción que está inmediata al mar, consiste en alquilar un carruaje por horas

y recorrerla temprano por la mañana, o, si se prefiere, después de la comida, cuando el sol ha declinado lo bastante para que no molesten sus rayos.

En el caso de efectuar el recorrido al atardecer, hay la desventaja de que estando la mayor parte de los comercios de la ciudad radicados en aquella parte, y no siendo costumbre efectuar negocios después de las cuatro o cinco, no presenta la animación que en las primeras horas de la mañana, cuando comerciante y dependiente, aprovechando la frescura matinal, atienden a sus labores en las calles y en los muelles, que presentan al extranjero escenas mucho más activas y bulliciosas. En cambio, la vida y el bullicio se reconcentran por la tarde en la parte de extramuros.

Ordenamos al cochero que entre por la puerta del Norte, conocida por la Puerta de la Punta, que está a un extremo de la ciudad, al lado de la bahía, donde comienzan las murallas de la parte antigua. Forma un arco de piedra, de unos veinticuatro pies de amplitud, a cuyos lados hay casamatas para depósitos de artillería. En su parte alta hay una batería en *barbeta*, con terraplén, baluarte de piedra y una rampa que llega hasta el suelo. Montadas como defensa se ven hasta media docena de carronadas viejas y mohosas, que en caso de necesidad resultarían inútiles. Al otro lado se divisa el Morro. Cruzada la punta y extendiéndose a lo largo de la calle, paralelo al agua, hasta muy cerca de la Maestranza, existe un paraje cubierto, con parapeto de piedra para la defensa

en caso necesario. Por la parte de afuera, a la izquierda se halla el muelle destinado al embarque y desembarque de madera, caballos, etc., y el mejor lugar para desde él dirigirse al Castillo del Morro, hallándose siempre estacionados allí un bote



EL CASTILLO DEL MORRO VISTO DESDE LA PUERTA DE LA PUNTA

o dos. Siguiendo por la calle de Cuba, llegamos a un grande y buen edificio, situado a mano izquierda, de aspecto moderno, construido de piedra ennegrecida, de varios pisos. En él se hallan los cuarteles y oficinas de la Artillería y se conoce con el nombre de Maestranza o Parque de Artillería. Pasado este edificio, llegamos a la calle de Chacón, y girando luego a la izquierda podemos ir al Arsenal, perteneciente a la Maestranza, donde hay municiones de varias clases y cierto número de cañones antiguos de bronce, llevando algunos antiguas inscripciones y extraños nombres, tales como el "Purificador", el "Fulminador", etc. Al lado opuesto

está la entrada al Paseo de Valdés, que se extiende al lado de la bahía hasta la calle de Empedrado. Decimos al cochero que nos espere al otro extremo, para tener el placer de caminar por allí. Aun cuando el Paseo no está actualmente en las mejores condiciones, conserva todavía una bonita hilera de árboles, bancos de piedra y una constante y deliciosa brisa, a la vez que es un excelente mirador desde el que se obtiene una magnífica vista de las fortificaciones al otro lado de la bahía. A la entrada hay una especie de arco y fuente, hoy de triste apariencia, pero que en su día lució bella. Una inscripción nos informa que fué construída en 1843 por el Real Cuerpo de Ingenieros. La inscripción está sobre una plancha de mármol de la Isla de Pinos, y encima se ven agrupados diferentes símbolos militares, particularmente del cuerpo de Ingenieros. Os será grato pasear en este lugar por las mañanas, si no tenéis nada mejor que hacer, y oír la música de las bandas militares, que tocan en la Cabaña, al otro lado del canal, y cuyas notas llegan algo atenuadas, mezcladas con la brisa del cercano océano.

Subiendo de nuevo al coche, rodamos por la calle de Tacón, pasando frente a la Pescadería y la Intendencia, que se halla directamente frente de La Fuerza, el fuerte más antiguo de la ciudad, alrededor del cual se agrupan muchas viejas tradiciones de asaltos de piratas y otros enemigos. Deseando visitarlo, pasamos por el patio del cuartel de la calle de O'Reilly, y solicitamos el permiso,

que se nos concede. Es un fuerte con bastiones y una buena línea de fuego sobre la entrada de la bahía, y dotado de buenos y grandes cuarteles para la tropa.

Este viejo fuerte data del tiempo de Fernando de Soto, el conquistador de la Florida y descubri-



LA FUERZA

dor del Mississipi, quien, siendo gobernador de la Isla, ordenó al capitán Aceituno, en 1538, construir dicho fuerte, destinando para tal propósito la suma de $4,000 que fué pagada por los habitantes de la

Habana y de Santiago de Cuba, a fin de tener una plaza fortificada en este lado de la Isla. Se completó a los seis o siete años de haberse empezado. Al principio fué simplemente un cuadrilátero de muros de doble espesor, veinticinco yardas de altura, con terraplenes, bóvedas y casamatas y un bastión en cada ángulo y todo rodeado por un foso. En años subsiguientes fué objeto de varias reformas, pero todavía conserva su aspecto primitivo.

Los rastrillos y los cuarteles de las tropas fueron construidos en 1718 por Guazo (1), gobernador general en aquel entonces. Se asegura que la esposa de Fernando de Soto murió en dicho fuerte, después de esperar en vano durante muchos años noticias de su valiente compañero.

La estatua que se halla en lo más alto del Castillo es la de un indio que, al decir de la leyenda, fué el primero que recibió a Colón al desembarcar. Al frente está la Plaza de Armas, y al lado oeste de ésta la residencia del capitán general de la Isla.

El gran edificio inmediato a La Fuerza es el cuartel general del gobernador militar de la ciudad, que es el que concede los permisos para visitar el Castillo del Morro y la Cabaña, previa petición escrita hecha por el cónsul.

En la parte baja del mismo edificio están la Administración y Tesorería de la Real Lotería, así como también el Monte de Piedad, institución

(1) Jerónimo Guazo Calderón, 1718 a 1724.—(*N. del T.*)

caritativa, que hace préstamos al ocho por ciento sobre prendas de oro y plata, y que mantiene el gobierno, siendo su capital de $80,000.

Los centinelas y guardias de servicio en estos dos lugares son acreedores a alguna atención por parte de los que se interesan en asuntos militares. Generalmente son hombres escogidos, que visten de manera irreprochable mientras están de servicio durante el día, usando un uniforme de inmaculada blancura, con adornos "limpios y alegres", de género rojo. Ofrecen a la vez un aspecto elegante y militar.



EL TEMPLETE

Dirigiéndonos al lado bajo oeste de la plaza, nos hallamos frente a El Templete, en la esquina de la calle Enna.

Según la tradición, en 1519, al ser trasladada la ciudad a su sitio actual, se celebró bajo la vieja ceiba que allí se hallaba, la primera misa en conmemoración del acontecimiento; y en el mismo lugar se erigió, en 1828, el actual pequeño templo para perpetuarlo. Es un edificio de piedra, no muy grande, imitando un templo griego, con pórtico y columnas, y situado algo más atrás de la línea de la calle, de la que le separa una verja de hierro con pesadas columnas de piedra, descansando el todo sobre una sólida base de piedra. Dentro la verja se eleva la columna de piedra que señala el lugar donde estaba el viejo árbol.

Una vez al año se abre al público, y es el 16 de noviembre, día de san Cristóbal; pero en realidad nada hay en él que atraiga la atención del extranjero, pues sólo contiene un simple busto de Colón y dos o tres pinturas de escaso mérito.

Podemos ir ahora a la plaza de San Francisco, que está entre las calles de Lamparilla, y Amargura, frente al muelle de Caballería, a la que llegamos atravesando la calle de Oficios, donde está la Aduana.

A la entrada de la plaza, en el viejo y amarillento edificio de la esquina, a mano izquierda, está el hotel Europa, que antes se llamó "Hotel Almy", probablemente uno de los más celebrados de la ciudad, en su época. Allí murió el explorador ártico Dr. Kane. Ocupa el hotel el segundo piso, sobre un almacén. El edificio de apariencia vetusta que está al otro lado de la plaza, es la

antigua iglesia de San Francisco, cuyas antes sagradas naves se utilizan ahora como almacén de la Aduana.

Se asegura que la vieja iglesia fué en su tiempo la mejor de la ciudad. Fué consagrada en 1737



EL MUELLE DE CABALLERIA

y clausurada en 1843. Su torre es hoy la más elevada de la capital, y su peso inmenso es soportado por los arcos de la entrada principal.

Es un edificio de apariencia singular, que ha sido objeto de algunos cambios para ser adaptado a propósitos comerciales. Las torres han sido despojadas de sus campanas y se le ha dotado de una nueva puerta. El frente de la iglesia, en la estrecha calle de Oficios, no es de gran valimento,

pero en dos nichos, situados uno a cada lado del frontis, hay raras estatuas de piedra, de monjes, uno de los cuales por su peculiar ropaje se ve que es un franciscano.

Cuando uno contempla a estos pétreos personajes, que han permanecido allí durante tantos años, nos acude el pensamiento de que han sido unos magníficos centinelas. Apostado cada uno de ellos en su nincho, al igual que un centinela en su casilla, permanecieron allí haciendo lo que se les encomendó, sin que durante tantos años experimentaran ningún cambio. Allí estuvieron año tras año, hasta que vieron aquellas puertas que sólo daban entrada a los devotos, abrirse para que penetraran los profanos con sus fardos de géneros; allí, calmosos e inmóviles, han visto las activas muchedumbres de edades pasadas, y todavía continúan impasibles e inanimados como en los días de antaño, contemplando como las activas muchedumbres de hoy siguen cruzando la puerta, sin que muchos de los que pasan, dirigiendo apenas una casual mirada a los estólidos personajes, sepan, y mucho menos les importe saber, que éste fué el primer lugar donde sus abuelas se prosternaban y oraban. Aunque el mundo ha cambiado, aunque gobernador tras gobernador han venido y se han ido; aunque el pequeño grupo de casas que originariamente constituían el primitivo pueblo se convirtieron en el vasto conjunto de lo que es hoy una bonita ciudad; aunque otras iglesias se erigieron—y no obstante el bramido de la tempestad

y el azote de las imponentes olas que con la salvaje furia de un huracán tropical se estrellaban a sus pies,—todavía siguen enhiestos, sin un músculo cambiado o alterada su posición desde que por vez primera fueron colocados, como montando una guardia, en su atalaya de piedra.

Pasando a través de la hermosa puerta de hierro que separa la plaza del muelle, se entra en el desembarcadero conocido por "Caballería", que es una porción de los sucesivos muelles que se extienden del Castillo de la Fuerza a los cuarteles de la Marina. Aquí, por las mañanas, hallaréis una atareada muchedumbre de comerciantes, dependientes, etc., hablando, fumando y efectuando sus transacciones—porque en realidad esto es una especie de Lonja,—en tanto que el trabajo material lo efectúan robustos negros y atezados trabajadores de diversos países.

Toda la serie de muelles está tan completamente cubierta de techos, que se puede andar una considerable distancia sin exponerse a los rayos solares, divirtiéndose uno examinando la variedad de buques, en número considerable, unos al lado de otros, de todos los países del mundo.

En esta agradable ciudad marítima de la Habana los boteros reemplazan a los cocheros que nos asaltan al salir de una estación. Aquí, en el momento que ponéis los pies en un muelle, los boteros se imaginan que necesitáis una embarcación, y una turba de ellos os rodean inmediatamente, vociferando cada uno el nombre de la suya.

No sin considerable dificultad lográis veros libre de aquella gente atezada, con apariencia de piratas, que no cesan de deciros, todos deseosos de que les utilicéis para un *paseo* en el agua.

—*¿Quiere bote, señor?*

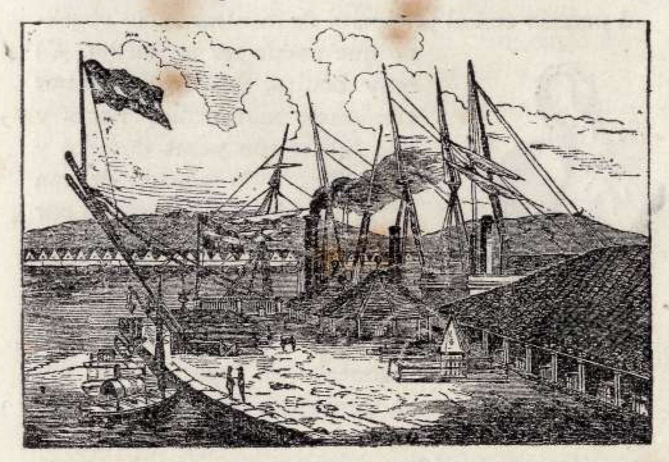
El muelle de la "Machina", situado al lado del de Caballería, le sigue en importancia. Cuando abandonéis la plaza de San Francisco, no olvidéis de decirle al cochero que os conduzca al "Correo", que se halla al extremo de la calle de Ricla, más arriba de la Machina.

Frente a la entrada principal del Correo está la "Comandancia de Marina" o sean las oficinas del Comandante de Marina, con marineros de centinela en la puerta. La calle entre los dos edificios está cubierta por una arcada.

El servicio de correo para toda la Isla es diario, y se cierra generalmente a las 4.30 p. m. Tarda seis días la correspondencia de la Habana a Santiago de Cuba, haciendo el recorrido parte en tren y parte a lomo de caballo. Entre pequeños lugares y pueblos sin facilidades ferrocarrileras, sólo hay correo dos veces a la semana. Las cartas que se envían desde los Estados Unidos, es mejor dirigirlas al Consulado o a las oficinas navieras o casas comerciales, que generalmente tienen un saco de correo privado en cada buque. Cada carta que se deposita en el Correo debe franquearse de la siguiente manera:

Para la Isla, cada media onza, cinco centavos; para la ciudad (con dos entregas diarias, general-

mente a las 7 a. m. y 3 p. m.) dos y medio centavos. Los buzones, con el letrero de "Correo", se encuentran diseminados en varios lugares de la capital. Para las cartas dirigidas fuera de la Isla, diez centavos por cada media onza. En el departamento de entrega de Correos, las cartas deben pe-



MUELLE DE LA MACHINA

dirse por el número, en vez del nombre, por la razón de que a la llegada de cada correo se hacen listas, que se colocan en cuadros a la vista del público, poniéndose al lado del nombre un número de orden. El extranjero que ve su nombre en la lista, solicita la carta diciendo el número correspondiente.

Ahora gozaremos de la brisa de la bahía en el muelle de la Machina, que es el desembarcadero

usado por los buques de guerra, y que de hecho es un almacén naval en pequeña escala. Los objetos que aquí probablemente interesarán más al extranjero serán la lancha oficial del capitán general, muy grande y adornada, un muy diminuto jardín, con las dimensiones de un regular salón, puesto allí al parecer con el propósito de mostrarnos lo pequeño que puede ser un jardín. Es muy bonito, con estrechísimos caminitos, matorrales, flores y una fuente con peces dorados y plateados, todo rodeado de una verja de hierro y guardado por algún marinero que se complacerá grandemente en mostrároslo con mayor agrado si le gratificáis con algo *para beber*. Es realmente un lugar curioso por su pequeñez. En adición, contiene dos de esas ridículas aves llamadas flamencos, que al parecer se las trata con cariño. Fueron los únicos que vi en la Isla, aunque se encuentran en diferentes partes de ella. Son de un delicado color rosado, que se degrada en un amarillento blancuzco, con cuellos muy largos, que constantemente contorsionan de la manera más ridícula; sus cuerpos cortos descansan sobre largas piernas, pareciendo como si estuvieran montados sobre zancos, con movimientos que hacen el efecto como si estuvieran inclinándose y saludándose unos a otros del modo más cómico.

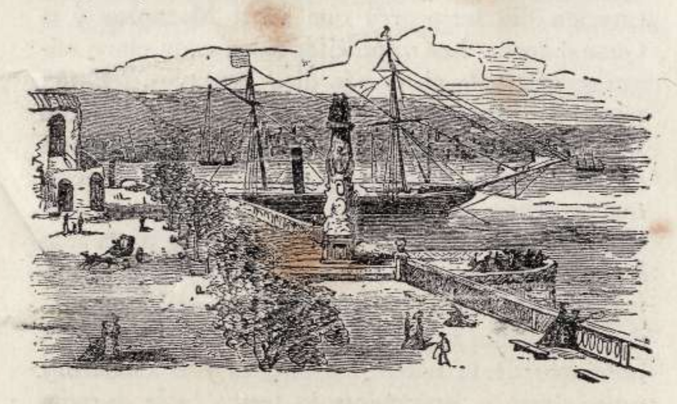

FLAMENCO

Mas allá del muelle de la Machina están los buques de pasaje que cruzan la bahía hasta el pequeño pueblo de Regla, donde radican los maravillosamente grandes almacenes en que se deposita el azúcar, que se pueden ver al fondo del grabado del muelle de la Marina; igualmente se halla la estación del ferrocarril que va a Matanzas y a Guanabacoa. Los vaporcitos salen cada cinco minutos, costando el pasaje diez centavos. Están muy bien construídos y provienen de los Estados Unidos (como casi todos los vapores en aguas cubanas), y los mantienen en buen estado, mejor que muchos de nuestros vaporcitos de pasaje. Cualquier mañana, cuando no se tenga nada más importante que hacer, resultará un viaje refrescante ir y volver en uno de esos vaporcitos, gozándose del bello espectáculo que ofrecen diferentes porciones de la bahía, los buques y la ciudad, y especialmente aspirándose la fresca brisa durante el viaje.

Al lado del embarcadero de estos vaporcitos, casi a continuación, están lo que se conoce por *paseos*. Son una especie de *boulevard*, que se extiende paralelamente a la bahía, dotado de árboles y un buen paseo, con sólido muro de piedra por el lado del mar, y fuentes y bancos de piedra a intervalos en toda su extensión. Algunas de las fuentes son muy bellas por sus formas artísticas.

El primero y más atrayente de estos paseos es la "Alameda de Paula", construída en 1802 por el gobernador Marqués de Someruelos. También

se le llama "Salón O'Donnell" (en honor del mariscal de este nombre, que fué inspector de la Isla). Está situado entre el muelle de Luz y el bastión de "Paula", desde el que se domina la bahía. Tiene bancos de piedra, árboles y al lado del mar un parapeto formado de una balaustrada de con-

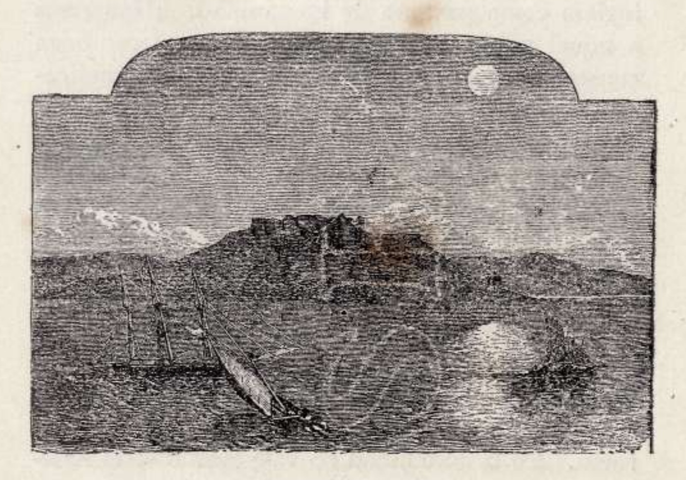


LA ALAMEDA DE PAULA

creto, con ornamentos del mismo material, alternada por barandillas de hierro. En el centro se eleva una *glorieta* semicircular, dotada de asientos, y detrás de la cual hay una hermosa fuente de piedra, con una columna de mármol que ostenta trofeos militares y símbolos nacionales, distribuidos con gusto.

Sigue el "Paseo de Roncali", desde el cual se obtiene una admirable vista de la parte superior de la bahía, con el castillo de Atarés en el fondo, contemplándose además la belleza de los contornos.

Es un magnífico lugar para, en noches de luna, gozar del espectáculo de la bahía. Sin embargo, no es muy frecuentado. En este castillo de Atarés, que se ve en el centro del grabado, se dice que fueron encerrados el joven Crittenden y sus cincuenta compañeros—todos jóvenes de los Estados



EL CASTILLO DE ATARES

Unidos que habían venido con la expedición del general Narciso López,—siendo luego fusilados. Se les sacó en grupos de doce, obligando a arrodillarse a seis, a los que se fusilaba frente a los otros seis, que esperaban su turno. Se cuenta algo muy noble del anciano Mr. Crawford, el entonces cónsul inglés, quien, disgustado como todo el mundo de la inacción de nuestro cónsul, Mr. Owens, al

ver caer aquellos pobres jóvenes, se dirigió a las autoridades y las conminó a que cesaran los fusilamientos, pues aun cuando aquellos americanos habían actuado de filibusteros, eran seres humanos pertenecientes a la raza anglosajona, amenazando que, en caso de no cesar, los cubriría con la bandera inglesa como un acto de humanidad. ¡Honremos a aquel noble, bravo espíritu! Con placer hago constar que su acto fué apreciado por los americanos allí residentes, que le obsequiaron con un valioso regalo.

No está de más hacer una visita de curioso al Arsenal, para saber qué es lo que se entiende por tal en Cuba. Ahí se halla el depósito naval y los astilleros, y está situado al extremo suroeste de la ciudad, precisamente al lado exterior de las murallas, donde éstas comienzan, en el lado del mar. Se entra desde la ciudad por la llamada Puerta del Arsenal, que con sus bonitos edificios para oficiales y sus árboles verdes, luce muy atractiva desde fuera. En la actualidad no vale gran cosa el Arsenal, aun cuando contiene astilleros, depósitos, talleres y otras cosas peculiares de la construcción naval. Sin embargo, en otro tiempo, el Arsenal de la Habana era muy celebrado. Se empezaron a construir en la Habana, el año 1722, buques de guerra, de los que llegaron a botarse al agua un buen número; dando tan buenos resultados por la excelente calidad de la madera usada, que se empezó la erección de un Arsenal en 1728, completándose en 1734.

En 1766 se construyó en él la "Santísima Trinidad" (1), dotada de ciento doce cañones. En el mismo año se reparó el Arsenal, que había sido dañado por los ingleses al atacar la ciudad.

Igualmente en cierta época se construyeron cañones de bronce, obteniéndose el cobre de las minas de Oriente. Pero en la actualidad todas estas actividades han cesado, apareciendo el Arsenal desierto, sin que se efectúe en él ningún trabajo importante. El dique es capaz para contener un buque de mil toneladas, y su maquinaria es sólo de veinte caballos de fuerza. Todo es muy distinto al movimiento, vida y extensión de nuestros arsenales; y ni siquiera la excitación de la guerra chilena ha despertado una nueva vida en este departamento.

Finalizamos la mañana volviendo por la calle de Egido, que corre dentro y paralela a las viejas murallas. Aquí se podían apreciar antes algunos de los más interesantes aspectos de la Habana, que le daban aire de antigüedad con sus murallas, ofreciendo algunas atracciones al aficionado a los estudios históricos, en los acontecimientos tan íntimamente relacionados con su construcción. Todavía existen las murallas en parte, en tolerable buen orden, aun cuando ya ofrecen un aspecto de decadencia y están condenadas a desaparecer. Bastarían algunos certeros cañonazos para reducirlas rápidamente a fragmentos. No son ya de

(1) Inutilizada en el combate de Trafalgar.—(*N. del T.*)

utilidad, pues puede decirse que están ahora en el corazón de la ciudad, y de nada servirían en el caso de un fuerte ataque, excepto como un *dernier resort* para un pequeño número de hombres. Con todo, todavía se monta guardia en algunas puertas y los cañones adornan sus bocas por las almenas



LA PUERTA DE TIERRA

cubiertas de hierba. Los fosos, con el tiempo, han ido llenándose de toda clase de estructuras y en ciertos lugares se ven cubiertos de huertas.

Estas puertas y murallas acostumbran a ser de gran interés para la mayoría de los viajeros, dado que por tantos y tantos años estuvieron relacionadas con la historia de la vieja Habana;

y aun cuando en realidad ya no existen todas las antiguas murallas, todavía se oye la expresión tan usual y familiar de "intramuros" y "extramuros".

Cuando se complete la mejora de ocupar el lugar de las murallas con nuevos edificios, esta parte de la ciudad progresará mucho, y ofrecerá la Habana mejor perspectiva. En nuestros grabados de la ciudad hemos procurado retener su actual aspecto, pero poniendo más de manifiesto lo histórico antiguo que lo moderno.

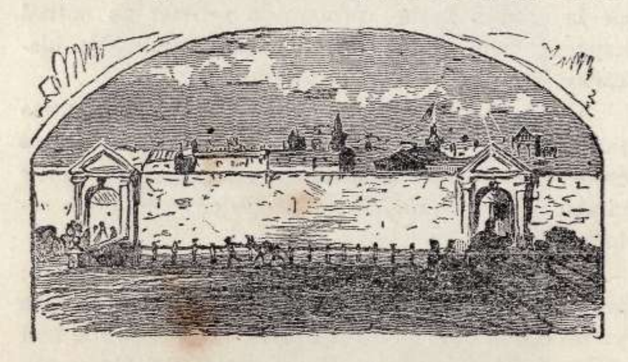
Como todavía permanecen enhiestas algunas porciones de estas murallas, y se conservan los fosos, con su rara apariencia, no podemos omitir el dar aquí algunos datos históricos con ellas relacionados.

Algunas de las puertas fueron construídas originariamente con cierta belleza arquitectónica, que ya no conservan. La mejor de ellas, según me han dicho, fué la Puerta de Tierra, cerca del Convento de las Ursulinas, en la calle Sol, que todavía tiene un aspecto algo imponente. Las puertas de Monserrate fueron probablemente las más utilizadas. Son dos, una de ingreso y otra de egreso, en las concurridas calles de Obispo y de O'Reilly.

En el año remoto de 1589, bajo la supervisión del gobernador y de los ingenieros Tejada (1) y An-

(1) Maestre de Campo Juan de Tejada, que no era ingeniero, como equivocadamente dice el autor, sino gobernador de la Isla, cargo que empezó a desempeñar en 31 de marzo de 1859. Con el ingeniero Antonelli emprendió la construcción de los Castillos del Morro y de la Punta. (*N. del T.*)

tonelli, fueron trazadas estas murallas destinadas a la defensa de la ciudad de los repetidos ataques de los piratas, habiendo estado en pie cerca de tres centurias. Se empezó regularmente su construcción en 1663, bajo el gobierno de Flores (1), y estaban ya construídas en gran parte el 1740, excepto los pasos cubiertos y los fosos, que no se



PORCION DE LAS ANTIGUAS MURALLAS

completaron hasta 1797. En 1664, el sucesor de Flores, gobernador F. Dávila Orejón, en atención a que el erario público estaba en pobres condiciones decidió que las murallas no siguieran construyéndose con la misma solidez con que venía haciéndose, dándoles un espesor menor. Sin embargo, en 1670 se reanudó la construcción sólida, empleándose en los trabajos hasta nueve mil *peones* a un tiempo,

(1) En 1833 era gobernador de la Isla de Cuba, Juan Bitrián de Viamonte, y no Rodrigo de Flores, que asumió el mando en 1662.—(*N. del T.*)

contándose con los fondos facilitados por los hacendados, que deseaban ver la ciudad en completo estado de defensa. En los años de 1680 a 1687, con ligeras interrupciones, prosiguió la construcción. En 1695, bajo el gobierno de Diego de Córdova, se extendieron las fortificaciones de la capital, completando la cadena de murallas de la Punta a la Tenaza y hospitales de San Francisco; y en 1702, siendo gobernador de la Vega, se dió por terminada la obra; pero todavía en 1724, bajo el gobierno de Dionisio Martínez, se trabajó en las murallas, completando las de La Punta a San Telmo, desde El Angel al bastión de La Tierra, y desde el ángulo de la Tenaza al bastión colateral. En 1789 se vió que una porción de las murallas se había resentido por la acción de las olas, y que era necesario reforzarlas, lo que se hizo derribando parte de las principales murallas y reconstruyéndolas bien reforzadas por ambos lados. En la actualidad conservan un aspecto sólido.



CAPITULO VIII

Las iglesias de la Habana.—"Cuánto más cerca de la iglesia, más lejos de Dios".—La religión cubana.—Santo Angel.—San Agustín.—Santa Clara.—Santa Catalina.—Belén.—La Merced.—El sacerdocio.—Apariencias y sombreros cónicos.—Mujeres bonitas en la iglesia.—Hermosas alfombras y criados con librea.—Chismorreo en las puertas de las iglesias.—Cuadro auténtico del origen de la Merced.—Pinturas y arquitectura.—La Catedral.—Su aspecto singular.—Interior.—Tumba de Colón—Breve noticia de su muerte y entierro.—Propinas en la iglesia.—Encerrado dentro.—Mujeres y hombres viejos.—Curiosidades.

Si es cierto el viejo adagio de que "cuanto más cerca de la iglesia, más lejos de Dios", entonces me temo mucho que para los habaneros no hay esperanza de futura salvación; pues en casi cada plaza de la vieja ciudad, intramuros, hay alguna iglesia, y a cada iglesia están unidas sociedades u organizaciones religiosas.

El sacerdocio y la iglesia tienen probablemente mayor intervención en la vida de los cubanos, particularmente en su porción femenina, que todo

lo demás de cuanto constituye la suma de su simple vida diaria; y cuando uno pasea a lo largo de las calles, tropieza a cada paso con algún sacerdote de alguna orden particular, bien con sombrero de teja o tricornio, o quizás vistiendo el hábito de la orden Franciscana —cuyos votos prohiben usar nada *confortable* en este mundo—obligado, para preservarse de los rayos solares, a quebrantar el voto de llevar desnuda la cabeza, cubriéndola con una enorme hoja de palma, que le sirve a la vez de sombrero y sombrilla. Estuve muy interesado, por algún tiempo, en estudiar las peculiaridades de los religiosos que llevaban los diferentes sombreros, y finalmente llegué a la conclusión de que los sombreros de teja podían considerarse como una insignia de bienestar, pues casi todos los que lo llevaban eran sacerdotes robustos, joviales, cordiales, en tanto que los que usaban tricornio tenían apariencia de jóvenes delgados, desnutridos. (Estos sombreros tienen su particular significado, según la orden a que pertenecen.)





La autoridad superior de la parte secular de la Iglesia cubana es el capitán general, como Vice

Real Patrono, y es su delegado en el Arzobispado de Cuba, el comandante general del departamento Oriental. Apegados a la Iglesia hay un número de dignatarios de diferentes grados, que perciben salarios en proporción a su rango. El gobierno de la Iglesia se divide en cuatro vicariatos y cuarenta y una parroquias, estando situada la gran Catedral en Santiago de Cuba. Además de las iglesias existen cierto número de conventos, monasterios, etc., pertenecientes a las diferentes órdenes de Santo Domingo, San Francisco, Jesuitas, San Agustín, etc., etc.

Se asegura que la Iglesia en Cuba es pobre en comparación con la de otros países, particularmente en su Arzobispado, careciendo sus templos de la magnificencia y de los ornamentos que el viajero admira tanto en Europa. No obstante, en algunas de las principales poblaciones se ve algún que otro templo importante, interesante por su gran antigüedad y su estilo arquitectónico, donde en ocasiones especiales se celebran ceremonias religiosas bastante ricas e imponentes.

Existe una tarifa regular de precios para la celebración de aquellas ceremonias que en una más cristiana tierra se estima pertenecer a los deberes inherentes a la Iglesia. Por un bautizo, cargan un peso como mínimo; un entierro, cinco pesos; y para casamientos, misas o preces para las almas del purgatorio cobran en proporción.

La Iglesia tiene ahora a su cargo los cementerios. Antes se efectuaban los entierros en las mis-

mas iglesias, por considerarse que eran el lugar sagrado donde podía dormir en paz el verdadero católico. Hasta hace unos pocos años no se permitía que se enterrara en los cementerios a un herético, muerto en su descreimiento.

Los cementerios se componen generalmente de una serie de nichos de piedra, ofreciendo el aspecto (si se me permite la expresión) de hileras de hornos de pan. Cada nicho contiene un solo cadáver. El entierro cuesta de treinta a cien pesos. Hay bóvedas por las que se pagan hasta trescientos pesos.

Los *días de fiesta* son muy numerosos, los que unidos a los domingos, disminuyen grandemente los días de trabajo al año. Los días de fiesta legal, en los cuales se considera una obligación oír misa y cesar en toda clase de trabajo, se les señala con dos cruces en los almanaques, en la siguiente forma: ‡ ; las fiestas en que se permite el trabajo, pero se requiere la obligación de oír misa, se les marca con una sola cruz, †. Hay además los días llamados *feriados*, en los que se cierran las oficinas públicas y no funcionan los tribunales; los días destinados a sacar almas del purgatorio, señalados con la palabra *ánima*. Añadid a éstos los días festivos regulares, y, para cada pueblo y ciudad, la fiesta de su santo Patrón, estrictamente observada; festividades en honor del soberano reinante, consorte, sus padres y el heredero del trono, a las que se da el nombre de *besamanos*, y en las que los principales militares y empleados, vistiendo

uniforme de gala, visitan al capitán general, como representante de la realeza. Como se observará, los días de trabajo al año no pueden ser muy numerosos, pudiéndose comprobar que no pasan de doscientos los laborables de entre los trescientos sesenta y cinco que comprende el año.

La primera iglesia que el viajero de cualquier nacionalidad tiene interés en visitar (y en particular nosotros los americanos) es la Catedral, no porque sea de una gran belleza—aunque sí es quizás el templo más interesante de la Habana por su edificio,—sino porque dentro de sus muros yace bajo una simple losa todo lo que resta de aquel que dió a la humanidad, como resultado de su saber y valor combinados, no sólo un nuevo continente, sino una nueva teoría del mundo: Cristóbal Colón.

Este viejo templo, hoy el mejor de la ciudad, ofrece un muy singular aspecto visto desde el exterior. Se levanta frente a una plaza, en la esquina de las calles de Empedrado y San Ignacio, al extremo Noroeste de la ciudad. Construído con una peculiar piedra parduzca, ennegrecida por los años, no es de gran belleza arquitectónica; pero resulta atrayente con sus dos curiosas torres, su fachada de pilares, nichos, cornisas y molduras. Fué erigido en 1724, para un colegio de jesuitas, que en aquel tiempo ocupaban el lugar en que hoy está el palacio del capitán general. Se componía del edificio destinado propiamente a templo y de otras construcciones para el uso de los sacerdotes

de la orden. En noviembre de 1789 se le convirtió en Catedral. Tiene una gran puerta en el centro y dos pequeñas a cada lado de aquélla, situadas en un atrio, al que se llega subiendo varios peldaños de piedra. Existe otra entrada lateral, en la



LA ANTIGUA CATEDRAL

parte donde están los dormitorios de los sacerdotes. Hice varias visitas a esta antigua iglesia, y durante una de ellas, en mitad del día, después de cerrarse, logré que me mostraran la sacristía, o cuarto de vestir de los sacerdotes, situado detrás del coro, donde se guardan en los compartimientos de inmensos cofres, las soberbias ropas. Mi guía en aquella ocasión era un individuo nada limpio, bizco y con aspecto de suficiencia, que insistía en describirme la iglesia, en una horrible mezcla de francés e

inglés, en vez de usar su idioma, el español, lo que me hizo suponer ocupaba alguna posición, por lo que estuve muy cerca de no ofrecerle la usual gratificación, con lo cual hubiera cometido una equivocación imperdonable.

A los extranjeros se les enseña la iglesia a cualquier hora del día, bastando solicitarlo a alguno de los sacerdotes que se encuentran en el patio. Está abierta a los fieles que desean oír misa, por las mañanas. Estimo que es mejor visitarla por la mañana, cuando baña el edificio el suave sol ascendente, produciendo un bello efecto las sombras de las columnas y arcadas; en tanto que las figuras de los posternados devotos sirven para ilustrar por comparación la magnitud del edificio.

El altar mayor es muy hermoso, como también el coro, situado detrás. La escultura de los sitiales es extremadamente bella; son dibujos ligeros y graciosos tallados en caoba. A intervalos, alrededor de la parte interna de la iglesia, se ven algunos altares muy hermosos, formados con sólidas columnas de caoba y cornisas y molduras de la misma madera, con ricos dorados en las partes más prominentes. Cada uno de estos altares está dedicado a algún santo particular, y hacen ostentación de algunos objetos sagrados de valor, de copias de Rafael, Murillo, etc.

Lo más interesante es, sin embargo, la "Tumba de Colón". Pasma realmente ver cuantos viajeros de los que visitan la Habana ignoran que los restos de Colón están precisamente en esta ciudad, a

donde fueron trasladados del lugar donde murió.

La historia nos cuenta que Colón falleció en Valladolid, España, el 20 de mayo de 1506, día de la Ascensión; que su cuerpo fué depositado en el convento de San Francisco, celebrándose sus funerales con gran pompa en la citada ciudad. En 1513 fueron transportados sus restos al Monasterio de los Cartujos de Sevilla, conocido por "Las Cuevas", donde se le erigió un hermoso mausoleo, por orden de Fernando e Isabel, con la simple inscripción de

A Castilla y Leon
Nuevo Mundo dio Colon

En el año de 1536 su cuerpo y el de su hijo Diego fueron trasladados a la ciudad de Santo Domingo, en la isla de Haití, y enterrados en la principal capilla. Pero ni aun allí se les permitió descansar, pues el 15 de enero de 1796, fueron traídos a la Habana y colocados en su actual tumba, con grandes e imponentes ceremonias, en las que tomaron parte el ejército, la marina, la Iglesia y un concurso inmenso de espectadores. Para usar las palabras de un autor español: "La Habana lloró de alegría, admiración y gratitud al ver entrar dentro de su recinto, para guardarlas para siempre, las cenizas de Cristóbal Colón".

Se cree que las cenizas fueron depositadas en una urna, que fué colocada en un nicho, en el muro, a la entrada y a la izquierda del presbiterio de la Cate-

dral. Encima se puso una lápida de piedra, primorosamente esculpida, en un marco de piedra, representando el busto de Colón en traje de aquel tiempo, con una corona de laurel arriba y emblemas simbólicos al pie del medallón, sobre el cual decía una inscripción en castellano:

¡O RESTOS E IMAGEN DEL GRANDE COLON!
MIL SIGLOS DURAD UNIDOS EN LA URNA
AL CODIGO SANTO DE NUESTRA NACION.

Bien puede preguntarse: ¿Dónde estaban todas las musas cuando se escribieron semejantes líneas?

Una mañana, después de haber trazado el dibujo que acompaño, quedé tan abstraído pensando en el gran lapso transcurrido desde que estas cenizas, ahora en reposo dentro de la urna, habían sido el corazón de Colón, palpitando de orgullo y esperanza por el gran descubrimiento, que no me di cuenta de que el templo se había cerrado, y dentro de él me hallaba solo con mi libro de apuntes y mis meditaciones. Traté de abrir inútilmente



TUMBA DE CRISTOBAL COLON

las puertas y ya empezaba a temer que me vería obligado a pasar allí el resto del día, cuando afortunadamente ví salir del presbiterio un sirviente negro acompañado de un joven elegantemente vestido, al que tomé por uno de los acólitos. Habiendo satisfecho su curiosidad enseñándoles mi libro de apuntes, les expuse el deseo de abandonar aquellos muros para dirigirme a almorzar. Me condujeron a través del presbiterio y de uno o dos cuartos más hasta la puerta interior que abrieron en mi obsequio. Deseando gratificar al sirviente negro, le di varios reales, sin por un momento pensar que debiera hacer lo mismo con el elegante jovencito, a quien le ofrecí mis respetos, cuando, con mucha dignidad permanecía parado en la puerta; pero entonces él, no teniendo los escrúpulos que yo le suponía, puso su mano sobre su pecho, exclamando:

—Señor, ciertamente no me olvidará a mí.

Como es de suponer "arreglé" el asunto, y partí habiendo aprendido la lección de que la "dádiva" es aplicable en más de un caso. A fe mía, uno está acostumbrado a pagar al entrar en un espectáculo, pero no se exige nada a la salida.

Santo Angel es otra iglesia antigua, pequeña, situada en la esquina de las calles de Cuarteles y Compostela. Nada hay en ella que llame la atención del extranjero; pero su anticuada torre es casi lo primero que uno distingue al tener la Habana ante la vista, por estar cerca de las murallas, en la parte alta de la ciudad. Bajando por la calle de Compostela, en la esquina de O'Reilly

se halla la extraña y vieja iglesia de Santa Catalina, construída en 1658, a la cual está anexo un convento de monjas, si no estoy mal informado. La iglesia no es notable por su arquitectura, estando reducida a una gran sala, sin columnas ni arcadas y con unos pocos cuadros. Sin embargo, el coro es una pieza de caoba bellamente esculpida, los altares son muy vistosos, esmaltados de blanco y con dorados, adornados de flores de papel. En uno de ellos está la figura reclinada de la santa que da nombre a la iglesia.



EL CAMPANARIO DEL SANTO ANGEL

En la esquina de Aguiar y Empedrado existe una muy antigua iglesia, la de San Juan de Dios, erigida en 1573; pero fuera de su antigüedad, nada tiene de notable.

San Felipe, en la esquina de las calles de Aguiar y Obrapía, es una pequeña iglesia, pero posee cierto número de altares bellamente decorados. El principal retablo es una buena pintura. Anexa a la iglesia hay una biblioteca, cuyos libros son principalmente de carácter religioso.

La iglesia de San Agustín, en la esquina que forman las calles de Amargura y Cuba, es merecedora de una visita, por ser una de las mayores,

perteneciente a la orden tercera de los Franciscanos, siendo curiosa en varios aspectos. Fué edificada en 1608 y contiene altares ricamente decorados. El retablo sobre el altar mayor es un conjunto de pinturas en marcos dorados, representando una variedad de asuntos de carácter bíblico. Tiene también algunos *altorrelieves* con escenas de la Crucifixión.

Los techos de muchas de estas iglesias son merecedores de atención por parte del visitante, por haber sido construídos con gran maestría y habilidad, de maderas diferentes, conteniendo algunos curiosos dibujos.

Durante la época del Carnaval se coloca en las iglesias, en lugares conspicuos, una noticia a los fieles diciéndoles que pueden divertirse y pecar por cierto tiempo y bajo ciertas restricciones. Sorprende extraordinariamente ver en las puertas de las iglesias un cartel que reza así:

«Piadosa invitación, que dirige a los fieles de esta ciudad su Excelencia, Señor Obispo Diocesano. Deseando su Ilustre Excelencia ofrecer a sus muy amados fieles la práctica espiritual de doctrinas, con la mayor abundancia posible para la salvación de sus almas, ha ordenado que haya dos misiones en esta capital durante la presente época santa. Su Excelencia Ilustrísima hace saber a todos y cada uno de sus fieles que acudan a oír la palabra de Dios en esta época santa, que les concede *cuarenta días de indulgencia* por *cada vez* que lo hagan, e igualmente, como un especial favor apostólico, una *indulgencia plenaria* a los que oigan *cuatro* sermones de dichas misiones, y confiesen y asistan al culto devotamente; todo lo cual,» etc., etc.

Ciertamente es este un proceder muy liberal por parte de su Excelencia.

La iglesia de Santa Clara es grande y espaciosa, estando situada en la esquina de las calles Sol y Cuba, sin que constituya ninguna notable peculia-

IGLESIA DE SANTA CLARA



ridad, como no sea la de que pertenece al más rico convento de monjas de la ciudad, y de que en ella, temprano por las mañanas, se congregan muchas hermosas devotas que, siguiendo la costumbre general, acuden en dicha hora a oír misa. Ninguna iglesia está provista de bancos, como es costumbre en las nuestras, colocados longitudinalmente para la acomodación, generalmente hablando, del elemento masculino de la comunidad que a veces concurre. Las señoras usualmente van acompañadas de sus sirvientas, y éstas llevan una elegante alfombra de buen material y hermosos colores, que

tienden en el suelo para que sobre ella se arrodillen sus bellas amas al hacer sus oraciones; y muchas llevan además una ligera silla de mimbres para que se sienten sus señoras en los ratos que puedan hacerlo, y a su placer miren alrededor de la iglesia para reconocer a sus amistades, sin cesar un momento de mover graciosamente los hermosos abanicos.



IGLESIA DE BELEN

La iglesia de Belén, en la esquina de Luz y Compostela, ocupa casi toda la manzana. Es notable por tener la cúpula y la torre más altas de la ciudad. La iglesia propiamente dicha no es muy grande, pero toda la manzana en la que está enclavada la ocupan edificios que le pertenecen. Dicha iglesia y los hospitales anexos fueron erigidos en 1687 por el obispo Compostela, quien, al decir de los autores de aquel tiempo, fué un prelado de

excepcional intelectualidad, amable y caritativo. Fundó, además, una escuela para niñas y el Seminario de San Ambrosio.

La fachada de la iglesia es curiosa por su arquitectura, hallándose algo más atrás de la línea de la calle, de la que la separa un pequeño pero exuberante jardín, en el cual pueden verse plantas tropicales y árboles propios del país.

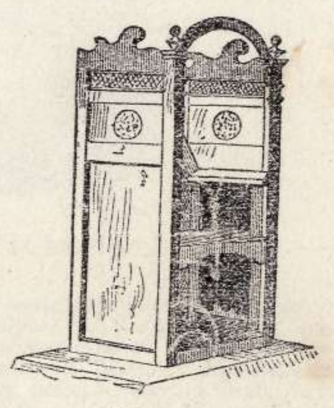
Probablemente la sola otra iglesia que pueda interesar al viajero es la "Merced", en las calles de Cuba y Merced, de estructura muy grande e imponente, con una venerable fachada dotada de columnas, de aspecto tan vetusto, que parece como si hubiera estado expuesta a los elementos desde hace mil años. Las piedras están ennegrecidas y gastadas. Cuando la visité, estaban haciendo obras, ampliando el presbiterio, erigiendo una cúpula y hermoseando el interior, de manera que ya hoy rivalizará con la mejor iglesia de la ciudad; aun cuando por mi parte la prefería con su apariencia de vetustez. Contiene muy hermosos altares y algunas pinturas antiguas, una de ellas, muy grande, en el muro de la izquierda, cerca del presbiterio. Me interesó extraordinariamente por ofrecer la historia *milagrosa* de la "Merced", patrona de la iglesia. Esas antiguas y maravillosas leyendas religiosas siempre me recuerdan los *cuentos de hadas* de mi juventud, y por lo mismo las leo con interés. La narración puede que sea también grata al lector, puesto que es algo histórica y *no citada* en los trabajos que he leído de los biógrafos de Colón.

Es un grande y antiguo cuadro, en cuyo primer plano aparece un grupo de indios, parecidos a los incas del Perú, pero en modo alguno a los pacíficos indígenas de Cuba que las Casas nos describe. En el centro del cuadro se ve una cruz de madera, en uno de cuyos brazos está sentada una mujer, con un infante en sus brazos; en el fondo la figura de un sacerdote, tras el cual se agrupan cierto número de soldados españoles. Por algún tiempo intenté comprender lo que aquello significaba. Después de mucho mirar, conseguí distinguir, en una esquina inferior del cuadro, sobre un pergamino, la siguiente inscripción, en castellano antiguo, que traducido libremente, dice:

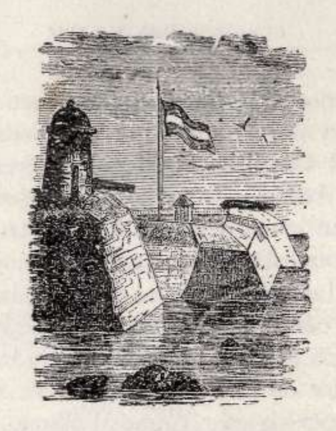
«El Almirante, D. Cristóbal Colón, y el ejército español habiéndose posesionado del "Cerro de la Vega", un lugar en la isla Española, erigieron en él una cruz, en cuyo brazo derecho apareció sentada con su precioso hijo, la Virgen, Nuestra Señora de la Merced, la noche del 2 de mayo de 1492. Los indios que habitaban la isla, tan pronto la vieron, tendieron sus arcos y dispararon flechas en su dirección; mas los españoles, viendo que persistían, armáronse de valor y, cayendo sobre los indios, mataron un gran número de ellos; y la persona que vió primero este maravilloso prodigio fué el Venerable Padre Fray Juan,» etc., etc. (?).

Existen otras iglesias, pero nada ofrecen de particular, que yo sepa, a la curiosidad o interés del viajero; aun cuando creo que en todas las iglesias de Cuba hallará siempre el viajero protestante algo que le chocará por lo curioso o estrambótico, sean sus extremadamente decorados alta-

res, las notablemente adornadas imágenes de los santos, la rara apariencia de los confesionarios, parecidos algunos a anticuados sillones, la peculiar arquitectura o las aterradoras leyendas de los cepillos de los pobres; sin decir nada de los fieles ancianos, de andar vacilante y curiosa indumentaria, blancos y negros, sentados mansamente u orando, que se ven siempre en gran número en cada iglesia. Para mí, las iglesias fueron siempre un lugar de distracción e interés, bien para ver la ceremonia o las lindas devotas, o para oír la música en las suaves horas del anochecer.



CONFESIONARIO



CAPITULO IX

EXTRAMUROS.—El antiguo fuerte de la Punta.—La cárcel.—Ejecución de Narciso López.—El Prado.—Fuentes, avenidas y edificios.—Gimnastas cubanos.—Parque de Isabel.—Bellos cafés y edificios.—El Teatro Tacón.—Estación de Villanueva.—Paseo de Isabel.—Soberbia fuente de la India.—Palacio de Aldama.—Campo de Marte.—Calzada del Príncipe y Paseo de Tacón.—Magnificencia del Jardín Botánico y de la quinta del Capitán General.—Avenidas de palmas.—Vegetación exuberante.—Paseo de amantes en una glorieta de rosas.—Visita al Cerro.—Arquitectura cubana.—Vida cómoda.—Jardín del Obispo.—Cactus inmenso.—Avenida de mangos.—Caballerosidad de los cubanos hacia los extranjeros.—Calzada de Galiano.—

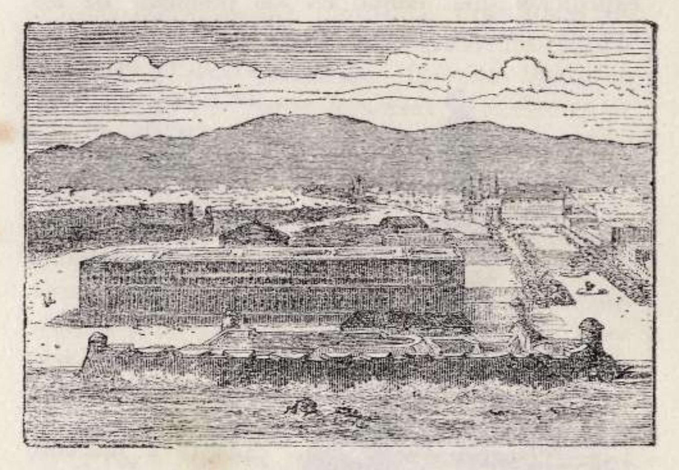
PARA dar unas vueltas en el Paseo, con objeto de ver y ser visto, las mejores horas son de cinco a seis de la tarde; pero, combinando el placer con el deseo de ver, prefiero las frescas y tempranas horas de la mañana, saturadas de brisa, aun cuando no se tenga la grata ocasión de contemplar a las jóvenes de brillantes ojos que ocupan los elegantes quitrines.

Ordenamos al cochero que empiece el recorrido desde el fin del Prado, que da directamente al mar, con el Castillo del Morro en frente, al otro lado de la bahía. Inmediato a nosotros está el curioso y antiguo fuerte de La Punta, originariamente un cuadrilátero abaluartado, hoy ampliado. Es una de las antiguedades de la Habana. En el lugar que ocupa desembarcó el pirata Roberto Baal, cuando atacó e incendió la ciudad, en 1543. San Salvador de la Punta, que es su nombre originario, empezó a construirse al mismo tiempo que el Morro y por los mismos ingenieros, en 1589, terminándose en 1597.

A la izquierda del Prado, a lo largo de la costa pueden verse varios lugares de baños. Internándonos en la ciudad, empezamos nuestra jornada remontando el Prado, o Paseo de Isabel, ancha calle de aspecto de *boulevard*, con hileras de árboles en el centro, bajo los cuales, a intervalos, hay bancos de piedra y un paseo para los peatones, y a ambos lados de éste arroyos para los carruajes. Excelentes son sus edificios, en su mayor parte residencias particulares, con pórticos y fachadas de gusto, blancas o azules. Este paseo empezó a construirse en 1771, inaugurándose al año siguiente. En 1797, bajo el gobierno del Conde de Santa Clara, fué extendido y dotado de varias fuentes, siendo objeto de algunas mejoras durante el gobierno de Tacón.

Al dejar la Punta, el primer edificio que nos llama la atención es uno grande y amarillento,

situado a la izquierda, ocupando toda una cuadra. Es la Real Cárcel y oficinas del Consejo—singular combinación.—La parte frente al paseo la ocupa el Consejo, en tanto que la parte opuesta, frente a las murallas, está destinada a la reclusión de los malhechores. Fué construido también en 1771,



LA REAL CARCEL

teniendo la forma de un cuadrilátero, con un patio central para uso de los prisioneros. Estos pueden verse al través de las puertas y ventanas enrejadas. El aficionado a los estudios fisionómicos, encontrará sujetos dignos de observación tras esas ventanas, cualquier día cerca de las doce, cuando se permite a los prisioneros recibir, al través de las rejas, paquetes de sus amigos, no sin antes ser inspeccio-

nados por los guardianes estacionados en los estrechos corredores con barrotes que separan a los de dentro de los de fuera. La explanada frente a la cárcel se usa como campo de parada; y en ella fué ejecutado el infortunado Narciso López, muriendo como un bravo, después de la desgraciada expedición que, fiando en las promesas de los criollos, llevó a Cuba y en la que fué derrotado. Aquí, en presencia de un gran número de tropas, el 1.° de septiembre de 1851, fué agarrotado, siendo sus postreras palabras:

—¡Muero por mi querida Cuba!



FUENTE

A trechos, a lo largo del Paseo hay varias fuentes de piedra y mármol, muchas de ellas de bella apariencia y unas pocas de alguna antigüedad; pero todas carecen de agua. A la derecha del Prado, en el número 86, se halla un Gimnasio y Escuela de Esgrima, el mejor de la ciudad, con un excelente instructor del sistema calisténico de Lewis y de la gimnasia de palanqueta, teniendo además un buen

maestro de armas francés. Muchos cubanos son magníficos gimnastas. Por las mañanas, de siete a nueve, se da generalmente una clase bajo la supervisión del instructor, que habla inglés. A la izquierda está el Teatro Villanueva, de casi pobre apariencia, usado generalmente por compañías francesas o por pequeñas compañías dramáticas españolas. Está construido principalmente de madera y se ve poco concurrido. He visto actuar en él excelentes compañías francesas, procedentes de París, con muy reducido auditorio. En la actualidad ha adquirido renombre histórico, por el hecho de que las tropas dispararon sobre los espectadores durante una representación, en los presentes días de revolución.

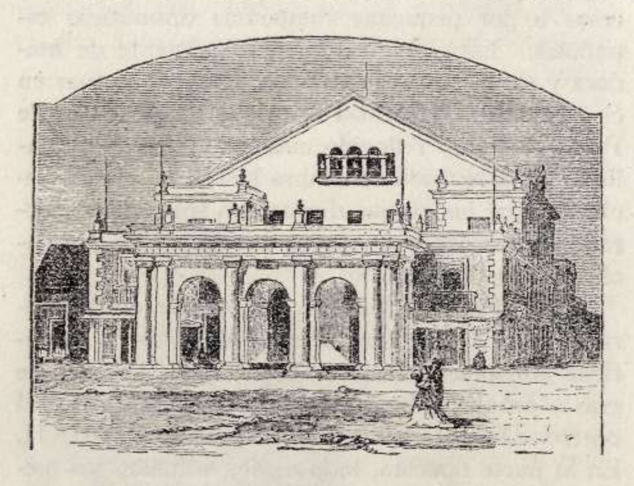
En el Prado y frente a las puertas de Monserrate, está el llamado "Parque de Isabel". Contiene porciones de terreno con césped, caminos de grava, árboles y bonitos bancos de hierro. En el centro se levanta la estatua marmórea de Isabel II. En la parte opuesta, lado oeste, se hallan los mejores edificios, entre los que se cuentan los ocupados por el Hotel de Inglaterra, Café San Luis, y en la esquina El Louvre, el café, *par excellence*, de los helados y granizados.

En la esquina de la calle de San Rafael, opuesto a El Louvre, se levanta el Teatro de Tacón, cuyo edificio no es muy imponente visto desde fuera, pero muy hermoso en su interior y el principal de la ciudad. Fué construido en 1838, durante el mando de Tacón, cuyo nombre lleva, siendo en

su mayor parte presidiarios los que ejecutaron el trabajo.

Casi frente al Teatro de Tacón está la estación del tranvía que va a la Chorrera, situada en la parte noroeste de la ciudad.

Pasado el Teatro de Tacón, a mano derecha,



TEATRO DE TACON

se encuentra el "Paradero de Villanueva", estación de ferrocarril, de donde salen los trenes que se dirigen a Matanzas, Batabanó y Guanajay. Se halla a alguna distancia del Paseo, con un buen edificio de piedra blanca, dotado de verjas de hierro al frente. Reúne todas las comodidades que puede desear el viajero en el orden de salones de espera y resguardo de equipajes. Debido a los muchos tre-

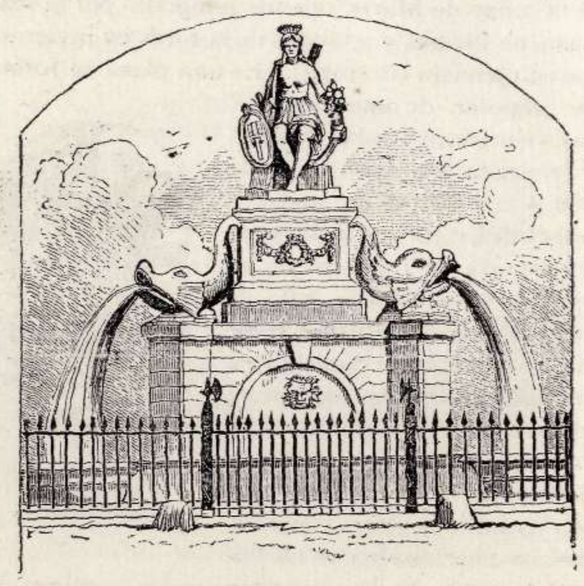
nes que salen para diferentes rutas, ofrece siempre animadas escenas.

Frente a la estación y teniendo a un lado el Paseo, se extiende el gran espacio conocido por el "Campo de Marte", donde temprano por la mañana, en verano, y a las dos de la tarde en invierno, hacen ejercicio las tropas. Es una plaza en forma de trapecio, de unas doscientas veinticinco yardas de largo y rodeada de una verja de hierro con pilares de piedra a intervalos, cada uno de los cuales ostenta como adorno en su extremo superior una bala de cañón de gran tamaño. Tiene cuatro entradas principales, cerradas con verjas de hierro; al extremo de los pilares laterales hay colocados morteros de bronce; y como los pilares son grandes y bien construidos, las puertas ofrecen un bonito aspecto. Se las distingue con los nombres de Colón, Cortés, Pizarro y Tacón, el de este último por ser el que ordenó la construcción del lugar, que en diversas épocas ha sufrido desperfectos por la acción de los ciclones. En la actualidad está reparado y hermoseado. A un lado del Campo, en el centro del Paseo, está la hermosa *Glorieta* y fuente de la India, rodeada de esbeltas *palmas reales*. La fuente es una obra de considerable belleza, es-



ENTRADA AL
PARQUE DE MARTE

culpida en mármol de Carrara y erigida a expensas del Conde de Villanueva. Es la mejor de las fuentes públicas, y hace honor al gusto y generosidad del patriótico ciudadano que la erigió, y es un ejem-



FUENTE DE LA INDIA

plo que algunos de nuestros millonarios, que sólo se preocupan de atesorar dinero sin miras al bien, deberían seguir, embelleciendo sus respectivas ciudades nativas. La hermosa avenida en que está situada forma parte del Parque de Isabel.

Al lado de la fuente está el Circo, al que se va por un pequeño paseo que empieza en el Prado;

y al lado opuesto del Campo de Marte se levanta la magnífica residencia particular, de hecho un palacio, de la familia de Aldama, que fué uno de los cubanos más ricos, propietario de los mejores ingenios de la Isla, confiscados por haber intervenido sus familiares en la rebelión hoy en progreso.

Dirigiéndonos ahora al Paseo de Tacón, pasamos por una bella y ancha calle, conocida por Calzada de la Reina, que se extiende desde el Campo de Marte hasta la Calzada de Belascoaín. La parte que es su continuación desde esta última calzada hasta el Castillo del Príncipe, lleva el nombre de Paseo de Tacón.

La ancha Calzada de la Reina se ve generalmente más concurrida que las otras calles al atardecer, aun cuando en algunas porciones de la misma sus edificios no son muy bellos. En su unión con el Paseo de Tacón, empieza una de las más bonitas vías de la ciudad, teniendo doble hilera de árboles, con un paseo para los peatones y un bello y ancho arroyo para los carruajes. Es el lugar de moda, por donde todas las tardes ruedan los más espléndidos trenes de los habaneros. A diferentes trechos del Paseo hay fuentes, estatuas y *glorietas;* y al atardecer, cuando se ve invadido de hermosas mujeres, elegantes carruajes, embellecido por las hileras de umbrosos árboles, ofrece una perspectiva enteramente encantadora.

El Marqués de Someruelos, durante su mando, hizo mucho para mejorar este paseo, erigiendo en 1802 la estatua de Carlos III, que se dice es la

obra de arte más bella de la Isla. Tacón también lo mejoró algo, y una de las columnas lleva inscripto su nombre. A la izquierda del Paseo está la estación del ferrocarril que va a los bonitos pueblos de Marianao y Puentes Grandes. A la derecha y casi al final del Paseo, se encuentra una bella portada enrejada que conduce a los hermosos jardines conocidos por *Jardín Botánico*, y al lado los también hermosos jardines donde está la residencia veraniega del capitán general, que se conoce con el nombre de Quinta de "Los Molinos". Son tan atrayentes e interesantes, que el extranjero, de disponer de tiempo, hará bien en visitarlos varias veces, tanto por la mañana como por la tarde, pues ofrecen más atracciones que cualquier otro lugar de la Habana. Aun durante el mediodía, cuando hacía demasiado calor para ir a ningún lado, frecuentemente me dirigía allí, seguro de encontrar un fresco, agradable y umbroso lugar en donde pasar las horas cálidas. Están abiertos día y noche y a todo el mundo se le permite entrar y pasear a través de sus hermosas sendas, sombreadas y rodeadas de las más exquisitas flores, plantas y árboles tropicales. Nada más delicioso, en una mañana o atardecer calurosos, que vagar por estos magníficos terrenos, que rivalizan por su belleza, exuberancia y novedad con cualquier jardín de los que tenemos en los Estados Unidos. El mejor plan para una visita es dejar el carruaje a la entrada del Jardín Botánico y ordenar al cochero que os espere a la entrada de la Quinta, que está algo

más arriba; y después que hayáis paseado por los jardines del primero, pasáis a los del capitán general, y cuando hayáis gozado de ellos, salís por la magnífica Avenida de Palmas que os conduce a la puerta de la residencia. En el Jardín Botánico hay ejemplares de casi todas las plantas tropicales; y en su centro un gran estanque de piedra, lleno de hermosos nenúfares. En medio del estanque se eleva una fuente rústica hecha de conchas.

Los jardines de la Quinta son algo mayores y contienen muy hermosos senderos, uno de los cuales, de unas cien yardas de extensión, es el más atrayente sendero de amor que un par de enamorados pudiera desear. Está formado con la planta que llaman *mar pacífico*, que se eleva a buena altura y lo cubren con flores de un color rosado, formando las hojas del arbusto un hermoso arco, verde y fragante, sobre la cabeza del paseante. Hay una fuente o cascada artificial, formada por las aguas de un pequeño arroyo que corren por rocas artificiales, formando debajo un estanque y, puede decirse, una poco atractiva caverna, siguien-



SENDERO ENTRE FLORES



AVENIDA DE PALMAS

do las aguas por un canal sobre cuya superficie están los botes de recreo de su Excelencia, y en cuyas orillas, sombreadas por las colgantes ramas de los árboles vagan algunas curiosas crías de patos. Hay también una o dos pajareras, llenas de palomas de diferentes clases. En el centro de los jardines se eleva la confortable casa del capitán general y algunos edificios anexos.

Impresionarán de manera pasmosa al visitante, como algo insuperablemente gracioso, soberbio y majestuoso, las avenidas de palmas. Puede, si lo desea, estudiar con provecho los árboles del coco y el plátano, que abundan mucho en los jardines. Todo aquel lugar sería perfecto como jardín, si no fuera por la vía de ferrocarril que lo cruza por el centro y por el ruido de los trenes al pasar, que de tiempo en tiempo suena de manera nada armoniosa en los oídos, mientras uno vaga placenteramente por aquel sitio de fragante y quieta poesía.

A los jardines se les da diferentes nombres, como puede verse por los letreros situados en varios lugares, que rezan: Jardín de San Antonio, de la Reina, Bosque de la Princesa, etc. En todo tiempo se ven en los jardines guardias militares. Era costumbre de los capitanes generales pasar allí los veranos; pero habiéndose asegurado que el lugar no era sano, han dejado de ocuparlo últimamente, pasando el verano los gobernadores en Marianao o Puentes Grandes. Sea sano o no, es un hermoso sitio para el extranjero que visita la Habana en invierno, merecedor de que pase en él

ratos agradables, vagando por sus umbrosos senderos con alguna señora amiga, o fumando su fragante habano bajo las majestuosas palmas.

En estos jardines, si el viajero está ansioso de ejercicio, puede subir hasta el fuerte que está en lo alto de la loma conocida por el "Príncipe",



CONTINUACION DEL PASEO DE TACON

desde donde obtendrá una buena vista de los contornos, contando desde luego con que el centinela le permita pasar. El castillo es pequeño y algo antiguo, habiendo sido construido en 1763 para la protección del pueblo y bahía de la Chorrera.

Debo advertir que merece el trabajo de subir hasta lo alto del monte, pues se obtiene una espléndida vista de la ciudad.

Dejando la Quinta, tenemos ahora una muy

bonita vista de la continuación del Paseo, con sus hileras de árboles que lo sombrean tan bellamente y que han alcanzado tan exuberante desarrollo que hacen de este lugar uno de los más encantadores, preferido con razón por los habaneros para pasear por las tardes.

Doblando por una bella y ancha avenida conocida por la "Calzada de la Infanta", llegamos a una larga y hermosa calle llamada "El Cerro", que nos conduce al pequeño poblado de este nombre.

Tiene la calle unas tres millas de extensión, y a ambos lados se levantan las hermosas y confortables residencias de la clase elegante y adinerada donde pasan por lo menos el verano.

Hay aquí ancho campo para estudiar la arquitectura tropical, encontrándose raramente dos casas iguales, aun cuando todas obedezcan a un mismo plan general, muy diferente desde luego de nuestras ideas de comodidad, y no obstante el mejor plan, probablemente, que puede adoptarse en este clima.

No sólo en el Cerro, sino en todas partes, al extranjero le admiran las peculiaridades de la arquitectura cubana, con sus ventanas enormes, sin el menor cristal, pero dotadas de fuertes rejas de hierro, de un solo piso, con entradas tremendas y sólidas puertas claveteadas, muchas de ellas con adornos de bronce y todas como si hubieran sido construidas para poder resistir un ataque.

En el Cerro las casas tienen una apariencia algo modernizada, con las cocheras en su parte

trasera, y al frente portales más elevados que el nivel de la calle. No es frecuente que las casas tengan pasillos, conduciendo directamente la entrada principal a largos y frescos vestíbulos, que son en realidad habitaciones y como tal amueblados, dotados de pisos de losas de mármol y unidos con los cuartos por un pasaje abovedado. Estos vestíbulos se usan a menudo como comedores, refrescados siempre por la brisa que viene del patio o a través de la ancha *sala*, a la entrada. Toda la casa está desprovista de cortinajes y expuesta a la curiosidad de los transeuntes. Los techos son excepcionalmente altos, y las casas, sin excepción, tienen en su interior un *patio*, que aun en los días más calurosos proporciona algún aire.

Este *patio*, en las ciudades, rinde los beneficios de nuestros jardines. Todas las habitaciones dan al mismo; y en las casas que tienen un segundo piso, una galería rodea el patio, dotada de persianas o de toldos de colores para la protección de los rayos solares.

Esto asegura una libre circulación de aire, un lugar umbroso donde sentarse o pasear, y muy a menudo, cuando el *patio* está adornado con flores, fuentes y aun con naranjos, granados o reseda, constituyen un lugar encantador en el cual se puede soñar en las horas de ocio, o coquetear desesperadamente con *las bonitas señoras*.

En la vecindad del Cerro hay gran número de hermosas residencias llamadas "Quintas", las cuales el extranjero tiene generalmente ocasión de ins-

peccionar poniéndose de "acuerdo" con el jardinero o portero, especialmente si la familia se halla ausente.

El encantador lugar sito a la derecha del Cerro, antes conocido por la "Quinta del Obispo", hoy residencia del conde de Peñalver, es uno de los más atractivos. Es digna de verse su soberbia avenida



CACTUS GIGANTE

de mangos, cuyo fruto es considerado como el más delicioso de la Isla. Son también dignos de admirarse los magníficos ejemplares de cactus, que en Cuba alcanzan un tamaño inmenso y tienen gran resistencia para una planta de su clase, al extremo que algunas de sus ramas pueden sostener un hombre sentado en ellas. En los fosos que rodean la Habana se ven otros ejemplares que a veces

ofrecen una extraña apariencia, debido a las grandes cantidades de fino polvo que se acumula en ellas.

A la vuelta, pasamos por la Calzada de Galiano, una de las mejores calles de la ciudad, que siempre nos ofrece nuevos encantos con sus anchos y columnados pórticos y su regular arquitectura, sin decir nada de su animación constante.

En la esquina que forman las calles de Aguiar y Empedrado, está la estación de los tranvias que pasan por las mejores partes de la ciudad hasta el Cerro. Subiendo a uno de ellos, por veinte centavos, el extranjero puede darse el gusto de un grato recorrido, viéndolo todo a su placer. Los tranvías salen cada cinco minutos, se mueven aprisa y nunca van llenos de gente.



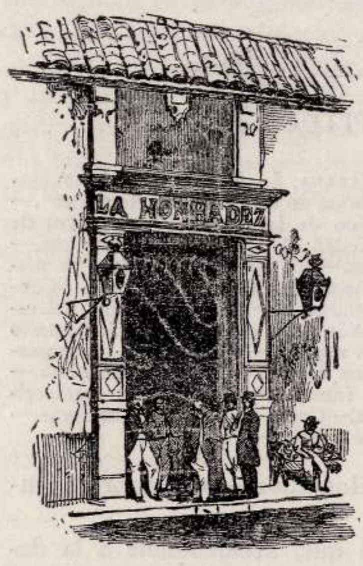
CAPITULO X

MANUFACTURAS DE LA HABANA, LA HONRADEZ, ESTABLECIMIENTOS, ETC.—La fábrica de tabacos "La Honradez".—Importancia y extensión de la misma.—Amabilidad de los propietarios.—Variedad de aplicaciones mecánicas.—Fabricación de cigarros.—Los operarios chinos.—Su maravillosa habilidad.—Aspecto curioso que ofrecen.—Cantidad de cigarros que elaboran.—Perfecto sistema del establecimiento.—Impresión de autógrafos.—Comentario de W. H. Seward en el registro.—Recuerdo de los propietarios.—Como se lía un cigarro.—Tenacitas de plata.—Las señoras cubanas fuman cigarros.—Otros establecimientos de la Habana.—Como se hacen las compras.—Abanicos.—Prendas de vestir.—Precios, etc.

QUE significa La Honradez?—preguntará el curioso lector.

A esto contestaré que, ateniéndome a la definición de la palabra, significa lo que en inglés llamamos "Honesty", pero que su especial significación, con el artículo "La", constituye el nombre de la más curiosa e interesante fábrica de la Habana. ¿Fábrica de qué? Simplemente de cigarros de papel, tan universalmente fumados en cada país hispano.

A donde quiera que se vaya en Cuba, se encuentra el cigarro, con más frecuencia que el tabaco. En los tranvías, durante los entreactos de las funciones de ópera, en los labios de bonitas mujeres, entre plato y plato de las comidas, y aun en los portales de las iglesias, encuentra uno el delicado y fragante cigarro de papel.



"LA HONRADEZ"

Que no se imagine el viajero, por lo tanto, que ha *visto* la Habana si la abandona sin antes visitar el lugar donde se elabora esta peculiar institución del país, tan bien conocida como el palacio del gobernador, con el nombre de "Real e Imperial Factoría de La Honradez".

Este establecimiento ocupa una manzana entera, de Cuba a San Ignacio, esquina a Sol, y por su general disposición, la inteligente manera en que sus negocios se conducen y el gran espíritu emprendedor de sus propietarios, haría honor aun a los yanquis.

Entrando en el edificio por la calle de San Ignacio, se encuentra uno en las oficina y escritorios del establecimiento, dispuestos de manera genuinamente comercial, siendo recibido por un cortés conserje cuya ocupación consiste en mostrar todas las dependencias al extranjero. Se le pide a éste que estampe su nombre en un libro dedicado a tal objeto, y casi tan grande como el registro de un hotel. Después de haber recorrido la fábrica, se le suplica haga las observaciones que estime oportunas con respecto al método y peculiaridades de la casa, de acuerdo con las impresiones recibidas.

Las oficinas se comunican con las otras dependencias por medio de un telégrafo de muy simple operación, de manera que no hay pérdida de tiempo en un ir y venir para la transmisión de las órdenes.

De las oficinas se os conduce a la carpintería, donde se hacen todas las cajas, barriles, etc., en las que se envasa el material elaborado, sean cigarrillos o tabacos o picadura. El salón bajo contiene máquinas destinadas a varios objetos; la más original es quizás la prensa para estampar marcas sobre la madera, que en vez de imprimir por medio del fuego, lo hace por un ingenioso procedimiento que da una mejor impresión, sin la tosquedad e imperfección del hierro de marcar, a la vez que se logra una operación mucho más rápida.

El departamento de barriles es muy curioso. Se dobla la madera de los barriles por medio del vapor, con gran rapidez y en gran número a la

vez, quedando las maderas tan bien ajustadas, que no permiten el paso de aire ni de agua.

La máquina para cortar la *picadura*, el fino tabaco usado para los cigarros, y la prensa hidráulica para comprimir la picadura para la exportación, en paquetes tan sólidos como la madera, son dignos de verse en operación.

En el piso segundo hay una completa imprenta y litografía, dedicadas constantemente a los trabajos de la fábrica, imprimiendo circulares, etiquetas, vistas del establecimiento, envolturas y millones de bellas, coloreadas y artísticamente dibujadas cajetillas que contienen cigarros en número de veinticinco.

En el departamento de litografía, dibujo y grabado, encontré lo que nunca vi antes en ningún otro establecimiento, y que se me aseguró es algo completamente nuevo: el proceso de dibujar en la piedra por la acción química y mecánica. El aparato se conoce con el nombre de "Maquina magneto-eléctrica", inventada por un francés, M. E. Gaiffe, que mereció ser premiada en la Exposición Universal y en otras. Esta máquina, cuyo principal agente es la electricidad, es la primera que prácticamente se ha puesto en uso en esta clase de industria, desde los días en que Franklyn descubrió la electricidad. Se basa en el principio de la interrupción de las corrientes por una tinta aisladora de que está compuesta el dibujo de la matriz. Por una moción circular, a la vez de la superficie que ha de ser grabada y del grabador,

y con el auxilio de un magneto eléctrico con una punta de diamante se obtiene un dibujo completo y perfecto, sin necesidad de ningún trabajo humano.

La especial ventaja de la máquina está en que,



MAQUINA MAGNETO ELECTRICA, PARA GRABAR

en lo sucesivo, el dibujante estará en condiciones de grabar sus trabajos sin necesidad de recurrir al auxilio de un grabador o litógrafo, quienes, a menudo, al copiar el original, no pueden reproducir el estilo peculiar del artista; en tanto que

con esta invención, una vez hecho el dibujo por el artista, la máquina, con el fluído eléctrico, actúa en lugar de su mano, aun cuando el trabajo es hecho por él.

El número de modelos de cajetillas para los cigarros es extraordinario, de dos a tres mil, muchos de ellos con hermosos dibujos. Pero el departamento más interesante para mí, fué aquel en que se hacen los cigarros, trabajo ejecutado por chinos. Cada operario tiene una pequeña tabla, en la cual llena, dobla, cuenta y hace paquetes de cigarrillos; y es maravilloso ver la facilidad y rapidez que adquiere después de una larga práctica en la elaboración.

Observé los movimientos de uno cuyo trabajo consistía en poner veinticinco cigarros en cada cajetilla, tal como luego se expende y al parecer lo hacía sin contarlos, y con todo, por el simple tacto de sus dedos podía decir si había uno o dos más o menos, con sorprendente exactitud. El conserje me informó que nunca o muy raramente se equivocan. Es curioso ver esos asiáticos, con sus trajes azules parecidos a los de los presidiarios, algunos con las cabezas completamente rapadas, otros con sus trenzas enroscadas hacia arriba, en tanto que los menos cuidadosos, dejan que les crezca el pelo que ofrece el aspecto de un gran cepillo negro. Todos, sin embargo, tienen una apariencia de escrupulosa limpieza en sus cuerpos e indumentaria, en cumplimiento a las reglas del establecimiento. Los dormitorios que ocupan son un modelo de

limpieza y buen orden. Cada operario dispone de un catre, con sábanas y almohadas de nítida apariencia; y todo cuanto contienen las habitaciones se exige que tenga la mayor limpieza posible. En estos dormitorios pueden verse los más curiosos objetos de la vida y costumbres chinas: instrumentos musicales de varias clases, tableros para juegos (a los que son muy aficionados), etc. A todos los trabajadores se les exige lleven una gorra especial, con el nombre de la factoría sobre una cinta. Todo el establecimiento está sujeto a cierto grado de precisión y sistema militar verdaderamente notable. Para los chinos, que son operarios contratados por los propietarios, rige un sistema de castigos en forma de multas, siendo las más severas las que se aplican a los fumadores de opio, pues alcanza la respetable suma de diez y siete pesos por cada infracción, y a los que juegan por interés, en cuyo caso se les confisca todo su capital. El importe de las multas se invierte en billetes de lotería, que de salir premiados se dedica la suma en beneficio de los operarios chinos en general.



CHINO HACIENDO CIGARROS

Hay un sereno, cuya única ocupación consiste en visitar cada hora, durante la noche, todos los

departamentos del establecimiento; y para tener la seguridad de que cumple su cometido, existe un reloj, que se comunica por telégrafo con todos los departamentos, y al entrar en éstos, el sereno debe tocar un botón conectado con dicho reloj, en el que se registra la llamada. Hay también un curioso aparato para apagar incendios, al que se da el nombre de *el aniquilador.* Consiste en una máquina sencilla, con un receptáculo herméticamente cerrado, de capacidad variable, lleno de agua saturada de ácido carbónico, cargada hasta el máximo, de una pipa a la que está unida un tubo elástico de goma, y en el fondo una llave perfectamente ajustada. La alta presión del agua hace que se descargue automáticamente en el momento que se da vuelta a la llave, con tal fuerza, que extingue el fuego tanto por su proyección como por sus esenciales cualidades de agua y gas.

Se estima que la producción diaria, por término medio, es de 2,532,000 cigarrillos, que se exportan a todas las partes del mundo, en condiciones de satisfacer los gustos de toda clase de fumadores, ya que el papel usado es de diversas clases: de arroz o café, pectoral, perfumado, de maíz, etc. El departamento de recepción y examen es el más interesante. Allí, una vez elaborados los cigarros, se colocan en grandes y redondos paquetes, siendo examinados, marcados y colocados en barriles o apilados en grandes cantidades, en espera de que se disponga luego de ellos para atender las constantes y crecientes demandas.

Los operarios empleados en la fábrica para hacer estos aparentamente pequeños objetos llamados cigarros, no son los únicos, pues además hay unos quinientos soldados de la guarnición de la Habana,



EMPAQUETANDO LOS CIGARROS

que en sus ratos de ocio recurren a la elaboración de cigarrillos para obtener una adición a su escasa paga. Por otra parte, casi cada portero de cada casa dedica sus largas horas de holgar en los zaguanes a idéntica elaboración de cigarros, para adquirir un poco más *dinero*.

También elabora dicha casa tabacos y su rapé, a lo que creo, tiene gran reputación; pero en cuanto a este último, no doy voto de calidad, pues debería responder con un "No" a la siguiente poética cuestión formulada por un tomador de rapé:



«Knows he, that never took a pinch,
Nosey, the pleasure thence which flows?
Knows he the titillating joys,
Which my nose knows?
O nose! I am as proud of thee
As any mountain of its snows;
I gaze on thee, and feel that pride
A Roman knows» (1).

No he numerado ni la mitad de las atracciones de este lugar que deben ser vistas para apreciarlas. En la actualidad, nadie que visite la Habana deja de ir a "La Honradez", propiedad de los señores Susini y Hermanos, que son caballeros muy afables, corteses y afortunados en su empresa. Tengo entendido que está señalado un día dado para que visite el establecimiento el público en general; pero los extranjeros son siempre bien recibidos y cortésmente se les permite recorrer la fábrica, mereciendo especialmente las señoras la mayor atención por parte de los galantes propietarios.

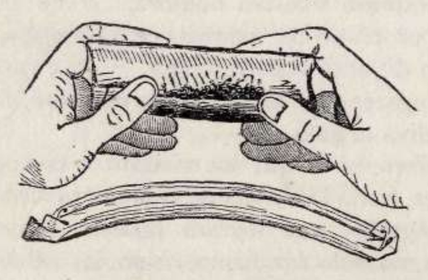
(1) *«¿Conoce el que nunca tomó un polvo (de rapé),—el placer que de él fluye?—¿Conoce los titilantes goces—que mi nariz conoce?—¡Oh, nariz! Estoy de ti tan orgulloso,—como cualquier monte de sus nieves;—te contemplo, y siento el orgullo—que un romano conoce».*

Al finalizar la visita se os pide escribáis en el registro vuestra opinión respecto al establecimiento, en la parte opuesta a donde habéis antes estampado el nombre; y os veis agradablemente sorprendido cuando os ofrecen un paquete de cigarrillos, con una artística envoltura sobre la cual se ha impreso vuestro nombre, "como recuerdo" de los propietarios, paquete e impresión que se hicieron durante vuestra visita. Este es uno de los pocos lugares que se considera ofensivo el ofrecer una dádiva al guía.

El libro en el que los visitantes estampan sus nombres, haría la delicia de cualquier coleccionador de autógrafos que lograra poseerlo, pues en él constan no sólo las firmas, sino las opiniones de algunas de las más altas personalidades de todas las partes del mundo, distinguidas en la guerra, arte, literatura y ciencia. Algunos son casi divertidos en el tenor de sus impresiones, manifestando los franceses y españoles una gran "pomposidad" de expresión, en tanto que las personas de nuestra nacionalidad se muestran llanos y prácticos. La impresión formulada por el Honorable W. H. Seward, que fué nuestro Secretario de Estado, cuando visitó el establecimiento hace algunos años, es feliz en su práctico vuelo de fantasía, y reza así: "Estoy profundamente impresionado por la afortunada manera en que el propietario ha combinado la producción de las *Antillas* con la invención *americana*, el talento *europeo* y la industria *asiática*".

Son altamente divertidos los intentos de un

novicio al querer liar y fumar un cigarrillo. Prepararlo y envolverlo es casi un arte, y los más hábiles en practicarlo son las *señoritas*, con sus delicadas manos, aun cuando todos los cubanos son expertos en él. En beneficio de los no iniciados, damos el siguiente método para liar un cigarro.



COMO SE LIA UN CIGARRO

Los lados largos del papel se vuelven hacia atrás, teniendo cuidado de extender bien los extremos antes de hacerlo; para envolver firmemente y bien, los pulgares y los índices deben estar en la posición que aparece en el grabado. En seguida, con una ligera presión sobre el rollo con los pulgares, en dirección a los índices, que permanecen quietos, el cigarro queda firmemente liado, y apretando algo en el centro y doblando el papel en los extremos perfectamente firme y en disposición de fumarse, llevándose a los labios de ùna manera delicada con el pulgar y el índice solamente. Es casi risible ver lo mucho que uno tarda en adquirir destreza para liar un cigarro, y muchos por mi parte he desperdiciado antes de poder fumar uno.

Los cubanos, tanto hombres como mujeres, son muy graciosos en sus movimientos al liar un cigarro y podéis deducir si se trata de una persona bien educada por la manera como maneja su cigarro, del mismo modo que lo deducís por el modo como se quita los guantes. Los más elegantes usan lo que se llama unas *tenacitas*, hechas de plata u oro y de muy gracioso dibujo y forma; un extremo con pequeñas agarraderas que aprisionan el cigarro y el otro con un anillo que se coloca en el dedo. Es útil a la vez que ornamental, pues con ellas evitáis manchar los dedos o estropear los guantes, lo que en estos días de "Bajous" a dos pesos es cosa seria.



TENACITAS PARA CIGARROS

No es mi deseo sugestionar a mis lectoras cuando digo que la mayoría de las señoras cubanas, sino en su totalidad, fuman cigarrillos. Unas lo hacen frecuentemente, otras un *poquito;* y es casi una obligación, si viajáis con señoras en un vagón de ferrocarril, presentarles vuestra *cajilla* de cigarrillos, en la seguridad de que las de más edad aceptarán el ofrecimiento con un cortés:

—*Gracias, señor.*

En nuestro país, y en ocasión de grandes comidas, algunos, afectando imitar costumbres cubanas, resultan realmente divertidos. Me refiero a la moda de fumar cigarrillos entre plato y plato;

moda que estoy seguro sólo puede tener su origen en el cerebro de un comilón de club, que nunca visitó a Cuba.

Es costumbre en Cuba servir, junto con el queso y la jalea (que se comen a la vez), los cigarros, e inmediatamente el café, que finaliza la comida, encendiéndose entonces aquéllos; pero en ningún tiempo ni lugar, durante mi estancia allí, he visto que nadie fumara al terminar un plato y en espera del otro.

La fábrica antes citada es la única acreedora a una visita particular; pero hay en la Habana otros grandes establecimientos dedicados a la manufactura de diversos artículos que se venden en las tiendas, a la vez que están bien representadas las diferentes ramas de los oficios mecánicos. Carpinteros y toneleros encuentran siempre abundante trabajo en los grandes talleres dedicados a la construcción de cajas y toneles para envasar el azúcar. Por otra parte, la edificación es continua.

Es una extensa industria la dedicada a la construcción de carruajes, aunque se limita principalmente a la de volantas, quitrines y victorias necesarias al propio mercado. Muchos de los mejores y soberbios carruajes y carriolas que se ven han sido fabricados en los Estados Unidos. Los quitrines y volantas no son baratos, costando cada uno quinientos pesos o más, durando, en servicio regular, de ocho a diez años. Los que se usan para alquilar, de inferior calidad, sólo cuestan dos o trescientos pesos, y no duran más de dos a cuatro años.

En esta ciudad, donde tanto se admira la ostentación en los carruajes, resulta una industria provechosa la de la fabricación de arneses. He pasado largas horas examinando algunos de los lujosos arreos puestos a la venta. Son sorprendentemente ricos en puntadas, hebillas de plata y cascabeles, y hay monturas de una gran fantasía.

La mayor parte de los zapateros creo que son franceses. Abundan las buenas zapaterías y se hace un calzado de bella apariencia. Los destinados al uso diario son muy durables y propios para la Isla. Con todo, se importa gran número de zapatos de los Estados Unidos.

La Habana es particularmente notable por sus establecimientos de joyería y platería, siendo los más atractivos, con sus espléndidos escaparates de cristales, llenos de *bijouterie*, y anaqueles con hermosos objetos de plata, todo a la vista del transeunte.

Objetos de ferretería, armas, etc., generalmente se importan de Inglaterra y algo de los Estados Unidos, no fabricándose ninguno de dichos artículos en Cuba. En cambio, se fabrican todos los fósforos necesarios al consumo.

Los pequeños oficios están bien representados. Abundan los talleres de confección de ropa masculina y femenina, de sombreros, perfumes, flores artificiales y muebles. Se me asegura que los talleres de *modistas* están por entero en manos de mujeres francesas.

El sistema de compras aquí es muy distinto

del que se usa en casi todos los otros lugares. Existe la costumbre, principalmente entre los establecimientos dedicados a la venta de géneros de vestir, de mandar éstos a las casas de sus clientes. Esto es muy cómodo para las señoras que residen en los hoteles, particularmente si no hablan español. Muchos de los establecimientos tienen dependientes que hablan inglés, que envían al hotel y que son muy corteses y complacientes.

Por otra parte, las señoras que van de compras en la Habana, muy raramente abandonan sus volantas para entrar en las tiendas, sino que esperan a que les traigan los artículos al coche. Generalmente dedican las primeras horas de la mañana o las del atardecer para esa clase de excursiones.

Las señoras extranjeras generalmente hallan placer en recorrer los establecimientos y examinar los artículos en venta; pero conviene que lo hagan escoltadas por caballeros o señoras de alguna edad, pues, siento decirlo, las maneras de los habaneros con respecto a las señoras solas, no son todo lo respetuosas que debieran ser, permitiéndose, en algunas ocasiones, actuar de manera grosera e insolente. Este proceder les ha valido a veces una severa lección por parte de algunas de nuestras mujeres más decididas.

Conozco el caso de una señora americana de buena complexión y gran belleza. Estaba sentada en la volanta, en tanto su compañero había entrado a comprar en un establecimiento, cuando un *caballero* se paró y la saludó, al mismo tiempo que

con gran familiaridad, avanzando, trataba de coger una de las flores que ella tenía en la mano. Asustada, pero a la vez indignada, rápida como el pensamiento, dejó caer su mano sobre el rostro del joven, que, retrocediendo, se inclinó para recoger su sombrero caído, pronunciando algunos *carambas* y *c*.. .., que interrumpió la oportuna llegada del acompañante de la dama.

Es oportuno advertir a los extranjeros que van de compras, que los vendedores tienen la costumbre de pedir por los objetos más de lo que esperan obtener, y por lo tanto no es prudente pagar lo que piden.

—¿Cuánto vale este sombrero?—pregunté una vez.

—Seis pesos. Muy barato.

—¡Cáspita!—(dando un largo silbido).—Le doy tres.

—No puedo, señor; a mí me costó cerca de seis; sin embargo, se lo doy en cinco.

—No pago más de tres y medio—digo avanzando hacia la puerta.

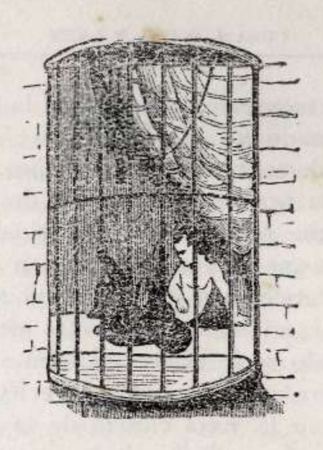
—Deme cuatro, señor; es el último precio—dice con expresión de sinceridad.

Convencido, adquiero el sombrero.

La Habana es notable por la elegancia de los abanicos y la belleza de cierta clase de linón y organdie y particularmente el tejido llamado *piña* que por la brillantez de color y ligereza de textura, sólo puede compararse con las alas de las mariposas. Al comprar cualquiera de estos géneros para el

corte de un vestido, quizás parezcan baratos; pero no hay que olvidar que la *vara* cubana es casi tres pulgadas más corta que la yarda inglesa.

Siempre visité con gusto las librerías de la Habana. En algunas de ellas se encuentra un completo surtido de libros, especialmente en libros extranjeros, revistas ilustradas, etc.



CAPITULO XI

ESPECTACULOS CALLEJEROS.—Novedad de las calles de la Habana.—Su estrechez.—Toldos.—Puestos de venta en las calles.—Letreros extravagantes.—Animación a ciertas horas.—Calle Obispo.—Burros pequeños con grandes alforjas.—El vendedor de pollos.—El lechero.—El campesino.—Mujeres negras.—El dulcero.—Simplicidad en el vestido de los niños.—Chinos vendedores de cacharros.—Billetes de lotería.— El juego de lotería del gobierno.—Perniciosos resultados.—El panadero, etc.

EL mayor encanto para el viajero procedente de los Estados Unidos estriba en la apariencia de las cosas y costumbres, tan completamente distinta de lo que está acostumbrado a ver. Al desembarcar en la Habana, con la mente llena de las visiones de la vida hispana tal como la describen Irving en *Alhambra* y *Granada* o Prescott en sus obras, empieza ya a sentir el placer de observar, con sus propios ojos, aquellas peculiaridades en las casas, el clima y pueblo descritos por aquellos autores.

Desde el momento que entra en la bahía de la Habana, cuando ve la ciudad ante él, con los singulares colores, estructuras y estilos de sus murallas, con la ocasional apariencia de una palma o cocotero que ponen una nota típica al espectáculo, hasta que vuelve la espalda a los montes llenos de cafetales o a los valles cubiertos de cañaverales, experimenta el encanto de lo nuevo, que a menudo se le ofrece en formas chocantes.

Lo primero que impresiona al recién llegado en sus paseos por la vieja ciudad de la Habana, es la solidez de los edificios y la estrechez de las calles. La poca anchura de las aceras le causará al principio considerable molestia, al tener que bajarse a veces al fangoso arroyo para ceder el

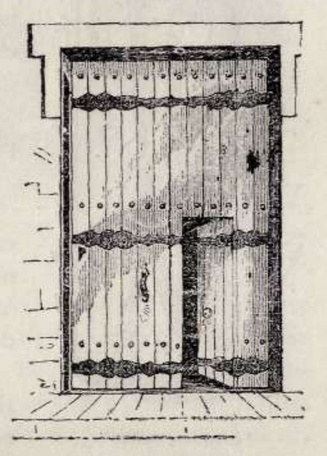


ACCIDENTE CALLEJERO

paso al transeunte que "lleva su derecha", conforme la "ley" determina; o cuando disgustado por el continuo subir y bajar la acera, determina ir por el centro de la calle y de pronto siente sus costi-

llas golpeadas por las varas de alguna volanta, cuyo conductor se ha detenido tan a tiempo que evita pasar sobre vosotros.

Luego las casas, raramente de más de un piso, nunca de más de dos, con sus colosales puertas y ventanas, de las que veis, si la puerta está abierta, una hermosa escalera de peldaños de piedra que conducen a la parte alta, las paredes pintadas alegremente de blanco y azul, o amarillo; el zaguán ocupado por un vistoso quitrín o quizás un lujoso carruaje; y según las posibilidades de la familia, ocupando ésta toda la casa o sólo el piso alto, alquilando la parte baja, utilizada probablemente como almacén. Observad ahora la puerta inmensa de una gran mansión. Está cerrada, pero mirad como resplandecen sus decoraciones de bronce, aldabas, bisagras, planchas, o los clavos de ancha cabeza dorada, de que está tachonada, con brillantes asideros en las sólidas hojas, todo lo cual contribuye a darle una "formidable" apariencia.



PUERTA DE CASA CUBANA

Y luego, la ausencia de las "adorables criaturas" cuyos pequeños pies y bellas figuras tenemos la

costumbre de ver tan constantemente en nuestras calles. Me temo que sólo aquí, donde las señoras jamás caminan por las calles, empezamos a apreciar la gracia y el encanto de las bellas transeuntes en nuestro país. Teniendo esto en cuenta, no es de maravillarse que un americano, con su carácter atrevido, siga el ejemplo del galante y orgulloso español, cuando ve un par de bellos ojos atisbándole detrás de las cortinas de una enrejada ventana, exclamando en caballeresca galantería:



"GRACIAS, SEÑOR"

—Señorita, le beso los pies.

O bien le diga:

—El sorprendente encanto de sus ojos, señorita, no me permiten pasar sin antes rendirle mi homenaje de admiración.

Y de seguro que se sentirá reconocido si se ve recompensado, como casi siempre lo es, con la brillante mirada de la damisela de negro pelo, que, con graciosa sonrisa exclama, en pago de lo que considera un debido tributo:

—*Gracias, señor.*

He aquí ahora un contraste. Observad este negro fornido, con su ridícula carretilla, de tan

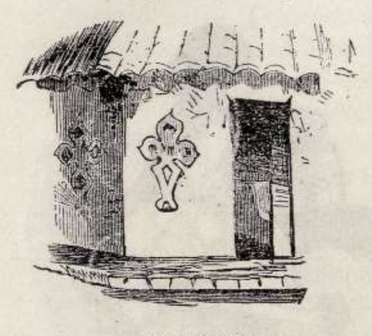
primitiva construcción que parece de los tiempos prehistóricos. El negro mismo, con la cabeza descubierta, y tan poca ropa como la que le permite la ley (si es que existe una ley sobre la materia), consistente en unos ripiados pantalones y parte de una camisa.



EL CONTRASTE

Nos hallamos en la animada calle de O'Reilly, que, cual las de Obispo y Ricla, jamás uno se cansa de recorrer. Ni por un momento os imaginéis, si deseáis encontrar un determinado establecimiento, que debéis preguntar por la tienda del señor Pérez o del señor López. ¡Oh, no, *amigo mío!* Los comerciantes no operan bajo su razón social, sino que, al igual que si se tratara de un hotel, inventan un nombre que sea único, expresivo o de fácil recordación. Como consecuencia, veréis los letreros de "Las Ninfas", "El Espejo", "La Pequeña Isabel", "La Cruz Verde" (este último con una gran cruz de Malta pintada en la esquina del establecimiento) y centenares de otros con tan chocantes, curiosos y expresivos nombres.

Contemplad ahora la calle en este cálido día de febrero. Ved los toldos de todos colores, tendidos al través de la vía y cubriéndola en toda su extensión, para proteger vuestras cabezas de los ardientes rayos solares; las hermosas vidrieras y los establecimientos mismos con sus mostradores casi sobre la calle, todo recordándonos las descripciones de bazares orientales. Las personas bien vestidas, en medio de las muchas que van sin saco, muestran la apariencia, en tierra civilizada, del principal trabajo de los sastres.



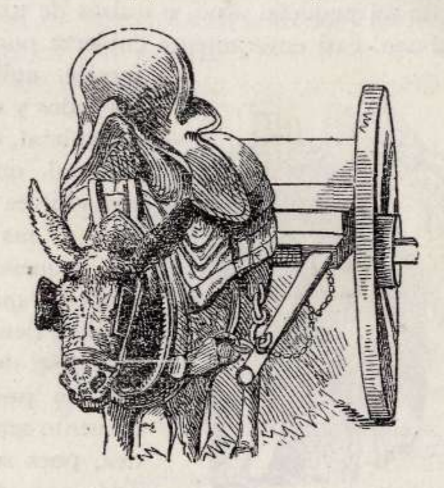
"LA CRUZ VERDE"

Cuando más descuidados estáis contemplando la escena, oís gritar a vuestra espalda:

—*¡Cuidado, cuidado!*

Dais un salto de lado, ante el temor de que ha llegado vuestra última hora, y os sentís convulsionado de risa ante la causa de la alarma, que no es otra cosa que un pequeño asno que arrastra un gran carretón. En el lomo del animal hay apiladas quizás una docena de frazadas dobladas y encima de éstas una silla, lo bastante grande y pesada para contener un coracero francés. ¡Pobre pequeño diablo! Lleva doble carga de la que debiera, pero el infeliz animal la arrastra como si

no la sintiera. Al doblar la esquina, repentinamente nos vemos echados atrás por una muchacha negra, con un niño blanco en brazos, que lo lleva a tomar el fresco, y con la más *fresca* indumenta-



CARRETON TIRADO POR UN BURRO

ria, que consiste únicamente del cabello que usualmente se encuentra en la cabeza de los niños, lo que quizás el recién llegado creerá es demasiada frescura para las vías públicas de una ciudad como la Habana. *N'importe*, mi amigo: usted se irá acostumbrando a cosas peores que esa insignificante *cosa de Cuba* antes de que abandone la Isla.

—¡Eh! ¿Qué es eso que está al extremo de esta estrecha calle por la que estamos pasando?

Esto os preguntaréis al ver a cierta distancia

la calle completamente obstruida por una masa de verdes vegetales, que avanza hacia vosotros sin que al parecer nadie la conduzca. Sin embargo, cuando la tenéis bastante cerca, descubrís la larga cabeza de un pequeño asno, o quizás de un caballejo cubano, casi enteramente cubierta por verde forraje, apilado a los lados y encima del animal, de manera tal, que sólo son visibles la cabeza y las patas del pequeño cuadrúpedo, quien ni siquiera tiene la satisfacción de mascar un poco del alimento que le rodea, pues su boca está cerrada con un curioso bozal en forma de malla.



DESAGRADABLE COMPRESION

El forraje constituye, con el maíz, el único alimento de los caballos en la Habana, que se transporta de las cercanías a lomo de mulas, algunas veces diez o doce en número, atadas unas a otras por la cabeza y la cola, cual una ensarta de cuentas. No se cultiva la avena, ni granos de ninguna clase en la Isla, excepto el maíz indiano, que crece por doquier y cuyos tallos, junto con los tiernos remates de las cañas de azúcar, constituyen el único alimento de los caballos.

En las tempranas horas de la mañana os encontraréis con otro individuo que va voceando.

—*¡Leche, leche!*

Veréis que lleva el precioso líquido en inmensos tinajones de lata, colocados en los cestos de paja o de palma que penden a los lados del caballo. Con el calor del sol y la constante moción, no es



CONDUCIENDO LA LECHE

de extrañar se convierta pronto la leche en mantequilla, o que se corte, siendo en este estado como generalmente se usa.

Oiréis un peculiar repiqueteo, como si alguien golpeara sobre cacharros, y no tardaréis en ver que procede de las manos de un peripatético chino, que convierte la calle en mercado de sus objetos de loza. Probablemente se trata de un pobre diablo que después de haber trabajado como *peón* o de estar empleado en un ingenio, siente la ambición de convertirse en comerciante, cesando en

su dura vida de *trabajador* en los cálidos cañaverales. Habiendo ahorrado algún dinero tras largas privaciones, o quizás acumulado su capital jugando con sus más inocentes y menos afortunados paisanos, empezó su comercio llevando un largo palo sobre sus hombros, de cuyos extremos



CHINO VENDEDOR DE LOZA

penden dos grandes y redondos cestos, llenos con loza de todas clases. Vestido con anchos y ligeros pantalones, una especie de blusa azul, tocada la cabeza con un sombrero de yarey y calzados los pies en zapatillas sin cordones ni tacones, ambula por las calles tratando de inducir a las prudentes amas de casa a que le compren algo, y no recurre

para ello a los dulces sonidos de su voz (que suena cual la de un guanajo), sino a la insinuante música de los cacharros mismos, emitida de modo y sonido peculiar por la media docena de platillos que lleva en su mano y que constantemente mueve de manera suave, haciendo que unos caigan sobre otros produciendo un vivo, continuo, alegre ruido que hará que la indolente ama de casa corra a la ventana si le hace falta algún objeto de los que vende el chino. No hay cuidado de que éste rompa los platillos en su constante ajetreo, pues esa gente goza justa fama de tener las manos ligeras.



EL VENDEDOR DE POLLOS

Nos llamará la atención los gritos de los vendedores de frutas, con su mercancía en los cestos que penden a los lados de los caballos.

—*¡Naranjas, naranjas dulces!...*

Por una *peseta* o menos podéis comprar una docena de las más grandes y jugosas; así como otras frutas del país. Aun cuando hay naranjas todo el año, abundan más en la primavera, a menos que, como sucede algunos años, escaseen por la acción destructora de un huracán.

Contemplad una curiosa escena: un vendedor de pollos, que marcha por la calle delante de vosotros, montado en su asno, con sus piernas, no a los lados, sino descansando sobre el lomo, en tanto su busto permanece enhiesto sobre los grandes y cuadrados cestos llenos de pollos, que trae del campo para su venta, sin miedo a que se le vayan, por impedirlo la red que los cubre. Los pollos sacan a veces la cabeza por entre la red, sin duda sorprendidos de que su dueño les regale con aquel *paseo* matinal.



LA VENDEDORA DE DULCES

Topamos ahora con una vendedora de *dulce*. Por regla general son mulatas de apariencia nítida, algo mejor vestidas que la mayor parte de las mujeres de color que se ven por las calles. Llevan un cesto en el brazo, o quizás sobre la cabeza, mientras que en sus manos sostienen una bandeja con toda clase de dulces, la mayor parte frutas del país confitadas, a las que son muy aficionados los cubanos.

Se pueden adquirir con toda confianza los dulces que venden esas mujeres, generalmente elaborados en casas particulares, como único medio de vida de toda una familia, cuyo jefe a menudo no tiene más propiedad que la vendedora morena.

Aquí tenemos otro personaje, esta vez un *Paisano* (1), tosco y robusto campesino, que probablemente posee un pequeño terreno de cinco o seis acres en las cercanías de la ciudad, donde cultiva



EL GUAJIRO VENDEDOR

un poco de todo, que el mismo se encarga de vender, teniendo sus clientes en las calles de extramuros. No es tan palurdo como aparenta, con su gran sombrero de paja parecido a una sombrilla. Tratad de burlaros de él en tanto le compráis sus naranjas y le hallaréis pronto a la réplica.

Otro personaje surge ahora, que no os impresionará tan agradablemente. ¿Habéis visto nada más

(1) En castellano en el original.—(*N. del T.*)

repugnante que esa mujerona negra, con un gran cesto lleno de ropa en la cabeza, un colosal tabaco entre sus abultados labios, que anda en chancletas arrastrando majestuosamente un impropio y desaliñado vestido, probablemente el único que tiene. Es libre, y como otras de su clase, suelta de boca, si le significáis desagrado por haber estropeado vuestras ropas que le habéis dado a lavar.

Podría seguir describiendo las innumerables cosas y los personajes que uno ve; pero lo dicho basta para dar una idea de las impresiones recibidas al lector que no haya estado aquí; y si viene, tendrá ocasión de ver tanto o más que le interesará. No debo olvidar, sin embargo, el más importante espectáculo callejero, sin hacer referencia al cual ninguna descripción de la Habana puede ser completa. Me refiero a los vendedores de billetes de lotería, de los que hay de todas clases y especies, de ambos sexos y de varias edades, que se encuentran por doquier: en los cafés, a la puerta de las iglesias, en los hoteles y en todo lugar de esparcimiento. De hecho, no dais un paso sin encontrar alguna de esa gente.

Puede afirmarse que la lotería es la maldición de los cubanos. Todos ellos, desde el de la clase más alta a la más baja, desde el niño que está en condiciones de andar (pues en este caso compran los billetes para él) hasta el anciano achacoso, hombre o mujer; el pobre, ignorante y sucio negro, y el blanco más atildado y elegante; la humilde lavandera y la indolente, rica y bella

señora; todos, todos están igualmente interesados en jugar a la lotería, de acuerdo con sus medios y al tenor del dinero que creen necesitar para dejar de trabajar, cometer alguna extravagancia o vivir en perenne fausto.

No cabe duda que esta general inclinación al juego tiene mucho que ver con la indiferencia e indolencia del pueblo hacia los altos propósitos de la vida. Los pocos pesos que las clases media y pobre salvan de la diaria subsistencia, todos se emplean en la lotería, en vez de ahorrarlos para futuras necesidades o para emplearlos en el aumento de las industrias. En este sentido, toda la comunidad está desmoralizada, y aun los extranjeros se sienten sugestionados al oír que fulano o mengano se sacaron un premio, o que tal casa comercial logró reponerse al obtener un premio de cincuenta o cien mil pesos.


RAMON

Aquí tenemos a Ramón, quizás más conocido que el capitán general, extraño y curioso enano, de una altura no mucho mayor de tres pies, bastante ancho de hombros y una cabeza notablemente grande, natural de Puerto Rico, según él mismo me informó, de cuarenta y cinco años de edad. Su cabeza es ya demasiado voluminosa para su cuerpo y se ve obligado a sostenerla llevando un bastón sobre su hombro, de la manera que veis en el grabado. El bastón le da una bélica apariencia y le sirve para soportar el cráneo, ya que no el cerebro. Tomado en conjunto, es casi un sujeto, aparte de ser una ilustración viviente del vendedor de billetes.

Pero no sólo personas como Ramón se dedican a este negocio. En adición a las mujeres suplicantes o los hombres gritones, os encontráis con el vendedor elegantemente vestido y de corteses maneras que os suplica le compréis el billete que os ofrece, asegurándoos que es precisamente el número que obtendrá el premio mayor. Si le pedís un número cualquiera, se pone los lentes y empieza a mirar los billetes que lleva, hasta que repentinamente se acuerda que precisamente acaba de "venderlo", y calurosamente os dice que no puede complaceros y se despide para ir en busca de un mejor comprador.

Imaginaos uno de estos ruidosos individuos, ambulando por las calles, gritando en altos tonos, de fuerte entonación nasal, estas palabras en la sonora y bella lengua de Castilla:

—*¡Lotería, lotería!* ¡Un buen número, el veinticinco mil novecientos cincuenta y uno!

La Lotería es una institución oficial, y produce al tesoro tanto como cualquier otro ramo rentístico, ya que ingresa en él la cuarta parte de su producto. La Hacienda emite anualmente unos quinientos mil billetes, a diez y siete pesos cada uno, en diez y nueve series, cada serie de veintisiete mil billetes. En cada sorteo, unos veinte al año, las tres cuartas partes del capital se distribuye entre los jugadores en las siguientes proporciones:

Un billete de	$100.000
,, ,, ,,	50.000
,, ,, ,,	30.000
,, ,, ,,	15.000
,, ,, ,,	10.000
Seis billetes de $2.000	12.000
Diez ,, ,, 1.000	10.000
Sesenta y dos billetes de $500	31.000
Ciento cincuenta y tres billetes $400	57.200

En el sorteo, que es público, se ponen veintisiete mil bolas, numeradas del uno al veintisiete mil, en un globo, y en otro, doscientas veintisiete bolas que representan los premios. Un niño va sacando las bolas del primer globo y otro las del segundo, diciendo los números en alta voz. Una vez sacadas las doscientas veintisiete bolas de los premios, termina la lotería.

Además de dichos premios, se consideran agraciados con seiscientos pesos los billetes que tienen

el número anterior y posterior del premio mayor de cien mil pesos, y con cuatro cientos pesos cada uno de los diez y seis billetes anteriores y posteriores a los premiados con cincuenta, treinta, quince y diez mil pesos.

Para que todo el mundo pueda jugar a la lotería, se ha subdividido cada billete en diez y seis partes, que se expenden a peso, y de ser premiado el billete, se paga proporcionalmente a cada fracción.


EL PANADERO

Los vendedores de billetes han de tener un permiso especial y se les obliga a llevar en lugar bien visible una divisa de latón.

Antes de entrar en el hotel, otra *cosa de Cuba* llama nuestra atención: es el *panadero*, quien nos suple del principal alimento, por cierto muy excelente. Puedo asegurar que durante todo el tiempo que estuve en Cuba, fuera en la ciudad o en el campo, jamás comí un pedazo de pan malo. El pan aquí no se hace en hogazas, como en nuestro país, sino en panecillos ligeros y bien cocidos.

El individuo que acompaña al panadero es el *mozo*, que se encarga de la distribución. A veces el mozo va solo, llevando su carga de panes, no como entre nosotros en una carretilla de mano, sino sobre su aparentemente insensible cráneo, mientras que de sus brazos penden saquitos hechos de hojas de palma, llenos de panecillos, que va distribuyendo en las casas.



EL MOZO



CAPITULO XII

LA HABANA DE NOCHE.—El anochecer en Cuba.—Mujeres cubanas, su espléndido cabello y gran tocado.—En el Paseo.—Perfumado olor de flores y plantas.—El *quitrín* y sus tres ocupantes.—La etiqueta en los paseos en coche.—Los cafés por la noche,—Vida social en los hogares cubanos.—Retreta en la Plaza de Armas.—Descripción de la misma.—Hermosas mujeres y sus maneras.—La Cortina de Valdés a la luz de la luna.—Un paseo marítimo por la bahía.—Luces fosforescentes.—La bahía a la luz lunar.—Visitas a los cafés.—El Teatro de Tacón por la noche.—El Parque de Isabel.—El Paseo a la luz de la luna.

Quand on fut toujours vertueux
On aime á voir lever l'aurore.
GOZLAN.

PARIS, ciudad del norte, debe verse a la luz de las antorchas y del gas, cuando luce *rouge*... "Desde el momento que se alumbra, parece como si sus habitantes comenzaran a vivir".

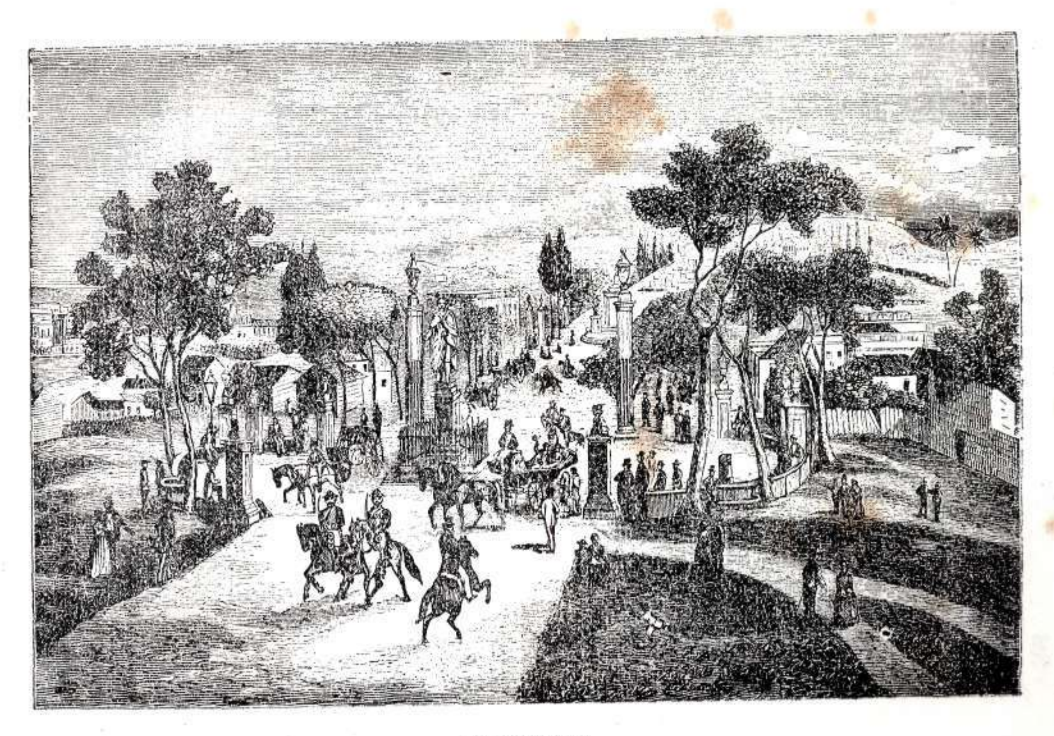
Sustituid París por la Habana, ciudad del sur, y la anterior descripción será igualmente justa,

pues para una gran porción del pueblo habanero, y particularmente la del bello sexo, su día empieza al atardecer.

Durante el día, por regla general, las calles se ven concurridas únicamente por los que a ello les obligan sus especiales negocios, y pocos son los nativos que andan a pie o en coche, por simple placer, antes del anochecer, que debe entenderse corresponde a nuestra tarde. Pasadas las cinco se empieza a notar algo de vida. Es la hora en que comienza la animación en el Paseo, llenándose de paseantes y de hermosos carruajes y quitrines, con su carga de bellas y elegantes ocupantes, las cuales, durante toda la parte previa del día, han estado "matando el tiempo", probablemente vestidas con desaliño, sentadas negligentemente en sus mecedoras, sin hacer más esfuerzo que el mecerse y abanicarse, interrumpiendo esta ocupación en las horas de *siesta* del mediodía.

Pero llegan para ellas las horas de actividad. Después de dedicarse a un elaborado peinado (para las señoras cubanas el peinado es un trabajo de arte y de belleza, y hay que reconocer que muestran mucho gusto en el arreglo del cabello con que Natura las ha dotado) se hallan ya en disposición de ser admiradas.

Se las ve luego en el Paseo, generalmente en parejas, en un quitrín, o varias de ellas en un carruaje, con uno o dos hermosos niños. No llevan nada en la cabeza, excepto el magnífico regalo que les ha hecho la naturaleza en forma de "trenzas,



PASEO MILITAR

negras como las alas del cuervo". Dirige los caballos del vehículo un negro que ostenta brillante librea, con dorados galones, altas botas que casi le llegan a la cintura y espuelas de plata. Cuando se trata de un coche de lujo en forma de birlocho o carruaje alto, además del cochero, va un lacayo con librea y los caballos son de gran tamaño, de casta norteña. A veces se ven señoras con la afamada mantilla española, aunque no es muy común su uso.

Ofrecen realmente un soberbio espectáculo a estas horas el Paseo de Isabel, Reina y Tacón, y es allí donde se pueden gozar con toda belleza los atardeceres tropicales. A los que estamos acostumbrados a una contínua residencia en el Norte, tiene un particular encanto la vista de las hermosas mujeres, vistiendo con extremado gusto ropas de claros colores; de los elegantes caballeros, de los lujosos carruajes con sus cocheros y lacayos luciendo brillantes libreas; a lo cual hay que añadir el suave aire, fragante con el perfume de la reseda y el carácter tropical de los árboles y del ambiente en general.

El quitrín parece ser el vehículo más propio para estos paseos. Es grande y holgado, suave en su moción, ocupado generalmente por dos personas; pero los particulares tienen un pequeño asiento adicional, de modo que pueden ir tres señoras, siendo ocupado usualmente el delantero por la más joven o bonita del trío; y es por esto, a lo que presumo, que las señoras dan siempre a este asiento adicional el nombre de la *niña bonita*.

Entre la clase alta habanera predomina una gran etiqueta, y en nada se manifiesta tanto como en la costumbre entre los caballeros de sentarse a la izquierda de las damas en los coches; y aun



QUITRIN

cuando dos señoras y un caballero (éste siempre sentado a la izquierda) *pueden* ocupar un mismo asiento, no es costumbre que lo hagan dos caballeros y una dama, sin infringir las leyes del *haut ton*.

Como rápidamente las sombras de la noche suceden a la claridad del día (porque aquí el crepúsculo es de poca o ninguna duración) se ve de pronto brillar las luces en todas direcciones. Largas hileras de luces en los paseos, alrededor de las fuentes y en las tiendas, prestan a la escena la brillante apariencia de un lugar encantado.

Los cafés, resplandecientes de luces, bullen de gente; el gran Teatro de Tacón abre sus puertas y aparece brillantemente iluminado; los anticuados *serenos*, con sus palos en forma de lanza y sus pe-

queñas linternas, se estacionan en las esquinas; y todo es vida, movimiento, animación. Estos serenos son también una *cosa de Cuba*, habiendo sido instituidos por Tacón en su afán de establecer la ley y el orden; pero si en su tiempo no fueron un mejor cuerpo de lo que es hoy, de poca utilidad resultarían, excepto como una mera exhibición. Muchos de ellos son individuos robustos, de alegre aspecto; visten gruesas chaquetas, con un cinto en el cual ostentan una anticuada pistola. Se sientan, particularmente a altas horas de la noche, al borde de las aceras, en las esquinas, y cada media hora se levantan, golpean con la lanza el pavimento, o a veces lanzan un largo silbido, y luego gritan de manera estentórea:

—¡Las doce y sereno!

Y en lugar de "sereno" gritan "nublado" o "lloviendo", según el estado del tiempo. Pero como el grito más usual es el de "sereno", por prevalecer las noches claras en el curso del año, de ahí que se les distinga con dicho nombre. Imaginaos ahora que habitáis una casa de esquina, y que cuatro de dichos individuos, uno tras otro, se detienen frente a la casa, golpeando el pavimento con sus lanzas, perturbando lo mejor de vuestro sueño, y tendréis una débil idea de lo placentero que esto puede ser.

Una noche, después que me molestaron tanto que no pude dormir, salí al balcón y le ofrecí al sereno pagarle la cerveza si omitía uno o dos de sus periódicos cantos para poder conciliar el sueño;

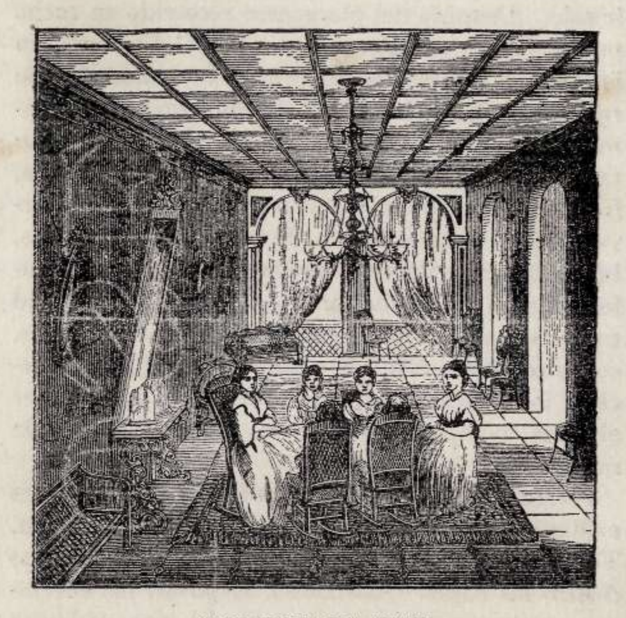
pero el hombre parecía mal humorado, y después de decirme algo respecto a su obligación oficial, di el caso por perdido.

Supón ahora, lector, que me acompañas una noche o dos, para estar luego en condiciones de ir solo. Después del placentero recorrido en coche por el Paseo, nos detenemos en "El Louvre", en la esquina opuesta de Tacón, y tomamos un frío *refresco* de *naranja*, y tras de saborearlo, encendemos un *Londres* y luego nos dirigimos con paso tardo calle Obispo abajo hasta la Plaza de Armas, frente al Palacio del Gobernador General. Observad ahora el bello efecto de los establecimientos, brillantemente iluminados, cuyos mil y un artículos reflejan los deslumbrantes rayos de luz. Ved también las volantas paradas ante las puertas, con sus ocupantes de ojos negros que aprovechan las frescas horas del anochecer para hacer algunas compras, quizás *en route* para oír la música.

Notad la diferencia en el número de transeuntes en las calles ahora y el que había en pleno día. Todo ahora es alegre y brillante vida, excepto dentro las casas. Atisbando, al pasar, las enrejadas ventanas, abiertas de par en par, veis las frescas salas, con el suelo de losas de mármol, y os dais cuenta de la vida interior de sus ocupantes, recibiendo o disponiéndose a recibir a sus amigos.

Fijaos en la peculiar manera que están dispuestas las sillas. Hay dos hileras en forma paralela,

y una gran mecedora a cada extremo, cuando las hileras no son de mecedoras, en vez de sillas. El frío suelo está huérfano de alfombras, excepto unas pequeñas alfombrillas puestas frente a cada asiento, para colocar los pies. Suponed ocupadas las



SALON DE UNA CASA CUBANA

sillas por dos o tres lindas muchachas, presididas por una señora mayor, y tendréis una visión de la vida social habanera. Lo mismo si sois un mero conocido que el novio de una de las muchachas, sólo podréis visitarlas después de las cinco. No

se os concederá mayor libertad que visitar así a vuestra *innamorata;* nada de breves conversaciones íntimas, de encantadores paseos, *a pied* o *á cheval*. No, señor; si usted desea oprimir la mano de su dulcinea, debe hacerlo a la vista de la mamá; en cuanto a algo de mayor importancia... Bien, quizás obtenga usted alguna experiencia uno de estos días.

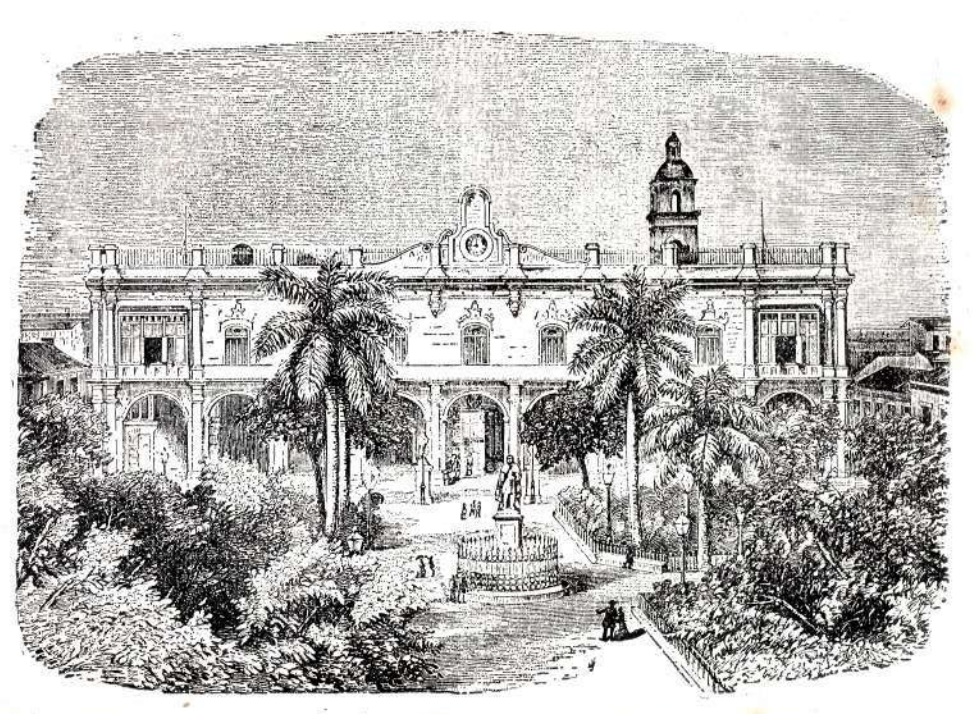


LA SEÑAL

«And cautious opening of the casement showing
That he is not unheard; while her young hand,
Fair as the moonlight, of which it seems a part.
So delicaty white, it trembles in
The act of opening the forbidden lattice
To let in love.» (1)

Ya estamos en la Plaza de Armas, que es el principal lugar público de la ciudad, ocupando el espacio comprendido entre las calles de Obispo y O'Reilly, frente al palacio. Forma un bonito cuadrángulo, a cuyos lados hay bancos de piedra tras los cuales se eleva una verja de hierro y dentro sus límites cuatro jardinillos, separados unos de otros por cuatro sendas que se reúnen en el centro, formando una *glorieta* o círculo interior, en medio

(1) «*Abrese cautelosamente la ventana, mostrando—que se le ha reconocido, mientras una tierna mano,—inmaculada como la luz lunar, de la que parece parte,—tan delicadamente blanca, tiembla—al abrir la prohibida celosía,—para amar*».



PALACIO DEL GOBERNADOR Y PLAZA DE ARMAS

del cual se ha erigido una estatua de mármol a Fernando VII. Los jardines están llenos de plantas y flores, prestando mayor gracia y belleza a la escena las altas *palmas reales*.

En el lado oeste está el palacio y residencia del Capitán Gobernador General, la principal autoridad de la Isla. Es un edificio grande de piedra, amarillento, con los pisos altos descansando por el frente sobre columnas, que les prestan un buen aspecto arquitectónico. En el centro del edificio hay un *patio*, en cuyos cuatro lados están las ventanas interiores. Todo está ocupado por el capitán general y su estado mayor, y en los bajos hay las oficinas necesarias para la tramitación de los asuntos públicos.

Alrededor de la plaza hay algunos árboles, muy bellos y curiosos, que se mantienen enhiestos al través de los años, a pesar de los huracanes que de vez en cuando han dañado o destruido algunas palmas. Hay unas especies de higueras, conocidas por laurel de la India.

La razón de que la plaza sea el lugar más concurrido consiste en que, en adición a su situación frente al palacio, todas las noches una de las bandas militares de la guarnición da un concierto en beneficio del público y para satisfacción del capitán general. Este diario concierto nocturno, conocido por *retreta*, lleva allí un gran número de personas de ambos sexos. Las señoras, en sus carruajes, dan vueltas alrededor de la plaza durante el tiempo que la banda no toca, o reciben las atenciones de

sus galanes. Los caballeros pasean por la plaza fumando sus tabacos, o permanecen sentados en las numerosas sillas que una empresa particular ofrece al público, abonándose cinco centavos por la ocupación ilimitada de cada silla.

Algunas veces las señoras, acompañadas de un caballero, bajan de los carruajes y pasean por la plaza. Debo confesar que me extrañó la falta de atención hacia las damas que mostraban los hombres. Es muy raro ver a un caballero acercarse a los carruajes y charlar con las damas, como es la costumbre en los Estados Unidos. Las señoras permanecen recostadas en los asientos de la manera más indiferente e impasible, sin mostrar satisfacción alguna, como si asistieran a un acto ceremonioso. De muy diferente manera se comportarían nuestras muchachas americanas, si tuvieran tan agradables oportunidades y lugares para coquetear à su gusto.

Todas las noches, poco antes de las ocho, un piquete de algún regimiento, compuesto de un sargento y varios soldados, seguidos de la banda, generalmente como de unos cincuenta o sesenta músicos, marchan al través del parque y se estacionan en un lugar determinado, permaneciendo en actitud de "descanso" hasta que un redoble de tambor provinente del cercano cuartel da la señal de "atención", en espera del cañonazo del Morro. Inmediatamente que éste ha sonado, comienza el concierto. La guardia, con las armas al lado, permanece en actitud firme mientras toca la

banda, y de descanso durante los intervalos de una pieza a otra. La música que se oye es generalmente escogida, selecciones de las principales óperas en buena parte. A las nueve en punto las cornetas y tambores de los diferentes cuarteles tocan a retreta y en seguida la guardia y la banda marchan hasta situarse frente a la puerta de palacio, tocando allí la última pieza, como un especial cumplimiento al capitán general, y como queriendo evidenciar que mientras la banda toca una hora para el público, sólo se reserva una pieza aquél para su goce particular. Terminada ésta, la tropa se dirige a su cuartel, a los sones de una alegre marcha. La fiesta ha terminado.

Es una agradable manera de pasar la noche. La selecta música, los uniformes de la tropa, las



QUITRIN

bellas mujeres, los carruajes que ruedan alrededor de la plaza, las brillantes luces reflejadas en el intenso verde de la vegetación tropical, junto con

el aire embalsamado y la deliciosa fragancia de los *Londres superfinos*, contribuyen a hacernos gozar del más *dolce far niente;* con mayor motivo si uno es lo bastante afortunado de estar allí en una noche de clara luna. En este caso, si tenéis amistad con alguna de las bellas mujeres que están sentadas en los elegantes quitrines, vuestro goce será más intenso, pues es el momento más propicio para admirar a la belleza cubana, recostada en su ligero y confortable coche, ostentando un elegante vestido de noche.

En el café de El Louvre pueden tomarse helados y granizados tan buenos como en los Estados Unidos; además, es el mejor lugar de la Habana para observar la alta vida social durante la noche. Después de la *retreta*, o de la ópera, los cafés se llenan de personas ansiosas de tomar un refresco o de comer algo.

Las damas, acompañadas de caballeros, acuden a dichos lugares sin la más ligera vacilación; pero cuando les falta dicha compañía, permanecen sentadas en sus volantas a la puerta y allí les sirven los refrescos que piden y hablan con sus amigos. Los *mantecados* son más franceses que americanos; pero los *helados* son cosa soberbia, estando sazonados muchos de ellos con las deliciosas frutas del país; los de zapote, guanábana o guayaba, son algo completamente nuevo para el extranjero.

Cuando viene a la Habana una compañía de ópera, dan generalmente cuatro representaciones a la semana; y como las mejores acuden en in-

vierno, hay la seguridad de oír buena música durante la temporada. En las noches de los domingos, el teatro se ve completamente lleno. Hay también excelentes representaciones dramáticas por compañías del país o españolas.

Para entrar en el teatro, los caballeros compran simplemente una *boleta de entrada*, y si desean sentarse tienen que adquirir una *boleta de luneta*, estando las lunetas situadas en la parte del teatro frecuentada casi exclusivamente por el elemento masculino, en traje de etiqueta.

Si se desea economizar, se puede pedir un asiento de *tertulia*, que corresponde a nuestro segundo piso, y que es casi cómodo, respetable y mucho más barato. Los asientos llamados *butacas* son sillas de brazos. La parte del teatro en que están situadas éstas está dividida en dos porciones, una reservada a las señoras solas y otra a los caballeros solos o acompañados de señoras.

Los *palcos* constituyen la parte más elegante del teatro, y los hay de *primer*, *segundo* y *tercer pisos*, todos buenos, aunque se da preferencia a los del primero o segundo.

Estos palcos no tienen asientos fijos, sino simplemente cuatro o seis sillas, y todos están abiertos, separándolos de los pasillos una mampara movible y una puerta, y al frente tienen una ligera y graciosa balaustrada coronada de una baranda cubierta de terciopelo.

En las noches en que el teatro está lleno, ofrecen un realmente hermoso espectáculo las damas ele-

gantemente vestidas, *en grande toilette*, sentadas en los palcos de los diferentes pisos, no impidiendo las luces que brillan al frente apreciar la elegancia de los soberbios atavíos, lo que junto con los claros y vivos colores de que está pintada la sala, dan una grandiosa apariencia al espectáculo, constituyendo los trajes negros de los caballeros que ocupan las lunetas, como un obscuro fondo que da más realce al cuadro.

Suponiendo ahora que estamos en una noche de luna, dirijámonos a dar un paseo a la vecina Cortina de Valdés, que a esta hora encontramos desierta, y contemplemos la bahía a la luz de la luna, a la vez que aspiramos la brisa nocturna que nos viene del viejo océano. ¿Hay nada más bello que esto? Mirad el quieto mar que tenemos delante, liso como un espejo, en esta noche tranquila; y los gigantescos muros del Morro y de la Cabaña, con sus gradaciones de luz y sombra. Y contemplad, a distancia, sobre las aguas de la bahía, el resplandor de la plateada luna, como si jugara con las leves ondas. Feliz el hombre que, al lado de una querida compañera, contempla la belleza de esta escena.

Diversión favorita para nosotros, después de la *retreta*, era ir, en compañía de un grupo de damas y caballeros, a dar en bote un paseo de una hora por la bahía. Es encantador en noche de luna, pero es mejor una noche nublada, obscura, para ver el peculiar efecto fosforescente de los remos al moverse dentro del agua, a la vez que la estela

que deja el bote semeja un chispeante fuego. ¡Ah! ¿Cómo olvidar jamás aquellos románticos paseos marítimos? Cuando, usando las palabras de Byron:

«All is gentle; naught
Stirs rudely; but, congenial with the night,
Whatever walks is gliding like a spirit.
The tinklings of some vigilant guitars,
Of sleepless lovers to a wakeful mistress;
The dash phosphoric of the oar;
Some glimmering place roof, or taperic spire,
Are all the sights and sounds which
Here pervade
The ocean-born and earth-commanding city» (1).

Y bien, abandonemos esta tranquila escena, y llamando la primer volanta que pasa dirijámonos a "El Louvre". Es el mayor y mejor café de la Habana, y puede decirse que es "el club", pues en él veis a todo el mundo (sin su mujer). Ocupa un amplio y bello salón, al lado opuesto del Teatro de Tacón, en la esquina de la calle San Rafael, y es un lugar muy fresco y agradable, donde podéis tomar vuestros *refrescos* o fumar un tabaco en compañía de un amigo.

El Teatro de Tacón es grande y bien construido, capaz de contener unas tres mil personas,

(1) «*Todo es apacible; nada—agítase rudamente; pero, congenial con la noche—cuanto se mueve se desliza como un espíritu.—El rasgueo de una guitarra—de amante sin sueño a su despierta dama;—la fosfórica luz del remo;—el débil brillar de un techo palacial o cúspide de torre,—son las únicas visiones y sonidos—que aquí llegan—de lo íntimo del océano y de la dominante ciudad terrena*».

siendo considerado, hasta hace pocos años, el mayor y más bello del mundo, con excepción del Gran Teatro de Milán. Está dotado de portales en el frente, a los que se permite entrar los carruajes en tiempo de lluvia; igualmente tiene un grande y espacioso salón, con departamentos para tomar refrescos a ambos lados, y dentro el cual está la entrada principal, que da acceso a la sala de espectáculos. El interior del teatro es espacioso y de hermoso efecto, teniendo cinco pisos y un amplio escenario, a la derecha del cual, mirando desde la sala, está el palco del capitán general, decorado con el escudo oficial y que ocupa generalmente en las noches de ópera.

Asiste a todas las funciones un representante oficial del gobierno, cuya misión consiste en ver que el espectáculo se presente propiamente. Si aparece o sucede algo que se estime un engaño para el público, el empresario o artistas en falta son arrestados y obligados a cumplir debidamente, bajo pena de una fuerte multa.

Los cubanos, al igual que todos los nativos de países cálidos, son muy amantes de la música y tienen superior buen gusto y un oído excelente. Consecuentemente, no toleran defectos en los cantantes, mostrando su disgusto con el ruido de los pies, que mueven a un vivo compás. Sólo demuestran su aprobación aplaudiendo con las manos.

Durante los entreactos acostumbran los caballeros visitar a las señoras, quienes usualmente permanecen en los palcos para recibir a sus amigos,



SALA DE ESPECTACULOS DEL TEATRO TACON

saliendo raramente a los pasillos. Los caballeros, por el contrario, llenan el pasillo principal, hablando, fumando cigarrillos o los tabacos llamados *entre ópera.*

Algunas novedades chocarán al extranjero, aun en la ópera, particularmente la de los pequeños pajes negros, brillantemente vestidos, muchos de ellos de ojos vivos y natural despierto, que permanecen de pie en la parte exterior de los palcos que ocupan sus señoras, listos a obedecer cualquier mandato o ejecutar cualquier comisión que se les encomiende, tales como llevar mensajes de un palco a otro, o deslizar una tarjeta o nota en las manos de algún caballero. El gobierno se toma particular interés en que todo esté en orden y propiamente, para asegurar lo cual hay estacionada una fuerza de la guardia civil. En el exterior también se encarga a los militares el impedir que los carruajes pasen por las calles adyacentes al teatro en noches de función, pues estando todas las ventanas y puertas abiertas, el ruido impediría oír



PAJE NEGRO



GUARDIA CIVIL MONTADO

a los espectadores. Estos guardias, de marcial aspecto, son montados *gens d'armes*, en soberbios caballos tordos, uniformados con blancas chaquetas, altas botas, blancos tirantes y negro sombrero. Sentados, inmóviles, sobre las sillas, resultan verdaderos modelos de *chasseurs á cheval*.

El Parque de Isabel, que últimamente ha sido mejorado, es un lugar encantador por las noches, cuando uno no tiene nada que hacer. En gran medida disputa a la Plaza de Armas su gloria, desde que las bandas tocan igualmente en él cada noche, de ocho a nueve.

¡Ah, esta vida fácil y sin objeto de los cubanos! ¿Cambiará algún día por la transmisión de energía, de actividad, de agitación de un pueblo de otra tierra? Quizás les sucedería lo que al autor, que la influencia de los trópicos cambiaría, con el tiempo, la naturaleza de los recién venidos, acabando por adaptarse a los métodos fáciles y corteses del cubano, cuya vida se reduce, aparentemente, a gozar del presente, de la manera más placentera. *¡Ay, de mí!*

Pero he aquí que hemos llegado al Paseo, y de nuevo pasamos frente la Fuente de la India, más bella a la luz de la luna que a la del sol. Mientras nos dirigimos Paseo Abajo, detengámonos frente a Tacón y observad la quieta belleza de la escena; en primer plano, el Parque de Isabel, con sus canteros de aterciopelado césped, rodeados sus bordes de una diminuta cerca de alambre; a la izquierda, las bellas fachadas de los blancos edi-

ficios, a los que la luz de la luna presta un tinte pálido; la larga perspectiva de las columnas de los portales, con las sombreadas avenidas de árboles, que de trecho en trecho clarea la luz argentada; en tanto que, a distancia, se divisa el mar calmoso, cuyo suave batir sobre las rocas de La Punta, percibimos muy débilmente. Parece como si nos halláramos en un país encantado o que estuviéramos soñando en él. Por lo tanto, *amigos, buenas noches.*



UN CAPITULO O DOS

QUE NO SE ESCRIBIERON

PARA QUE

LAS SEÑORAS LOS LEYERAN



17.—I



CAPITULO XIII

DIVERSIONES DOMINGUERAS.—¿Hay un domingo en Cuba?—Domingo es como un 4 de julio; un gran día para corridas de toros, peleas de gallos, etc.—"Viendo las cosas".—Una visita a la valla de gallos.—Su descripción.—La concurrencia.—Clases de gallos.—Espantosa gritería.—Negros africanos, sus peculiaridades y costumbres.—Visita a su cabildo.—Sus bailes.—Bailes de máscaras.—Noche de Carnaval.—Mujeres públicas, etc.

«Well may the earth, astonished, shake,
And nature sympathize;
The sun, as darkest niht, be black» (1).
. . . .

HYMN.

SI el viajero llega a Cuba con la idea, que la educación, costumbre o creencias han impreso en su mente, de que el día dedicado a Dios es o debe ser observado en toda tierra civilizada, se verá

(1) *"Bien puede la tierra, atónita, estremecerse,—y la naturaleza condolerse;—el sol, cual negra noche, obscurecerse..."*

algo desilusionado, quizás desagradablemente. Al igual que el "viejo incrédulo", que siempre afirmó que no se observaba el domingo a cuatro brazas bajo agua, debo confesar que en Cuba no se conoce el domingo, por lo menos tal como nosotros reverenciamos el sagrado día. Que consta en los almanaques de Cuba, está fuera de duda; que se supone hay un domingo para la Iglesia, es también verdad; pero debo hacer constar que si cualquier norteamericano llegara repentinamente a la Habana en domingo, sin saber que era tal día, podría más bien pensar que se trataba de una festividad igual a nuestro cuatro de julio.

Preparado así vuestro espíritu, no os maravilléis cuando os diga que el domingo es el gran día para las peleas de gallos, las corridas de toros y los bailes de máscaras. ¡Desde luego vosotros no asistiréis a tales diversiones! Tampoco asistiría yo, si no fuera que, cuando uno se propone escribir un libro, debe procurar que resulte lo más completo posible. Así, imitando al clérigo de Chicago que iba al teatro cumpliendo un deber de investigación, debo confesar que asistí a aquellos espectáculos igualmente en cumplimiento de un deber.

No te imagines, ¡oh inocente lector!, que las peleas de gallos y las corridas de toros son, al igual que las luchas de perros entre nosotros, espectáculos propios de la gente inculta. Por el contrario, ambos están bajo el patronato del gobierno; y en las corridas de toros se ven las personas más refinadas, inocentes niños y en al-

gunas ocasiones, elegantes damas. En las peleas de gallos, aunque no asisten mujeres, la concurrencia se compone de hombres de todas las clases sociales; y en el campo, he encontrado caballeros tan interesados en la cría de "gallos", como entre nosotros los hay en la cría de caballos y perros. Después de todo, esto no será quizás una mera "diferencia de educación", sino simplemente *una cosa de Cuba.*

Si queréis daros cuenta de ella, un domingo por la mañana decid a un cochero que os conduzca a la *Valla de Gallos,* que está situada en las afueras de la ciudad, extramuros. Llegáis a un solar rodeado de una cerca, y en una pequeña casilla de madera compráis una entrada que vale veinticinco centavos, que os da derecho a situaros en cualquier lugar de la valla, entre una concurrencia bien heterogénea, a decir verdad. Si pagáis un peso más podéis sentaros en el palco donde está el juez. Contiene una media docena de confortables sillas, y en él estaréis libres de incomodidad, aunque no del ruido de la muchedumbre. Es un pequeño compartimiento situado precisamente encima de la puerta que da acceso a la valla, como veréis en el grabado.

Provistos de vuestros boletos penetráis en la valla, que es una estructura circular, de dos pisos, construida de manera muy sencilla, capaz de acomodar unas mil personas. Tiene dos galerías, la arena en el centro, dotadas aquéllas de duros asientos de madera, sin que en conjunto tenga pretensiones de elegancia ni comodidad.

El espectáculo empieza por la mañana y dura hasta tanto haya gallos para luchar o audiencia para apostar. Y no creas, novel espectador, que no hay ciencia, sangre e interesantes peculiaridades en la pelea de gallos; por el contrario, parece que hay mucho de la primera y bastante de lo último.

Los gallos mejores son los llamados *finos*, o ingleses, y se distinguen por su aspecto fino, del que toman el nombre. Se les denomina además por el nombre de su dueño o del propietario del *patio* donde se han criado. Algunas veces se paga por ellos precios exhorbitantes, de acuerdo con su mérito o de la clase de donde proceden. Me causó sorpresa la pequeñez de todos ellos, dándose el caso invariable de que los de menor talla resultan los más ardientes y buenos luchadores.

Hay varias maneras de pelea: *Al cotejo*, esto es, midiendo a simple vista el tamaño y los espolones de ambos gallos. *Al peso*, o sea igualando el peso y viendo que los espolones son del mimo tamaño. *Tapados*, o sea cuando se concierta la pelea sin ver los gallos. *De cuchilla*, cuando se pone a los gallos espolones artificiales para que la lucha sea más viva, rápida y fatal. *Al pico*, cuando luchan sin espolones.

La pelea más común, sin embargo, consiste en presentar los gallos, compararlos, ver que su peso es igual, afilar sus naturales espolones para hacerlos más efectivos. En el centro de la arena donde pelean se esparce aserrín. La operación de pesarlos

resulta de un aspecto cómico. Un individuo de alguna edad, con mucha gravedad coge los gallos y extiende sobre sus cuerpos una especie de cabestrillos, que coloca en uno de los platillos de la balanza que pende de la valla, y en el otro platillo pone cuidadosamente las pesas.

Mientras se efectúa lo antedicho y se concierta la pelea, la arena se ve invadida de gallos y los concurrentes conciertan las apuestas. Es una continua y creciente confusión de voces, gritos y chillidos, en las propuestas y aceptaciones que se hacen unos a otros, que aquello parece una verdadera Babel. Después, al grito de: "despejad la valla", cada cual se sienta, cesando las discusiones, quedando sólo en la arena el juez y los apostadores con los gallos todavía en las manos.

¡Cielo santo, qué baraúnda! Los espectadores de arriba con los de abajo, y *viceversa*, los de un lado con los de otro, los del frente con los de atrás, todos vociferan y se llaman, y cual locos gesticulan con los dedos, golpeando sus manos, signos todos que tienen su peculiar significado, acompañados con gritos de:

—Cuatro a dos sobre el negro.

—Tomo seis a ocho sobre el blanco.

—Una onza contra una onza sobre el pequeño.

Y por el estilo siguen las apuestas entre el *caballero* y el cochero, el hacendado con el *mozo*, sin preocupación de rangos.

A una señal, los gallos, aun en la mano de sus dueños, con las plumas superfluas arrancadas en

aquellas partes que resultan un estorbo para la lucha, se enfrentan uno con el otro, quedando en seguida sueltos. Saltan con furia extraordinaria y la pelea empieza de manera formal. Observad la astucia que demuestra el más pequeño: tras una hábil treta, con un bien dirigido picotazo coge al grande por la cresta, quien se libra zambulliéndose bajo su adversario.

—Doce contra ocho en favor del pequeño— es ahora el grito de la excitada muchedumbre.



VALLA DE GALLOS

El gallo grande logra ponerse sobre el pequeño y trata de atizarle uno o dos espolonazos. Y siguen luchando, con variable suerte, mientras los espectadores gritan, chillan, aullan y apuestan a cada nuevo cambio en la pelea.

Los combatientes acaban por herirse seriamente y a veces quedan cegados por la sangre y el polvo. Entonces hay un intervalo de descanso, durante el cual los dueños cogen sus respectivos gallos, quitándoles la sangre de la cabeza, introduciéndoles en los ojos un poco de alumbre, soplando al traves de un canutillo de pluma de ave, y les rocían, con la boca, *aguardiente* sobre la cabeza. Mientras tanto, sigue la baraúnda en la concurrencia hasta que los gallos vuelven a enfrentarse, y de nuevo, con la misma furia se pican, desgarran y a veces esquivan, hasta que uno de los dos muere o queda en condiciones de no poder seguir peleando. La lucha se da por terminada entre los estruendosos aplausos de los apostadores afortunados. Perdidosos y gananciosos arreglan sus cuentas, tan calmosos y serenos como si un momento antes no hubieran enronquecido gritando y procediendo cual demonios. Y es curioso observar los esfuerzos que hacen para recordar con quienes han apostado o cual sea la cantidad. Al fin todos se entienden y arreglan pacíficamente.

Y continúa el espectáculo.

Una pelea sucede a la otra en medio de las mismas escenas, del mismo ruido y confusión. Lector, si quieres ver retratadas las más perniciosas pasiones en el humano rostro, visita una valla de gallos. Te aseguro que no te quedarán deseos de volver y que saldrás intensamente disgustado.

El extranjero en la Habana se percata pronto de la variedad en maneras y número de la pobla-

ción negra. Muchos negros son de agradable apariencia; algunos, mulatos (1) tan claros que casi parecen blancos, y otros en cambio tan obscuros que su piel tiene el color del azabache y muestran todas las características del africano puro. Bastantes de ellos son los esclavos importados de Africa, que han comprado su libertad, en tanto que otros, aunque siguen bajo la férula de los amos, éstos les dan cierta libertad, permitiéndoles seguir cualquier trabajo que escojan, obligándoles sólo a que les entreguen cierta parte de lo que ganan al día.

Los negros africanos parece que siguen sus tradiciones tribales, al igual que nuestros negros del Sur; conservan sus hábitos y costumbres entre ellos, hasta cierto grado, y se dedican a aquellas ocupaciones que son más de su agrado. Algunos se emplean como criados en las casas particulares; otros como cocheros y carretoneros; otros como aguadores.

Siendo igualmente para ellos el domingo, como para sus más civilizados vecinos blancos, un *día de fiesta*, lo dedican a sus reuniones y diversiones. Como todas las asambleas secretas están prohibidas por la ley, se reúnen juntos en ciertos lugares cerrados, a los que dan el nombre de *cabildos*, palabra que en castellano significa reunión de un concejo.

---

(1) Téngase presente que los norteamericanos dan el calificativo de negros a cuantos pertenecen a la raza de color, sin distinción de cruzamientos.—(*N. del T.*)

No es tiempo perdido, por la novedad que encierran, el que se dedique una o dos visitas a estos lugares, muchos de los cuales pueden verse al pasar por la calle Egido, que se extiende al lado interior de las murallas. El viajero no debe vacilar para entrar, pues puede tener la seguridad de ser



BAILE DE NEGROS

tratado con gran respeto por los presentes, incluso los bailadores, que se muestran encantados de tener a blancos por espectadores. La dádiva de una *peseta* o dos servirá para hacer más rápidos los movimientos de los danzarines y aun aumentará su número. Constantemente tocan la guitarra y un instrumento que a mí me hizo el efecto de la mitad de una gran calabaza, con cuerdas sobre ella. Las mismas características observará el via-

jero entre los negros de las haciendas. En realidad los negros de Cuba no se diferencian mucho de los nuestros del Sur.

Estamos en la noche del primer domingo de Carnaval, y por lo tanto en la mejor oportunidad para ver un baile de máscaras, no sólo en el Escauriza, sino en los más *recherchés* que se efectúan en el Teatro de Tacón. Iremos antes al primero, pagando por la entrada un *escudo*. Son sólo las diez, y aun cuando no está en plena animación, podemos darnos cuenta de lo que es el bai e. La misma vieja historia de máscaras y disfraces, de danzas y música; e! monje del brazo del diablo; la aparentemente inocente pastora y el alegre Lotario; la graciosa y bella *debardeuse* con el señor Oso. Hay máscaras representando todas las clases: ricos, pobres, altos, bajos, pero todos iguales en cuanto al sentido moral.

Están bailando la *danza*, que el es baile favorito de los cubanos (una especie de vals desordenado), bastante bonito y decoroso cuando lo bailan personas decentes, pero que tal como se baila aquí, resulta uno de los espectáculos más inmorales que he presenciado en un salón público de baile.

Este es el salón favorito del *demi-monde*, al que asisten las *lorettes* y otra gente de baja estofa, pues aquí se les permite más libertad que en los más selectos bailes de Tacón. El baile llega a su apogeo a las altas horas de la madrugada.

Abandonemos este lugar. Hemos visto lo bastante para satisfacer nuestra curiosidad, y podemos ya dirigirnos al Teatro Tacón, pagando un peso por el boleto de entrada. Aquí las escenas son casi las mismas, sólo que la concurrencia es más selecta y la sala de baile mucho mayor. El piso de la sala de espectáculos se ha elevado hasta ponerla al nivel del escenario, de manera que el salón de baile resulta espléndido. A cada extremo hay una banda de música, apostada sobre galerías y alternando en la ejecución. Los palcos están llenos de curiosos y elegantes damas, sin disfraz, que vienen acompañadas de sus amigos con el único objeto de presenciar la algazara de las máscaras, como meras espectadoras. El piso de abajo aparece cubierto de parejas danzadoras, en toda la variedad imaginable de trajes.

Desde luego nada hay aquí de nuevo para quien haya visto otros bailes de máscaras, y aun éste resulta inferior comparado con los elegantes bailes de las sociedades alemanas de Nueva York y Filadelfia, donde se demuestra buen gusto y los desembolsos responden a algún dado propósito. Si deseáis bailar, no tenéis más que dirigiros a cualquiera de las mujeres disfrazadas y pedirle una pieza. Sólo hay una pieza que ellas sepan bailar, y es la *danza criolla*, antes mencionada; pero que aquí, en Tacón, la banda de música la toca con más propiedad, disponiendo de uno o dos instrumentos que suenan igualmente a un restregamiento de pies sobre un suelo enarenado, y cuya única re-

comendación es que el que lo toca lleva excelentemente el compás.

Ya tenemos igualmente bastante de esto. Salimos al aire libre (pues estos salones de baile son insufriblemente calientes) para ver lo que sucede en las calles. Encontramos también numerosas personas disfrazadas, y en el Paseo las máscaras suben a los estribos de los coches, produciendo una gran batahola. Algunas máscaras se juntan en grupo y se mueven de un lado a otro cantando de manera baja y monótona algún aire de origen español o cubano. De día, durante esta época de carnaval, hay el llamado paseo de máscaras, en carruajes o en procesiones, precedidos de bandas de música. Debo confesar que este espectáculo, que en otro tiempo pudo ser brilllante, resulta hoy muy pobre. Estas festividades están decayendo, y creo que de ello se alegran las personas cultas.

Recuerdo haber leído en una descripción de la Habana escrita hace años por un clérigo, la narración de las hermosas mujeres que vió, y de la *sociable* y amistosa disposición que hacia él manifestaron cierto número de señoras estacionadas en las ventanas. Impresionado por el espectáculo que le ofrecían, al pasar, algunas casas donde la *familia* consistía *sólo* de jóvenes mujeres bellamente ataviadas, hacía notar la hermosura de la escena, deplorando su inhabilidad, por su desconocimiento del idioma, de conversar con ellas. ¡Bendito sea ese inocente corazón! Quien sabe si to-

davía no se ha convencido de su engaño, al dotar a esas deleznab'es *filles de joie* con los encantos y atractivos de las mujeres honradas.

El extranjero sensible se verá frecuentemente sorprendido, al pasar por algunas calles, aun de las principales, después de anochecido, por el llamamiento de alguna sirena de ojos negros—frecuentemente muy hermosa—que de manera persuasiva le invita a entrar en su domicilio y ofrecer sus respetos a alguna de las mujeres, ricamente vestidas, que se encuentran sentadas en la *sala* y que pueden ser fácil y suficientemente vistas al través de los barrotes de la abierta ventana, al pasar.

Las autoridades no permiten las mujeres callejeras, que tanto afean nuestras ciudades; pero en cambio se tolera aquí que tales mujeres ocupen las casas situadas en ciertas porciones de calles tan concurridas como Habana, Teniente Rey y otras, dedicadas al "ejercicio de su profesión", llamando desde las ventanas a los transeuntes. Sólo se les exige que no escandalicen.

Es triste consignar que bastantes de nuestras compatriotas, con el incentivo de ganar grandes sumas en sus relaciones con los españoles ricos, vienen aquí para ingresar en una clase despreciada e infortunada de mujeres, hallándose en peores condiciones que en su propio país. Los cubanos se vanaglorian de que sus mujeres, no obstante su ignorancia y peculiar condición, no añaden *material* a esa clase desgraciada.

«One more infortunate,
Weary of breath,
Rashly importunate,
Gone to her death» (1).

---

(1) *«Otra desdichada,—hastiada de vivir,—por la suerte infortunada,—buscó la paz en la muerte»*.



CAPITULO XIV

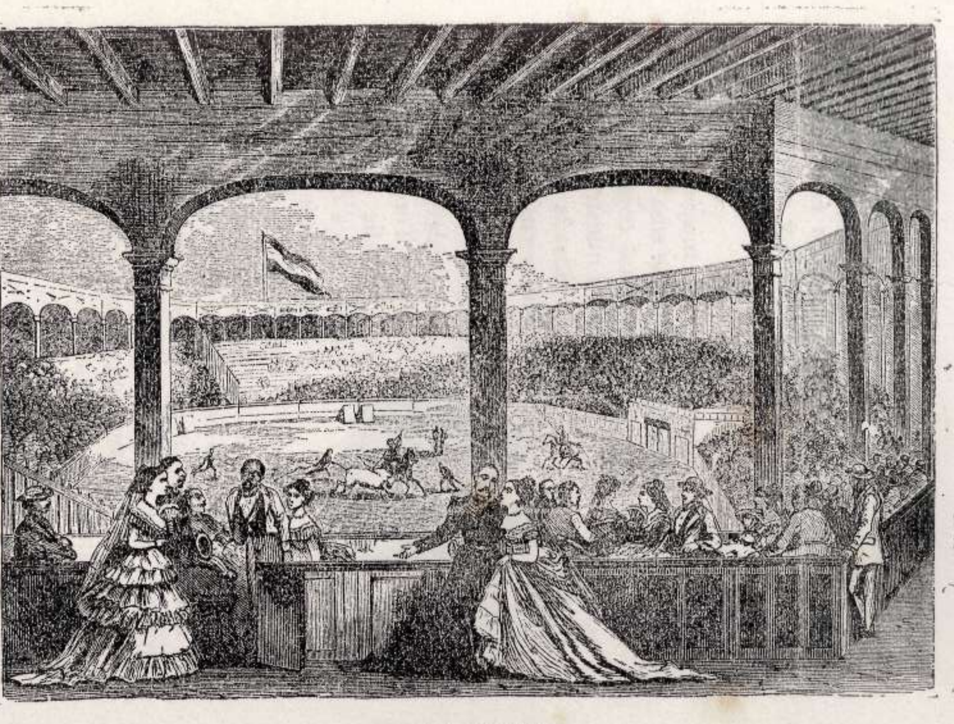
LA PLAZA DE TOROS.—Corridas de toros.—Reflexiones.—La plaza.—Localidades.—Reconocimiento oficial.—Salida de la cuadrilla.—El alguacil.—Trajes.—Los picadores.—Los banderilleros.—El "espada".—Los caballos y sus equipos.—La música.—Empieza la corrida.—Entrada del toro en la plaza.—Enfureciendo al toro.—"A paso redoblado".—Bravura de los toros y crueldad de los atormentadores.—Esclamaciones y gritos.—Muerte del toro.—Pasividad de los caballos.—"Música, música".—Banderillas de fuego.—Habilidad del "espada".—Toros bravos.—Arrastrando el cadáver.—Número de caballos muertos.—Destino del toro muerto.— "Buenos resultados de acciones malas".—Brillante escena al anochecer.

> NOTA.—Todos los domingos que hay función *se compran caballos* hasta las dos de la tarde.—CARTEL ANUNCIADOR.

TODO viajero que visita la vieja España tiene algo que decir de las corridas de toros de dicho país; y en general cada escritor procura dar una brillante descripción del popular espectáculo a la vez que lo considera como un baldón para la nación que lo conserva entre sus costumbres.

Aun nuestro Washington Irving no se ha avergonzado de confesar que su primera impresión fué de fascinación por sus atractivos; y yo he encontrado en la Habana a muchos extranjeros cultos que me han manifestado igual debilidad. Un distinguido caballero, representante extranjero, me informó que la primera vez que asistió a una corrida de toros, salió profundamente disgustado; pero que a medida que las fué presenciando, se aficionó más y más a ellas. Poco pueden importar mis propios sentimientos al respecto; pero honradamente constato que en la primera corrida que vi, una de las más emocionantes, en la cual uno de los infelices *picadores* estuvo a punto de perecer, llegué a excitarme y vociferé y grité con el resto de los espectadores, con la diferencia de que yo lo hacía celebrando la bravura del toro, en tanto que los demás aplaudían a la cuadrilla de atormentadores. Después, aunque asistí a otras corridas para acompañar amigos, nunca pude estar hasta la conclusión.

Ignoro si las corridas de toros de Cuba difieren de las que se celebran en la vieja España—aunque me inclino a creer que no,—pero tal como se ven en la Habana y en otras partes de la Isla, me han producido disgusto por el espectáculo en sí y menosprecio hacia el pueblo que continuamente patrocina tan innoble diversión, que se hace a expensas del sufrimiento de pobres animales y recurriendo a tan crueles procedimientos. Dice mucho en honor de las damas cubanas, el que jamás pa-



LA PLAZA DE TOROS

trocinan semejante espectáculo, a no ser cuando se efectúa para una finalidad benéfica (?). Por mi parte, de las dos diversiones, me merecen más respeto las peleas de gallos, pues en éstas, por lo menos, ve uno denuedo y bravura y cierto grado de igualdad entre los combatientes, por insignificantes que éstos sean.

Pero, por el momento, nuestra misión se reduce a dar una detallada descripción de una corrida de toros tal como se efectúa en nuestros días en la civilizada capital de la Isla, casi todos los domingos con buen tiempo.



EL ALGUACIL

Se celebran en la Plaza de Toros, situada en la calle de Belascoaín, cerca del mar, a alguna distancia de las murallas de la ciudad. En los carteles anunciadores que se ven en muchos sitios de la ciudad, se describe de manera brillante y atractiva los alicientes que ofrece la particular corrida anunciada, que desde luego se asegura será mejor que cuantas antes se celebraron. El cartel reza algo así:

PLAZA DE TOROS DE LA HABANA

Gran corrida de

TOROS

Para el Domingo, 29 de Abril de 1866

(Si el tiempo lo permite)

El celebrado espada

JOSE PONCE

Dirigirá la corrida, etc., etc.

Se lidiarán SEIS TOROS ¡A muerte!

Se aplicarán banderillas de fuego a los toros que no demuestren bravura.

(Sigue luego la lista de los héroes, con los nombres de los espadas, picadores y banderilleros).

Las puertas de la plaza se abrirán a las 3.

La corrida empezará a las 4½.

La corrida de la tarde es la de verdadera importancia. Por la mañana se celebra a veces otra para la *canaille*, llamada *Toro del Aguardiente*, mote que supongo deriva de que muchos de los espectadores están algo "alumbrados" antes de entrar en la arena, cosa que se les permite, para que se den el gusto de torear un rato.

Media hora antes de la anunciada para el espectáculo, nos dirigiremos a la Plaza de Toros, que es un gran edificio, ocupando buena parte de una manzana. Gran número de personas se estacionan a su alrededor, así como un piquete de lanceros para impedir todo desorden. Nos acercamos al ventanillo donde se expenden las *entradas de sombra*, adquiriendo una por un peso, que nos permite sentarnos en cualquier lugar del tendido de sombra.

Para que se comprenda bien porque el lado de la sombra es el preferido, debe tenerse en cuenta que la plaza es simplemente un circo descubierto, y los asientos, en forma circular, se elevan gradualmente desde el ruedo a la alta galería de palcos, cubiertos éstos por un estrecho techo. La porción de las gradas expuesta a los rayos del sol es muy caliente y se la designa con el nombre de tendido *de sol*, en tanto que la porción opuesta está en la sombra y es fresca y cómoda.

La mejor posición para el espectador, dentro de la plaza, es a la derecha o izquierda de la plataforma que ocupa la banda de música, situada sobre la puerta por donde los toros entran en la

arena. Una vez acomodados, veréis que la audiencia se compone enteramente de hombres; si hay algunas mujeres en los palcos, podéis tener la convicción de que son de "cierta clase".

Si miráis hacia abajo, probablemente veréis que estáis directamente sobre los corrales de los toros. A éstos se les tiene en compartimientos separados, con puertas que pueden ser abiertas desde arriba, y donde, momentos antes de que se haga salir al animal al ruedo, se le acosa con una larga pica para enfurecerlo.

La banda, consistente quizás de dos cornetas, un tambor grande y otro pequeño, empieza a tocar, cuando he ahí que repentinamente se da una señal y las puertas del toril se abren. Previamente el alguacil ha obtenido la llave de la autoridad que preside, sin cuya presencia no puede empezar el espectáculo. Entonces efectúan su entrada al ruedo todos los que toman parte en la corrida, marchando a la cabeza el alguacil, que es portador de la llave del toril, montado en algo que en algún tiempo pudo ser un caballo. El alguacil viste un vistoso traje de terciopelo, adornado de galones de oro y plata,



EL PICADOR

llevando sobre los hombros una corta y airosa capa española. Siguen los *picadores* montados igualmente en la misma clase de pencos, con una larga pica en la mano derecha, las piernas cubiertas de cuero y sus cuerpos con chaquetas y chalecos de terciopelo, adornados de brillantes galones, cubriendo sus cabezas con un sombrero que sólo puedo comparar a un gran plato de sopa invertido, decorado con rosetas. Vienen luego los *banderilleros* a pie, vestidos de raso y oro, con calzones hasta la rodilla, medias blancas, escarpines, el pelo lo llevan hacia atrás y arreglado formando como un moño, al igual de las mujeres, con cintas; en la cabeza llevan un "bonete" (1) de terciopelo, decorado con plumas.

Pero los hombres a quienes se dirigen principalmente todos los ojos son los *matadores* o *espadas*, generalmente españoles, originarios de Castilla, afamados en los anales del toreo como hombres de valor y habilidad.

Observad su garboso balanceo mientras andan alrededor de la arena, con sus vistosos trajes de verde terciopelo, adornados con franjas de oro. Cualquier bonita mujer estaría loca de contento si poseyera una chaqueta *a la zouave*, igual a la que aquéllos usan.

Cierran la cuadrilla tres mulas, enjaezadas juntas, que se utilizan para arrastrar hasta fuera del

---

(1) La "montera". El autor incurre en varios errores o exageraciones en su descripción.—(*N. del T.*)

ruedo a los toros muertos. Van ricamente enjaezadas con paños vistosos, campanillas y gran cantidad de flecos y borlas, al estilo de los muleteros españoles, y las guían dos individuos con aspecto de bandidos, vestidos de chaqueta corta, pantalones blancos y pañuelos de seda alrededor de sus cabezas. Después de dar la vuelta al ruedo, las mulas se van, y a una señal el toro entra en escena, saltando y arañando la arena, probablemente con un dardo o dos clavados en un costado, con alegres cintas, a fin de "hacerle entrar en juego". El público le saluda con gritos y silbidos, y en cuanto a los toreros, hay un rápido desbande.

El toro al fin se para y mira a su alrededor. Los *banderilleros*, vestidos como los *matadores*, entran en acción. Llaman al toro con sus coloreados capotes, la bestia da caza y los banderilleros escapan a paso redoblado. Habiendo logrado excitar al toro, hacia éste se dirige el *picador* montado en su mísero y vendado caballo, y sobre una silla que podría servir de cuna. Pincha con la punta afilada de la pica al toro, que no gustándole esto, se dirige a su vez contra el picador, y de no ser contenido por el hombre, firmemente agarrado a la silla y manteniendo la



EL BANDERILLERO

pica sobre el toro, es seguro que éste logra hundir sus cuernos en el cuerpo del inocente caballo, estando el cobarde picador fuera de su alcance. Una y otra vez se repite la suerte, a veces con más fortuna por parte del toro, que derriba caballo y caballero, o más frecuentemente hunde los cuernos en el pecho o intestinos del caballo, que salen fuera, y la sangre brota a torrentes...

Empieza entonces la baraúnda. Los espectadores, poco antes silenciosos, rompen en un griterío espantoso. Si estiman que el caballo se ha portado bien, vociferan:

—*Música, música.*

La banda toca en seguida una alegre marcha. Pero si en una de las embestidas del toro el caballo queda malamente herido y creen que debe ser substituido por otro, su grito es:

—*Caballo, caballo, otro caballo.*

El infeliz equino, sangrando, es sacado de la plaza y sustituido por otro. Ahora comprenderá el lector la nota que encabeza este capítulo, pues se dará cuenta de que son necesarios muchos de esos viejos, inútiles y enfermos caballos, para disponer de suficiente reserva de ellos con que llenar las necesidades de la corrida. El precio que por un caballo se paga jamás excede de veinte pesos y generalmente sólo ocho o diez.

Al fin los toros rehusan atacar a los caballos. El público grita entonces:

—*Banderillas, banderillas.*

Suena el clarín y los *picadores* se retiran. En

el ruedo quedan sólo los *banderilleros* y *espadas*, quienes, no logrando ya excitar al toro con sus capotes, recurren al uso de dardos para conseguirlo.

Estos dardos son cortos pedazos de madera como de un pie y medio de largo, uno de cuyos extremos tiene una pieza de acero parecida a la cabeza de una flecha, que al ser clavada en la carne no puede ya caerse; toda la madera está cubierta de papeles de colores, cortados en un estilo algo parecido a los papeles que para que en ellos se posen las moscas se tienden en los techos de las tabernas del campo. Uno de los banderilleros toma un dardo en cada mano, mientras otro compañero llama la atención del toro, que mira a todos lados y de pronto embiste. Aprovechando la carrera del toro, el banderillero, siempre de cara al animal, hábilmente le clava los dardos en el testuz y ágilmente da un salto de lado, siguiendo el toro en su rápida carrera.



LA BANDERILLA

Furioso por el dolor, el toro se detiene un minuto o dos en la arena, golpeándose a sí mismo con la cola, arañando el pavimento y largando al viento un fuerte bramido. Baja la cabeza, cautelosamente mira a sus adversarios, quienes ahora tienen buen cuidado de ponerse fuera de su alcance. De pronto, uno de los toreros se arma de valor y se le acerca; el toro le embiste, tocando con las astas la capa, y el hombre corre con toda la rapidez de sus piernas y con gran agilidad salta la

barrera, en el preciso momento que el toro está a punto de alcanzarlo.

Puede suceder que un toro, con todas estas provocaciones, no demuestre bastante coraje; y entonces los espectadores piden a gritos:

—*Fuego, fuego.*

Si les disgusta el toro por su cobardía, vociferan:

—*Fuera, fuera.*

Si se recurre al fuego, puede darse por seguro que se enfurecerá el toro. Se le aplica por medio de dos banderillas que tienen adheridos unos petardos que en el momento de ser aquéllas clavadas en el testuz del animal, explotan con gran estrépito, produciendo llamas y humo, quemando a la pobre bestia que brama de dolor y se lanza en furiosas embestidas por el redondel, intentando hasta atacar a los espectadores detrás de la barrera.



BANDERILLAS DE FUEGO

Cuando la autoridad que preside la corrida lo estima conveniente, ordena suene el clarín y el *matador* o *espada* se prepara para poner rápido fin a la vida del toro.

Como preliminar, se inclina ante el presidente, poniendo una mano sobre el corazón, saluda triunfalmente a la audiencia, y luego, dando media

vuelta sobre un pie, lanza de lado su montera, dejándola en prueba de que va a cumplir su promesa de matar el toro.

Toma en su mano izquierda un paño colorado que se mantiene desplegado gracias a un pequeño palo, sobre el que está extendido; en su mano derecha lleva una larga, delgada y brillante hoja de acero, parecida a un espadín o florete. Dirige a la audiencia un breve discurso, que en síntesis viene a decir que se propone matar al toro de la primera estocada, y añade:

—Si no lo hago, podéis matarme.

Mientras tanto el toro ha permanecido quieto, mirando atento desde el otro lado de la arena. El *matador* se le acerca, y con la ayuda de los *banderilleros* le obligan a situarse en el centro del redondel, donde el *matador* empieza a mover su trapo rojo ante los ojos del animal. El toro, responde a esta provocación embistiendo, el *matador* levanta simplemente el trapo, por debajo del cual pasa el animal, haciéndose aquél a un lado. Al fin, cansado el toro del engaño de que es objeto, se para en actitud cautelosa, mirando fijamente o bajando la cabeza, sin avanzar. Esta es la oportunidad que el hábil



EL ESPADA

matador busca para despachar al animal, pues todo su cuerpo está expuesto al mantener baja la cabeza. En medio de los gritos de *¡ahora, ahora!* que salen de la audiencia, que ha permanecido hasta aquel momento en profundo silencio, el *matador* levanta su espada, adelanta unos pasos, y el toro, ante todas aquellas bravatas, le embiste con rapidez, no teniendo otra cosa que hacer aquél más que hundir la espada en la parte carnosa del animal, saliendo de la herida sangre a torrentes. Entonces se arma un zipizape. El toro brama, corre, patea; los espectadores gritan, vociferan e increpan al matador; y para que la confusión sea mayor, la banda empieza a tocar, en respuesta a los gritos satíricos de

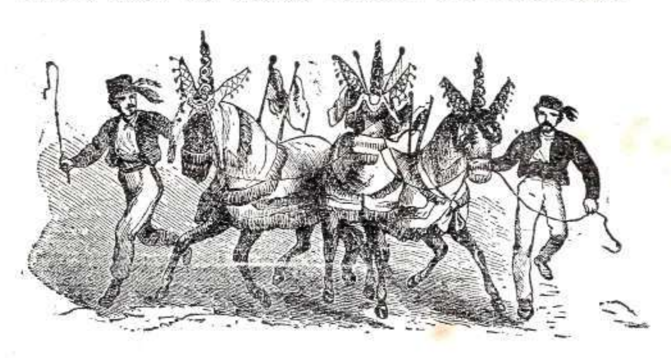
—*¡Música, música!*

El matador toma otra espada, y repite la escena de antes; pero debilitado el toro por la mucha sangre que ha perdido, permanece más quieto; y tras una embestida, y unos pasos con la espada en alto, la sepulta hasta la empuñadura en el cuerpo de la bestia, que vacila, se inclina a un lado y otro, prorrumpe en un profundo y agonizante bramido, da una o dos vueltas en redondo, y cae de lado, en cuya posición es fácilmente rematado por el cuchillo de un auxiliar negro, que se lo hunde en el cerebro.

Uno de los *matadores*, José Ponce, de Cádiz, era realmente un hábil espada. Si pudiera haber algo placentero en semejante espectáculo, sería sin duda ver a Ponce, sin agitación ni ostentación,

pararse graciosamente ante el toro, y con la rapidez del rayo hundir el arma hasta la empuñadura, directamente dirigida al corazón del animal, que doblando sus patas, bramando y vomitando sangre, cae de lado, sin vida.

En medio de una tempestad de *bravos* y *bravísimos*, salen las mulas; colocan una cuerda alre-



LAS "MULILLAS"

dedor del cuello del toro, y lo arrastran fuera de la plaza, para ser substituido por otro; y así se mata hasta media docena de toros en estos espectáculos, mientras este pueblo, que se supone pertenece a la comunidad civilizada, rie y aplaude, alaba o condena a los torturadores y verdugos de las pobres bestias.

Los cuerpos de los toros muertos se llevan al patio del matadero, situado al lado de la plaza, que puede verse desde las ventanas traseras de los palcos. La carne se distribuye gratuitamente en-

tre los hospitales públicos, por lo que puede decirse que, eventualmente, se producen "buenos re sultados de hechos deplorables".

Si os disgusta esta vista, mirad a través de la misma ventana, en la lejanía, en esta quieta hora de la puesta de sol. Ved a distancia el bello y anguloso mar, las blancas casas doradas por el sol en su ocaso, y el bonito y verdeante jardín de la Casa de Beneficencia en primer término. Un verdadero contraste con la escena contemplada abajo en la arena.

¡Vamos, caballeros!

FIN DEL TOMO I

Señores suscriptores a la edición de bibliófilos en papel de hilo, de sólo 50 ejemplares numerados, cuyo precio es de $5.00 en rústica.

No. 1. Sr. Dr. José Parajón.—Habana.
„ 2. Sr. Federico Maciá.—Habana.
„ 3. Sr. G. Martínez Márquez.—Habana.
„ 4. Sr. Eligio de la Puente.—Habana.
„ 5. Sr. Gerardo Castellanos.—Habana.
„ 6. ....
„ 7. ....
„ 8. ....
„ 9. ....
„ 10. ....
„ 11. ....
„ 12. ....
„ 13. ....
„ 14. ....
„ 15. Sr. Dr. José E. Gorrín.—Habana.
„ 16. Sr. Fco. Ruiz González.—Camagüey.
„ 17. Sr. Fernando Ortiz.—Habana.
„ 18. Sr. Francisco de P. Coronado.—Habana.
„ 19. ....
„ 20. ....
„ 21. Sr. Dr. Fco. Rodríguez León.—Habana.
„ 22. ....
„ 23. Sr. Juan Beltrán.—Habana.
„ 24. Sr. Alberto Pedroso.—Habana.
„ 25. Sr. Gustavo Baró.—Habana.
„ 26. ....
„ 27. ....

COLECCION DE LIBROS CUBANOS

Director: FERNANDO ORTIZ

COLABORADORES: **A. M. Eligio de la Puente, Francisco González del Valle, Emeterio Santovenia, Adrián del Valle.**

SECRETARIO: **Juan Beltrán.**

Volúmenes publicados

I. PEDRO J. GUITERAS. — **HISTORIA DE LA ISLA DE CUBA.** Con introducción por **Fernando Ortiz.** —Tomo I.

II. PEDRO J. GUITERAS. — **HISTORIA DE LA ISLA DE CUBA.** — Tomo II.

III. PEDRO J. GUITERAS. —**HISTORIA DE LA ISLA DE CUBA.** — Tomo III.

IV. RAMON DE PALMA. — **CUENTOS CUBANOS.** Con introducción de **A. M. Eligio de la Puente.**

V. JOSE ANTONIO SACO.— **CONTRA LA ANEXION.** Con biografía del autor y un apéndice por **Fernando Ortiz.**—tomo I.

VI. JOSE ANTONIO SACO.—**CONTRA LA ANEXION.** Tomo II.

VII. SAMUEL HAZARD.—**CUBA A PLUMA Y LAPIZ.** (*Viaje en 1870*). Con numerosos grabados. Traducción por **Adrián del Valle.**—Tomo I.

EN PRENSA

SAMUEL HAZARD.— **CUBA A PLUMA Y LAPIZ.**— Tomos II y III.

EN PREPARACION

JOSE DE LA LUZ CABALLERO. — **IDEAS PEDAGOGICAS.** Con biografía del autor por **F. González del Valle.** — 2 tomos.

JOSE MARTI. — **POESIAS.** — Antología e introducción por **Juan Marinello.**

JOSE MARTI,—**Epistolario.**

LUIS VICTORIANO BETANCOURT. — **ARTICULOS DE COSTUMBRES.** Con introducción bibliográfica, por **Emeterio Santovenia.**

ALEJANDRO DE HUMBOLDT.— **ENSAYO POLITICO SOBRE LA ISLA DE CUBA.** — Con biografía del "segundo descubridor de Cuba", por **Fernando Ortiz.**



BOLETA DE PRESTAMO INTERNO BP15

No. Orden	Código	Fecha	Op.
36587	2.2	2-9-87	03
761	2.2	20/8/96	03
2247	—	29/2/95	03
570	—	17/5/02.	
S/N	3/5/07	08 03	
S/n.	20/7/09.		
209.	26/10/05	03	
25/10/10	03		
120	9/2/11	03	
S/	6/11		
12/03/07	03		

Préstamo Especial